



**FERNANDA
MELCHOR**
FALSA LIEBRE

Lectulandia

Algo se pudre en el trópico. En esa esquina del mundo disfrazada de paraíso, junto al mar, cuatro vidas están a punto de coincidir en la fatalidad de un engañoso día de verano. Andrik es un adolescente de hermosos ojos amarillos que ha caído en las garras de un amante celoso, quien desea lastimarlo y protegerlo. Zahir está a punto de escapar de la esclavitud en la que lo mantiene una nefasta mujer; su mayor deseo es encontrar a Andrik para huir juntos del puerto y empezar una nueva vida. Pachi y Vinicio improvisan una excursión a la playa para borrar, al menos durante una tarde, las sombras que apagan sus vidas: esposas y madres castrantes, empleos grises, el miedo que proviene de su maltrecho presente, del futuro cancelado. El calor y la mala vida marca el audaz ritmo narrativo con que Fernanda Melchor nos conduce por este cruce de caminos novelísticos. Violencia, muerte y vicio construyen una realidad donde el placer inmediato es la única esperanza a la que los personajes se aferran, sin saber que una misma pulsión terminará por perderlos. Un impresionante debut. Un estilo severo y directo. Una primera novela que nos sitúa en lo más abrasador de un universo ficcional particular y novedoso.

Fernanda Melchor

Falsa liebre

ePub r1.0

Titivillus 14.04.2025

Fernanda Melchor, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EPUBLIBRE XII ANIVERSARIO



Para Eric

Mirad, ¡qué gran bosque se incendia
con tan pequeño fuego!

Epístola de Santiago, 3:5

PRIMERA PARTE

1

Con la frente pegada al cristal de la ventana, Andrik miraba la noche. La lluvia bañaba las fachadas de los edificios aún dormidos, hacía temblar las copas de los árboles y formaba charcos que el auto salpicaba en su carrera por la avenida.

El cristal estaba cubierto de gotas relucientes que el viento arrancaba con crueldad. Las estiraba y deshacía en hilos, las empujaba hasta el borde de la ventana y las hacía reventar. Andrik trataba de ayudarlas; ofrecía su dedo índice para que las gotas desamparadas se prendieran de su carne y se salvaran, pero el vidrio helado se entrometía.

—Carajo —gruñó el hombre—. Deja de ensuciar el vidrio.

Andrik se apartó de la ventana. Se tocó la cara con disimulo; su mano y su mejilla estaban ya secas gracias al aire acondicionado, pero sus ropas aún empapaban la tapicería. Sentía las tetillas duras por el frío pero se resistía a cruzarse de brazos: sabía que el hombre lo miraba con furia, que explotaría en cualquier instante, que era mejor tener las manos libres.

—Y esa gorra...

El chico alcanzó a cubrir su oreja antes de que la mano del hombre restallara contra su sien. La gorra le cayó sobre las rodillas. No se atrevió a tocarla.

—Pareces un puto vago.

El aliento del hombre llenaba el aire helado. Era agrio, como si hubiera estado comiendo trozos de pescado en salmuera.

Andrik miró de reojo el velocímetro digital del tablero. Marcaba 95, 98, 105. El motor del auto se escuchaba ahora por encima del golpeteo de la lluvia sobre el toldo, del chirrido de los limpiaparabrisas. Miró las manos del hombre sobre el volante: los nudillos pálidos, los antebrazos rígidos, los dobleces de la camisa celeste arremangada con descuido. En la muñeca derecha faltaba el reloj: una tira de piel pálida lo delataba.

El hombre nunca salía de casa sin él. Y jamás usaba camisas con marcas de mugre.

Andrik bajó la mirada.

—Y sácate el dedo de la boca...

Se sorprendió de encontrar su pulgar entre los labios. Lo sacó con un chasquido y lo miró. El borde de la uña sangraba, en carne viva. Lo apretó

contra la humedad de su playera hasta que dejó de arderle.

Algo está mal.

El pedazo de uña arrancado le pinchaba el fondo de la lengua. Prefirió tragárselo antes que escupirlo.

Algo va a pasar.

Andrik sacudió la cabeza.

Míralo...

«Cállate».

Anda. Míralo.

Andrik echó un vistazo. Hasta entonces se dio cuenta de que el hombre no llevaba lentes. Su rostro lucía más áspero que de costumbre.

Y esa camisa...

Es la misma de la mañana, pensó Andrik.

Llegó a casa y no te vio y salió a buscarte.

El chico suspiró.

Toda la noche buscándote.

Miró el tablero. Cinco para las cinco de la mañana, leyó en los dígitos. Aún no amanecía. Las calles seguían vacías: ni siquiera los taxistas querían trabajar aquella noche de aguacero. Los semáforos de la avenida no funcionaban: emitían una sola luz, parpadeante, amarilla. Luz preventiva, la llamaban.

Miró las manos del hombre sobre el volante, los codos tensos contra las costillas.

«Quizás de verdad me quiere», se dijo el chico.

Notó que ya estaban cerca de casa. Se lo dijo el puente, o más bien, sus luces: iluminaban la lluvia al final de la avenida, a la misma altura que los anuncios espectaculares. Andrik ignoraba lo que había detrás del puente; suponía, por los letreros verdes que alcanzaba a leer, que la ciudad terminaba del otro lado y que la avenida se partía en carreteras que conducían a la capital del estado, a las montañas del norte o hacia los muelles.

El hombre carraspeó.

—Adivina... —dijo, con voz ronca. Carraspeó de nuevo—. Adivina quién te fue a visitar.

El auto pasó el semáforo parpadeante, el último que se veía. ¿No era ahí donde el hombre debía dar vuelta para llevarlo a casa? Andrik no conseguía recordarlo; apenas conocía la ciudad.

—Te estoy hablando, carajo.

—No sé —dijo el chico.

Pero claro que sabía.

—¿Te rindes?

El chico asintió. Ya no podía soportar el frío. Se cruzó de brazos para meter las manos bajo las axilas. Era peor comerse las uñas y delatar su nerviosismo.

—Tu hermano —dijo el hombre, con los ojos fijos en el rostro de Andrik. Este se obligó a congelar su cara, ignorar el escozor bajo los párpados.

—Tu hermano, *tu hermanito del alma*, fue a verte. Me agarró afuera cuando abría la puerta. Ni siquiera sabía que te habías largado...

Jadeó para no perder el control de su voz.

—Estaba abriendo la puerta y de pronto lo tenía ahí al lado: gordo, feo, inmenso, no sé de dónde salió, cómo no me di cuenta. Por la facha pensé que era un limosnero;apestaba a leche rancia, Me di la vuelta y le grité: «¿Qué quieres?». Se le iban los ojos para adentro de la casa. Jalé la puerta y lo encaré: «¿Qué madres quieres?». El gordo se hizo para atrás. Era un escuinle, ahí me di cuenta. «A mi hermano, busco a mi hermano», dijo con voz de pito. «Semejante animal sin huevos», pensé, «seguro todavía ni le bajan».

«Zahir», pensó el chico.

Tuvo que morderse los labios para no sonreír.

—«Qué hermano ni qué carajo», le dije al gordo. Yo trataba de encontrarle un parecido contigo pero no lo hallaba. «Usted lo tiene», me decía, nervioso pero serio. «Mi hermano no está solo, sépalo», me dijo; «tiene quién lo defienda». «Vete a chingar a tu madre», le grité, «voy a marcarle a la policía».

El auto trepó por el puente a toda velocidad. La defensa raspó contra el concreto y las llantas tronaron sobre los mosaicos fluorescentes que delineaban los carriles. Desde ahí arriba, la ciudad era una maraña de luces que los goterones sobre el vidrio y los ojos de Andrik refractaban en nebulosas coloridas. El mar cercano, en cambio, se confundía con la noche: pura negrura sin horizonte.

—El gordo se hizo para atrás. Pero no se iba. «Usted sabe, bien que sabe de quién le hablo», me decía. Tartamudeaba. «Yo sé, se le nota». Me metí a la casa y le azoté la puerta. No me atreví a gritar tu nombre, pensé que estarías arriba; no quería que bajaras y escucharas...

El hombre soltó una risita sin humor.

—Todavía se quedó un rato fuera. Pensé en los vecinos y exploté. Abrí la cortina y le hice una seña al animal ese. Hice como que marcaba el teléfono.

«Policía», grité en la bocina, «hay un ladrón, quiere entrar a mi casa...». Se pegó a la pared. No sabía si seguía ahí o si se había ido. Esperé un rato y me asomé de nuevo. Al parecer se había ido. Entreabrí la puerta para cerciorarme y vi tu fotografía.

De repente había dejado de llover. Los limpiavidrios rechinaban contra el vidrio empañado.

—La dejó recargada en la puerta, me la dejó adrede. Una foto tuya, hace dos, ¿tres años? Un niño, flaco, con los pelos en pico, chimuelo, más asoleado, menos... Y los mismos ojos, verdes casi amarillos, tus ojos...

El auto invadió el carril contiguo. Las llantas tronaron de nuevo sobre la línea de reflectores. El hombre apretó con fuerza el volante y rectificó el rumbo. Sumió el pie en el acelerador mientras se enjuagaba las comisuras con el dorso de la mano.

Se le escapó una risilla.

—Debería arrancártelos.

Su mano pescó la muñeca del chico. Estaba helada.

—Todo lo que me contaste es mentira, todo lo que dijiste.

—No...

El hombre le enterró las uñas.

—¡Di la verdad!

—¡No tengo hermanos! ¡No tengo a nadie!

Cada palabra le dolía. Cada sonido hacía más ancho el hueco que atravesaba su garganta.

El hombre lo soltó.

—Estoy solo.

Se frotó la muñeca. La boca le sabía a lágrimas.

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Crees que soy tu pendejo?

—Tú...

—Cállate —arremetió el hombre—. Cállate el puto hocico.

El auto descendió el puente y se integró a la carretera, detrás de una camioneta cargada de obreros en camisolas. Andrik miró suplicante los rostros somnolientos de los que iban sentados sobre la batea, pero ninguno de ellos miró hacia el auto. El hombre lanzó un gruñido de impaciencia y aceleró para invadir el carril opuesto y rebasar a la camioneta.

No había nada en aquella carretera, ni casas ni comercios, solo una barda eterna detrás de la cual se insinuaban oscuras moles: silos, almacenes, pilas de contenedores. Junto a la barda crecían casuarinas. El alumbrado era escaso;

los arbotantes que sobrevivían a la temporada de tormentas emitían una luz mortecina que los pinos tristes —torcidos hacia el camino, deformados por el viento— ahogaban con sus ramas plumosas, cargadas de agujas secas.

El corazón de Andrik latía en sus oídos. Apenas podía respirar: su pecho se hinchaba y se vaciaba ruidosamente. Cerró los ojos, a pesar de la náusea.

Te lo dije.

«Cállate».

Seguro te lleva a la comandancia.

«Ya, por favor».

Él te lo dijo, la primera noche: una pendejada y te llevo con la policía.

Lo recordaba.

Dirá que te encontró robando dentro de su casa. Te encerrarán, esta vez por años. O quizá te devuelvan con la tía.

«Diré la verdad», pensó. «Diré que me secuestró y me obligaba...».

¿La voz había reído?

Él tiene dinero. Le van a creer al dinero.

«No, él me quiere. Salió a buscarme».

Para vengarse.

El chico bufó.

«Solo quiere asustarme», pensó. En cualquier momento el hombre se cansaría de aquel juego, estaba seguro. Daría vuelta en u, lo llevaría a casa y le pondría una paliza. Le sacaría sangre y lágrimas y entonces se calmaría y subirían al cuarto. La misma rutina de siempre.

Esta vez va a ser diferente.

El auto redujo la velocidad. Al chico se le escapó un suspiro.

«Ves, ya vamos a casa», pensó, casi aliviado.

Pero en vez de girar hacia la izquierda, de regreso hacia las luces del puente, el hombre volanteó hasta meter el auto en una brecha pedregosa que se internaba en una especie de bosque formado por cientos de casuarinas deformes. No había luces ahí ni más señalamientos que letreros clavados en los troncos, con trazos escarlata:

BIEN VENIDOS A PLAYA NORTE
PROHIBIDO NADAR
AY POSAS

Una burda calavera, pintada también de rojo, le sonrió con dientes de herrumbre.

No, no vamos a casa.

El hombre condujo en silencio por el camino de terracería. Cuando este acabó, hizo avanzar al auto por la parte media de la algaida. La arena estaba húmeda; negra y pesada lucía como tierra lista para la siembra.

Las olas reventaban con escándalo a diez metros de la ventanilla del chico. El mar bullía, negro verdoso, coronado de espuma amarillenta. El cielo era oscuro también, pero su negrura tenía un tinte plumizo. Ya no llovía: los cúmulos de tormenta se alejaban de la costa. Cargados de relámpagos, fosforecían en su apresurado camino hacia las montañas.

La ropa de Andrik continuaba húmeda; su nariz moqueaba. El aire acondicionado hería el interior de su garganta pero no se atrevió a pedirle al hombre que lo apagara. Había sido un accidente mojarse de aquella manera; mojarse dos veces de aquella manera: la primera, en los baños del mercado; la segunda, bajo el furor de la tormenta. Vagaba entonces por las calles cercanas al ferrocarril. Trataba de hallar el camino a la avenida; pensaba que al llegar a ella sabría qué hacer y a dónde ir. Primero se levantó un viento furibundo que estremeció las copas de los árboles; luego la acera se pintó de diminutas pinceladas de agua. Andrik bajó la visera de su gorra y apretó el paso: ya podía ver su meta, las farolas de la avenida. Pensó que ahí encontraría algún zaguán bajo el cual refugiarse, pero a medio camino el aguacero estalló y tuvo que correr hacia la parada de autobús más cercana. El estrecho toldo de aluminio le sirvió de poco: el viento arreció, empujó la cortina de agua contra su cuerpo y en pocos minutos terminó calado. Decidió seguir caminando, a pesar de la tormenta, a pesar de los relámpagos; qué importaba que sus pies se hundieran en los remolinos que se formaron en las cunetas, si antes de bajar a la acera ya tenía los tenis anegados. Alcanzaría la rotonda, se plantaría bajo la estatua del hombre que señalaba al sur y esperaría a secarse. Tarde o temprano, un auto se detendría a su lado, estaba seguro. Era un chico lindo; hasta Pelón lo había dicho. No tenía que volver a casa de la tía Idalia jamás; en la calle había suficiente dinero. Pelón le había explicado.

—Si hay más de un vato, no nos subimos. Si está chavo y trae carrazo, no joteamos porque nos madrean. Si viene un don con una doña, nos cogemos a la doña, ni pedo; pero cobramos el doble, no hay que apendejarse. Los rucos son los mejores. A veces ni siquiera necesitamos pararla.

Pelón fue el único que le ayudó cuando tuvo que escapar de casa de la tía. Zahir le había prometido que huirían juntos; por eso Andrik esperó a que se apareciera por el parque. Pero pasó un día entero y luego la mitad de un segundo y Zahir no llegaba, y el hambre y el miedo de que lo levantara la policía ganó. Pelón le prestó sus zapatos y lo mandó a la rotonda. Él ya no

podía llevarlo; los chicos que trabajaban lo habían corrido. Decían que sus llagas espantaban hasta a los sapos.

—Cuando se detengan nos acercamos. Nos asomamos para verle la jeta y nos mordemos los cachetes por dentro, eso. Sí, y los ojos, así. Y ponemos el brazo acá, para que vean la parte de adentro.

Llegó a la rotonda. Estaba vacía. No pudo secarse porque no dejó de llover, y ningún auto se detuvo a su lado. El tráfico era intenso; las luces de los faros teñían el aguacero. La ropa le colgaba del cuerpo, inmensa. Se sentía muy cansado. Decidió tomar asiento en los escalones del monumento y dormitar con la cabeza entre las manos. Titiritaba, aunque el aire de la lluvia era tibio. No supo cuánto tiempo pasó así; cuando alzó la cabeza, los autos habían desaparecido, menos uno. Era el auto amarillo del hombre, ronroneando cerca con las luces apagadas.

La voz había gritado que huyera. Pero Andrik estaba cansado.

El hombre le hizo señas desde la ventanilla.

«Me encontré», pensó el chico.

Ni Zahir ni su madre lo habían hecho.

Todos son iguales.

La voz sonaba ahora como su madre. Ella decía eso todo el tiempo.

Todos son iguales. Todos vuelven.

«Me quiere», pensó el chico, con la mirada perdida en la playa oscura.

El viento hacía temblar las ventanillas. Silbaba furibundo mientras buscaba la manera de colarse dentro del auto. La playa se volvía estrecha y accidentada; el vehículo subía y bajaba terraplenes cubiertos de matorrales que se espesaban al alcanzar las orillas del bosque. El hombre montaba las dunas sin importar que las ramas rasparan la parte inferior del vehículo, que este jadeara por el esfuerzo de trepar por la arena suelta. Pisó el acelerador hasta que el auto dejó atrás la colina. La playa se terminaba metros adelante: una pared de manglar bajaba desde el bosque y se internaba en el mar, formando una muralla. El hombre giró la llave y los faros y el motor se extinguieron, igual que el zumbido del aire acondicionado. Solo entonces pudo el chico escuchar el rugido de las olas.

La oscuridad dentro del auto era espesa; del hombre solo alcanzaba a distinguir las partes más pálidas: el interior de los brazos, el cuello. Lo demás eran sombras y susurros de tela.

—Todo este tiempo... —dijo el hombre— he sido un imbécil...

Parecía más calmado. Sus manos buscaban sin prisa en el compartimento entre los asientos.

—Oye... —comenzó Andrik.

—¡Cállate, carajo!

El golpe dejó mudo al chico. Algo duro, más duro que los huesos de la mano del hombre le aplastó la nariz y los labios.

—¡Cállate ya!

Otro golpe restalló en el centro de su cara.

—¡Cállate el puto hocico!

Se golpeó la cabeza contra la ventanilla, tratando de huir. La boca le sangraba, una herida le partía el labio en pedazos aullantes. Ya no podía ver, tenía los ojos llenos de lágrimas que quemaban. El hombre jadeaba encima de él; intentaba descubrirle el rostro, usaba sus rodillas para aplastarle las piernas. Tiraba de sus cabellos y golpeaba su cráneo con aquella cosa que tronaba al partir su piel. Andrik encontró la manija; tiró de ella. La puerta se abrió con violencia debido al viento; el chico pateó al hombre en el pecho y se arrojó del auto. Sus manos se hundieron en la arena suelta; intentó ponerse en pie pero las piernas le flaquearon. Se golpeó contra la puerta. Apenas gateaba cuando el hombre lo alcanzó y lo tironeó del cuello.

Solo entonces vio la pistola. Había algo de ridícula en ella, o más bien, en la manera en que colgaba de la mano del hombre, grande pero ligera, como de juguete. El hombre lo zarandeó para espabilarlo y luego aprisionó su cuello en un candado. Lo empujó con el cuerpo hacia el manglar. Andrik quería llevarse la mano a la boca; tenía la sensación de que el labio inferior se le desprendería si no conseguía sujetarlo, pero el hombre pensó que intentaba librarse y lo apretó más. El chico podía ver su sangre sobre la manga. Se dio cuenta de que había más claridad ahí que dentro del auto, pues podía distinguir las cosas que los rodeaban: ramas retorcidas, árboles enanos cubiertos por enredaderas, florecillas púrpuras de fragancia escandalosa, una luna que era apenas una rebanada. Había palmeras, al fondo, y algo más, algo sólido, algo hecho bosque por manos humanas: una cabaña, o más bien, sus ruinas; una cosa a la que apenas le sobrevivía un techo de palma y los barandales de una terraza colapsada por el embate de las olas.

El hombre pretendía llevarlo ahí adentro, pensó. Lo mataría y metería su cuerpo debajo de aquel montón de maderos podridos, y entonces él se convertiría en un fantasma que moraría en aquel lugar por siempre, en la oscuridad llena de ratas y de jaibas voraces.

—Voy a matarte —dijo el hombre, como si escuchara sus pensamientos.

Lo derribó sobre la arena.

—Voy a hacerte mierda, como el perro que eres...

Andrik balbuceó algo.

—¡Habla bien, carajo...!

El chico escupió sangre.

—Perdón —dijo.

Su boca era un colgajo palpitante.

El hombre mostró los dientes y contrajo el rostro. Luego comenzó a temblar, especialmente del brazo con el que apuntaba a la cara de Andrik.

—¿Perdón por qué? —aulló.

«Perdón por escapar», hubiera querido decir el chico.

Pero la verdad era que no se arrepentía de nada.

Escapar del hombre. Lo intentó desde el principio, desde la primera vez, cuando despertó en aquella cama enorme en medio de un cuarto que apenas reconocía. No había querido quedarse dormido. Pensó que, en algún momento de la noche, el hombre lo echaría y él tendría que volver a la rotonda; o al menos así había sido con la media docena de sujetos anteriores.

Buscó su ropa en la recámara, en el pasillo. En el aire flotaba un fuerte olor a colonia pero el hombre no estaba en ninguna parte. Bajó a la sala; ahí estaba su ropa, prolijamente doblada sobre el sofá. Faltaban los calzoncillos y los tenis, los cuales encontró más tarde en el cesto de la basura, bajo una carga empapada de café molido. Se puso el pantalón roto y la playera y fue a la puerta: le asustó encontrarla cerrada con doble llave. Abrió las cortinas: todas las ventanas tenían protecciones, incluso las de los cuartos del segundo piso. No se le ocurrió qué hacer más que sentarse en el sofá y esperar a que el hombre regresara, lo que no sucedió sino hasta pasadas las seis de la tarde. Escuchó primero el motor de su auto, luego el tintineo de las llaves, luego el chirrido de la puerta al abrirse y el porrazo sordo al cerrarse con impaciencia. Sin decir una palabra, el hombre arrojó un paquete de pollo frito sobre la mesa y se plantó en jarras frente al chico.

—¿Tú abriste las cortinas?

El chico no se movió, ni siquiera cuando el hombre le pegó con la mano abierta.

—¿Con permiso de quién?

Pero no esperó a que respondiera. Tiró del chico escaleras arriba y no lo dejó en paz hasta bien entrada la madrugada.

Al día siguiente, Andrik se cuidó de apartar las cortinas. La paliza fue por culpa de los trastes sucios.

—Tengo que enseñarte a ser gente, carajo —decía el hombre.

Le hacía andar desnudo por la casa, corrigiéndole la postura, y se enfurecía cuando el chico pronunciaba mal alguna palabra. Para el séptimo día, Andrik rara vez hablaba y ya no cometía errores. En pocas frases le contó al hombre su historia: era huérfano y había escapado de un lugar horrible en el que vivió durante los últimos meses y no tenía a dónde ir, todo lo cual era verdad, al menos en principio. Estaba muy agradecido con el hombre por todas sus atenciones (con la tía apenas comía una vez al día) y toda aquella ropa fina envuelta en papel delicado que el hombre sacaba de cajas con moño, y los pares de tenis nuevos y los mocasines de gamuza, pero necesitaba saber algo: ¿cuándo podría él salir a la calle, aunque fuera una hora?

—Tienes que ganarte mi confianza —respondió el hombre, cuando Andrik se atrevió a preguntarle.

Pero pasaban los días y el hombre seguía encerrándolo cada vez que salía al trabajo. Incluso desconectaba el teléfono y se llevaba consigo el aparato o lo escondía en algún sitio que el chico, por más esfuerzos que hacía, no lograba hallar. Porque eso era lo que hacía cuando terminaba sus tareas y se fastidiaba de ver televisión, cuando sentía que los muros de aquella casa se cerraban para ahogarlo: registraba las habitaciones, el fondo de los armarios, el contenido de los cajones. Así fue como halló la lima; al fondo de la gaveta bajo el fregadero de la cocina, un filo triangular cubierto de orín, con muescas verticales a lo ancho. Se sentía pesada entre sus dedos; los cubría de un polvillo anaranjado que parecía polvo de chile pero que sabía a centavo.

Decidió probar la lima en una ventana del segundo piso, la que estaba junto a la escalera, la única que no tenía cortina. Desde ella podía ver la azotea de la casa vecina, el tráfico de autos sobre la calle, un gran pedazo de cielo descolorido. Movié el pasador de la ventana y la abrió. Probó el filo de la lima contra el tercer barrote de la protección. El metal estaba tan gastado por la corrosión que a los pocos minutos comenzó a deshacerse en hojuelas. El chico frotó la herramienta contra el barrote hasta que le salió una ampolla. Se dio cuenta, por la posición del sol, de que el hombre no tardaría en regresar, así que recogió las esquirlas en el borde de la ventana y devolvió la lima a su sitio.

El hombre no notó la ampolla. Andrik había dejado la mano un buen rato bajo el chorro de agua, para desinflamarla.

Al día siguiente, cuando se quedó solo, fue por la lima y reanudó el trabajo. Para mediodía podía ya separar al barrote de su base inferior. El hueco que dejaba era estrecho pero el chico logró meter su cabeza. Se contorsionó hasta caer en la azotea de la casa de al lado. Caminó con cautela

hasta la cornisa, de la que se descolgó para bajar a la calle. La emoción de la libertad le impidió, hasta ese momento, darse cuenta de que había salido descalzo. La acera ardía. Avanzo apenas unos cuantos metros, con el corazón brincándole en la garganta. Una mujer pasó junto a él y le lanzó una mirada de suspicacia; incluso se volvió para observarlo. Aterrado, esperó a que la mujer desapareciera tras la puerta de una de las casas cercanas para trepar hacia la azotea y volver a entrar en la casa del hombre.

Se puso los zapatos pero dudó en volver a salir. Tenía miedo de que la mujer entrometida lo estuviera espiando, que lo viera descender por las protecciones hacia la calle. Para su mala suerte, el hombre regresó temprano aquel día.

La mañana siguiente se armó de valor. Esta vez se calzó un par de tenis y se cubrió la cabeza con una gorra que encontró en los cajones del hombre. Se dijo a sí mismo que volvería, que solo daría un pequeño paseo alrededor del barrio y regresaría antes de que el hombre lo notara. Ni siquiera se le ocurrió llevar consigo una mochila: sinceramente pensaba volver. La vida ahí no era tan mala después de todo: el hombre no le hacía nada que otros no le hubieran hecho antes y además lo golpeaba menos que la tía Idalia, y cuando lo hacía siempre era por un motivo justo. La tía, en cambio, le pegaba para desquitarse. A veces incluso se mordía la lengua mientras lo azotaba con el cinto de cuero. Los ojos negros de la tía Idalia crecían, rabiosos, hasta llenar su rostro y parecían devorar la luz a su alrededor.

Solo daría un paseo, pensaba, mientras se alejaba de la casa del hombre. Se sentía ligero y despreocupado, feliz, casi borracho. El aire fresco del puerto se le metía en la nariz y atenuaba el calor. Ni siquiera cuando escapó de la casa de la tía Idalia se sintió tan emocionado; y eso que con la vieja fue casi medio año lo que permaneció preso. No podía ir a la escuela porque le hacían falta los papeles; no podía vagar por las calles porque la tía no se fiaba de él y lo encerraba bajo candado. La anciana se marchaba todas las mañanas a recorrer las playas del puerto, a ofrecer a los turistas las horribles muñecas que ella misma confeccionaba con trapos recogidos de la basura. No había televisión en aquella casa y la única manera de entretenerse era mirar los ires y venires de las vecinas en el patio. Hablaba con ellas, las molestaba; hablaba con el cartero y los cobradores, con cualquiera que pasara lo bastante cerca de la reja. Miraba por horas, recargado contra los barrotes, lleno de envidia, a los zanates que revoloteaban sobre del patio, deseando poder ser tan pequeño para colarse por los huecos y escapar.

Lo único bueno de la casa de la tía era Zahir, el otro sobrino de la tía. Zahir lo defendía; se plantaba ante la vieja y exigía que dejara salir a Andrik, que no era ningún enfermo para tenerlo encerrado. Pero ni la promesa de enseñarlo a trabajar para que llevara dinero a la casa convencía a la tía; Andrik se quedaría en casa hasta que expiara su maldad, decía la anciana entre insultos mordaces. Andrik estaba seguro de que la tía lo sabía todo: lo de la feria, lo del incendio. Seguramente su madre le había contado por qué tuvieron que huir de Carrizales, por qué debía ahora partir a buscar trabajo en el norte.

—Obedeces a la señora —fue lo último que le dijo.

Le dio un beso tan apresurado que el chico ya ni podía recordarlo.

Solo Zahir era bueno con él, aunque al principio Andrik le temía, tenía una cara de bruto labrada en carne prieta y una boca fruncida en un eterno gesto de rencor. Parecía un adulto, sobre todo cuando callaba; solo la risa y la voz delataban su juventud. Ni él sabía bien qué edad tenía; se calculaba a sí mismo dieciséis años y eso era suficiente para que intentara comportarse como alguien mayor, lo cual enfurecía a la tía. Lo insultaba todo el tiempo, le provocaba; y cuando Zahir, ya rabioso, le respondía con insolencia, la anciana se iba a su cuarto a buscar la cincha de cuero. No era rápida, así que atacaba a traición: sorprendía a Zahir en el excusado o dormido sobre el colchón, muchas horas después de la pelea, y arremetía contra él hasta levantarle la piel. Zahir soportaba las golpizas sin llorar ni implorar perdón de rodillas, como la tía exigía, pero más tarde, cuando pensaba que ya nadie podía escucharlo, cuando creía que todos dormían, dejaba que su cuerpo temblara en espasmos silentes, rabiosos, que partían el corazón de Andrik y le hacían odiar aún más a la vieja.

¿Lo quería Zahir? Andrik creía que sí; nada más había que ver la forma en que Zahir lo miraba. Una vez incluso se atrevió a desobedecer a la tía y había sacado a Andrik a través del hueco del patio, por las azoteas de la vecindad, para que este conociera el barrio. Lo presentó como su hermano ante sus amigos, chacales y limpiavidrios refugiados del sol bajo los árboles del parque. Ahí había conocido a Pelón; él los había acompañado a un breve recorrido por el mercado, por aquel mismo mercado en el que ahora Andrik vagaba sin rumbo, reconociendo con angustia los mismos lugares que caminara meses antes. ¿Lo habrían traicionado sus pies, conduciéndolo hacia el barrio del que había huido, hacia la tía y el machete desenvainado? Una mujer desgredada lo miró con espanto detrás del mostrador de un puesto. Se reconocieron al instante: aquella mujer vivía en la vecindad de la tía; el chico

escuchaba los gritos que dirigía a sus hijos a diario. La mujer abrió la boca y Andrik, aterrado, cruzó la calle sin fijarse en el tráfico y se internó entre los puestos. Debía escapar de ahí lo antes posible. En su carrera chocó contra un muchacho que fumaba afuera de un local de baños. Andrik cayó de rodillas sobre el suelo; el chico le ayudó a levantarse. Sonreía. Tenía los dientes muy separados, los cabellos rojizos por el sol. Le tendió el cigarrillo: estaba retorcido y olía a monte quemado. Andrik lo rechazó. El muchacho lo tomó del brazo.

—Ey, ¿qué te robaste?

Lo metió al local de los baños. Con el vientre acalambrado, Andrik dejó que el chico lo guiara hasta un vestíbulo con bancas de madera en donde varios hombres conversaban, con toallas de colores amarradas a las cinturas.

—Acá podemos estar un rato.

Andrik asintió. Miró al chico desnudarse y meter su ropa en un casillero, ante la mirada curiosa de los hombres. Se dio cuenta de que su salvador estaba lejos de ser un muchacho: desnudo parecía más bien un duende de piel desigualmente bronceada. Su pene era pequeño y tan oscuro que se perdía en la fronda de pelo púbico. Tenía algo escrito con tinta verde sobre los músculos del abdomen. Su apellido: Hernández.

—No hablas mucho —dijo—. Mejor...

Le pidió que se desnudara y Andrik obedeció. Metió su ropa en la misma bolsa y lo siguió al otro cuarto, lleno de compartimentos con ducha y puertas traslúcidas. Estaba oscuro adentro de aquellos cubículos; el piso era de cemento y los drenajes no tenían rejillas. Hernández abrió el chorro de agua y se metió debajo, a pesar de que humeaba. Andrik se acercó también; estaba muy caliente, pero después de un rato la piel se adormecía y resultaba agradable. Se dio la vuelta para que el agua le cayera sobre la coronilla y no sobre el vientre. Se enjuagó los cabellos, el rostro, las axilas. Hernández jadeaba. Andrik se recargó contra él para sentirlo, pequeño, sí, pero tieso e insistente contra su sacro.

Estuvieron tanto tiempo ahí dentro que el agua de la ducha terminó por volverse fría y Andrik comenzó a quejarse de las rodillas; las tenía rayadas por culpa de las estrías del cemento. Hernández desapareció mientras Andrik aún se vestía; cuando terminó de atarse las cintas se encontró con la mirada burlona de los viejos que descansaban en las bancas. Andrik no supo qué hacer: tenía miedo de salir de los baños y toparse con la vecina, o peor aún, con la tía Idalia. Quizá ya se habría enterado de que había vuelto; quizás habría llamado a la policía. Los hombres cuchicheaban a su alrededor. Uno de

ellos, el que usaba una gorra de plástico de la que escapaban mechones canos, se acercó a él. Tenía ojos muy pequeños y una nariz de bola con enormes fosas nasales. Parecía filipino. Parecía un puerco.

—A ver, tú, ven acá.

Un crucifijo de plata se enterraba entre los pocos pero largos vellos de su pecho.

—Ven, ven —le puso una mano sobre el hombro.

Sonrió para animarlo.

El chico dejó que el Puerco lo condujera por un pasillo. ¿Cuántos cuartos tenía aquel local? ¿Qué habría detrás de aquellas puertas corredizas? ¿Dónde estaban los empleados? El Puerco era lento; arrastraba las suelas de las chancas por las baldosas percutidas, temeroso quizás de caerse.

Hasta allá les llegaban las risotadas de los viejos del vestíbulo.

—Perros. No les hagas caso —le dijo al chico.

Abrió una de las puertas corredizas. Era un baño sauna. El piso estaba mojado. Un foco amarillo colgaba del centro del techo pero la luz se perdía entre la niebla y no alcanzaba a iluminar los rincones más distantes.

—Tú... Tú estás muy chico.

Andrik solo carraspeó. La nariz se le llenaba de mucosidad en aquella humedad caldeada.

—¿Vienes solo?

Andrik hizo un gesto vago.

El viejo caminó con torpeza por el cuarto. Se dejó caer sobre una especie de banca empotrada en la pared, también cubierta de mosaicos. Cruzó las manos sobre su inflado vientre.

—¿Cuánto? —le preguntó al chico.

—¿Para qué?

Las otras veces se había limitado a tomar lo que le daban. Aquello no había funcionado.

—Allá afuera, en mi cartera, tengo mil varos.

Andrik alargó una mano hacia la toalla del Puerco.

—Espera —gruñó este.

Quería quitarle él mismo la ropa, la playera, bajarle los pantalones hasta los tobillos.

—Precioso... —Silbaba, descubriendo su piel.

Lo sentó sobre sus muslos.

—Precioso, precioso.

Con una mano le pinchaba los pezones; con la otra masajeaba su culo. Así estuvo varios minutos, sin empalmarse. Andrik se aburría. Había hombres así, especialmente los viejos; Pelón estaba en lo cierto. Había hombres que pagaban por llenarle la oreja de saliva, por verlo masturbarse; otros se pasaban horas con la cara enterrada en su culo. Uno incluso se había negado a que Andrik se desnudara: lo metió al cuarto de baño del motel y le pidió que *aliviara su vientre* y luego se marchara, sin jalar la cadena.

Cerró los ojos. Las caricias tan lentas lo adormecían. El aire húmedo de la sauna olía a sarro, al sudor del Puerco ventrudo que jadeaba en su oído y que intentaba besarlo. Le apestaba el aliento. El chico oprimió sus labios pero el hombre, empeñado en alcanzar el interior de su boca, machucó su barbilla con los dedos para abrirla y meter una lengua esponjosa, olorosa a masilla y pasta de clavo.

—Bésame —susurraba—. Bésame rico.

Tironeaba el sexo dormido del chico, que apretaba los ojos para no quejarse.

Andrik recordó los consejos de Pelón: había que dejarlos hacer, así todo era más rápido. Abrió la boca lo más que pudo para que el viejo abreviara de su saliva. Al fin podía sentir cierta rigidez bajo su cuerpo; al fin esa carne fofa reaccionaba.

La puerta del baño sauna golpeó la pared al abrirse. Alguien gritaba desde el umbral. El viejo se deshizo del chico con un empujón. Tres figuras completamente vestidas entraron al cuarto y cayeron sobre el viejo.

—El dinero, ¿dónde está el dinero, maricón?

Eran tres muchachos; cada uno le dio un golpe al viejo, que acabó en el suelo. La gorra se le escapó de la cabeza y su escaso pelo se tiñó de sangre; se había desvanecido. Los muchachos repararon en Andrik, a medio vestir.

—El dinero, putito —insistieron al rodearlo.

Eran jóvenes; Andrik no podía verles bien las caras pero lo notaba. Tan jóvenes que eran capaces de matarlo por nada. Uno de ellos registraba su ropa. «Que no vea los tenis», pensó el chico. Miró al viejo en el suelo; tenía la boca abierta.

—El dinero está en su ropa —les dijo—, en los vestidores.

Uno de ellos salió del baño sauna; los otros dos comenzaron a vejearlo. El chico no ofreció resistencia. Cerró los ojos y se fingió un muñeco, una cosa hecha de madera, articulada e inmune al dolor, insensible a los gritos, a las risas, a los chiflidos. Los dejó hacer, como Pelón había dicho. Y solo abrió los

ojos cuando escuchó que corrían hacia la puerta, cuando abandonaron el cuarto.

Se puso las ropas como pudo. Estaba empapado y olía a albañales. Miró las baldosas buscando sangre: parecía que toda provenía de la cabeza del Puerco. El chico salió del cuarto y corrió hacia la salida: el lugar estaba ahora vacío; en el vestíbulo solo había toallas tiradas en el suelo.

Afuera, el pasillo estaba atestado de gente, todos ajenos a lo que pasaba dentro de los baños. Andrik comenzó a alejarse. Pensaba que en cualquier momento escucharía un grito a su espalda, o las sirenas de la policía, o alguien tiraría de su brazo para detenerlo, para interrogarlo. Se caló la gorra y hundió los hombros; hubiera deseado tener el pelo más largo y que este le cubriera la cara.

Avanzó con más lentitud de la que quería, mirando siempre al suelo. Estaba seguro de que la gente se le quedaba viendo por ir todo mojado, pero él rehuía las miradas. A pocos metros se topó con una visión conocida: un par de piernas raquílicas, extendida sobre la acera, salpicadas de ronchas oscuras. Pelón, echado sobre un cartón aplastado, con la mano extendida.

La cabeza de Pelón era del tamaño de la de un hombre. Su cuerpo, en cambio, parecía encogerse cada año, igual que su voz. Los ojos brillaron al toparse con los de Andrik.

—¿Qué onda contigo? ¿Te robaron?

Andrik tuvo que detenerse.

—Mírate nomás...

Pelón miraba sus tenis, las ropas estropeadas pero nuevas.

—¿Sigues con el del carro amarillo? Ya no regresaste...

—Me tengo que ir —dijo Andrik.

Pelón tronó la boca.

—No regreses con ese vato. Está loco.

Andrik se caló la gorra lo más bajo que pudo.

—Dicen que le da eran a los morros...

—¿Has visto a Zahir? —preguntó Andrik.

Una parte de él se avergonzó.

Olvídate de él. Le vales madre.

Pelón sacudió la cabeza.

—Tiene rato que anda desaparecido.

Andrik lo dejó seguir trabajando: debía obtener suficiente dinero para comprar pegamento.

Anocheecía cuando logró salir de aquel laberinto de puestos carcomidos y portones abiertos que daban a comercios ilegales. Los relámpagos restallaban sobre su cabeza a pesar de que el cielo estaba limpio de nubes. No sabía qué hacer más que caminar hacia el norte. No reconocía aquel barrio de casas apretujadas. Las calles estaban extrañamente vacías, a pesar de que aún no era tarde; incluso las tiendas estaban cerradas y no hallaba a nadie que pudiera explicarle el camino hacia la avenida de los semáforos averiados, el camino de regreso a la casa del hombre. El cielo se volvió completamente negro; la tormenta llegó minutos más tarde.

—¿Perdón por qué? —aulló el hombre.

Andrik no supo qué decirle. Se limitó a mirarlo a los ojos, esas rajadas que partían su rostro compungido. El hombre apartó la mirada. Seguro sentía vergüenza de verse reducido a un guiñapo, adivinó Andrik.

El cañón del arma, sin embargo, seguía flotando junto a la cara del chico.

—¿Perdón por qué? —repetía.

Babeaba. Parecía un ebrio. Andrik jamás lo había visto así, tan desesperado e indigno. Mechones de pelo muy ralo flotaban sobre sus orejas y le daban un aspecto de payaso. Ni siquiera el arma le atemorizaba; parecía falsa. ¿Realmente saldría de ahí una bola de plomo que le reventaría el cerebro? ¿Dolería más que el labio rasgado o apenas alcanzaría a sentir nada?

Se dio cuenta de que el hombre estaba llorando.

«Me quiere, de verdad me quiere», pensó el chico.

Todos son iguales, murmuró la voz.

Se oía tanto como su madre.

(Pensaba en ella todo el tiempo. ¿Dónde estaría, por ejemplo, ahora que el hombre estaba punto de asesinarlo? ¿Habría encontrado trabajo en el norte? ¿Tendría ya otro hombre? ¿Pensaba en Andrik, lo extrañaba? ¿Habría ya ahorrado lo suficiente para mandarlo a buscar? ¿Qué diría cuando entrara al departamento de la tía Idalia y se encontrara a la vieja llorando por su fuga? ¿Quién cepillaba ahora sus cabellos por la noche, después del sosteniendo delicadamente las guedejas en la mano y tirando suave, muy suave, con el cepillo, para no reventarle las puntas? ¿Quién le rascaba la espalda hasta que se quedaba dormida, con el pelo aún húmedo sobre la almohada? ¿Quién le secaba las lágrimas de espanto, a mitad de la noche, y le buscaba la botella y la arrullaba hasta que volviera a quedarse dormida?).

¿Qué le hubiera dicho ella al hombre?

Perdóname. Te amo. No me dejes.

El rostro del hombre le parecía el de un figurín hecho de masa bofa.

Todos son iguales.

Andrik gateó hasta el hombre y se abrazó a sus piernas. El hombre retrocedió, aterrado.

—Te amo, es verdad, no me importa —dijo el chico.

La costra tierna de la boca se le partió. La sangre que manaba de la herida sabía a huevo.

—No me importa lo que hagas, mátame, te necesito.

El hombre quiso trepar la duna pero trastabilló. Ya no intentó levantarse; permaneció sentado, sacudiéndose en espasmos de llanto. Quiso taparse el rostro pero la pistola se lo impedía, así que la arrojó lejos y se quebró en gemidos mientras frotaba su rostro y se mesaba los cabellos.

Andrik llegó a su lado y lo abrazó por la cintura.

—Y tú me quieres, de verdad me quieres, ahora lo sé.

El hombre lo miró con angustia.

«Todos son iguales», pensó el chico.

El cansancio le hacía ver manchas de colores frente a sus ojos. Aun así, mecío al hombre entre sus brazos hasta que este se calmó y luego lo ayudó a levantarse.

Lo despertó el calor de su propio cuerpo. Las sábanas estaban hechas un revoltijo y había arena esparcida por toda la cama, granos oscuros y diminutos que se adherían a su piel sudada.

Se estiró hasta sentir que los huesos de su espalda chasquearon. Le dolía el cuerpo entero, especialmente la cara. El vientre le borboteaba. Intentó frotarse la boca y el dolor le hizo respingar. Se miró los brazos, llenos de raspones. La nariz le moqueaba; pensó que era culpa del aire acondicionado del auto.

Avanzó a tropezones hasta el baño y se miró en el espejo. Una espantosa raja violeta le cruzaba los labios; comenzaba bajo su nariz y terminaba en la comisura derecha de su boca. La piel que rodeaba la herida estaba roja y tumefacta, caliente al tacto. Pasó despacio la lengua por el interior de la herida; un ramalazo de dolor le hizo cerrar los ojos y sujetarse con las uñas a la cerámica. Uno de sus incisivos había perdido su borde, pero al menos la mayor parte del diente seguía en su sitio.

Se sentó en el inodoro y orinó entre ardores.

Bajó a la sala sin vestirse. Sus rodillas escoriadas lamentaron cada peldaño. Sobre la mesa del comedor había una nota: «Si no lavas los trastes no comes».

La letra era enorme, el trazo firme, las *aes* y las *oes* perfectamente redondas. Dejó la nota sobre la mesa y caminó hacia la puerta principal. Estaba cerrada con doble llave: no esperaba menos. Jaló el borde de la cortina y echó un vistazo al mundo: la claridad del día le hizo entornar los ojos; debían ser, por lo menos, las nueve de la mañana. El auto del hombre no estaba. Del otro lado de la calle, en el andén del supermercado, cinco hombres en uniformes grises y fajas de cargadores fumaban en corrillo.

Entró a la cocina. Un cerro de platos sin lavar mosqueaba en el fregadero; el chico pasó a un lado sin prestarles atención. La puerta junto a la alacena también estaba previsiblemente cerrada.

Subió las escaleras. La cara le punzaba a cada paso. No podía dejar de tocarse la herida, la costra tierna que aún lloraba sanguaza. Se detuvo junto a la ventana de la escalera. La luz del día penetraba en raudal a través de ella, potenciada por la capa de cal que cubría la azotea vecina. Quitó el seguro y abrió la ventana. Miró la juntura del tercer barrote, el que había limado: un mojon plateado de soldadura reciente le impidió moverlo. Le sorprendió la tenacidad del hombre: debió haber pasado la tarde entera registrando la casa hasta hallar el sitio por el que Andrik había escapado. Luego se había tomado su tiempo para repararlo, y solo entonces había salido a buscar al chico.

Regresó al baño. Abrió el botiquín. No había más que enjuague bucal, un pomo pringoso de vaselina y un frasco de aspirinas. Tomó tres del interior y las masticó. Se miró en el espejo mientras la boca se le llenaba de espuma acérrima y su estómago, ofendido, se achicaba. La verdad era que le gustaba su rostro magullado: la hinchazón le daba a sus labios un aspecto voluptuoso y las sombras bajo los ojos hacían que estos lucieran más grandes. Más dramáticos, diría su madre. Bajó la barbilla y abrió mucho los párpados: aquel gesto enloquecía al hombre. «Mi cervatillo», decía, y le cubría el rostro de besos. Trató de completar el mohín habitual pero al fruncir los labios la costra se le cuarteaba.

Examinó su cabeza en busca de heridas. Solo tenía un chichón enorme arriba de la oreja, coronado por una gota de sangre seca. Se miró los hombros, el pecho, las clavículas que sobresalían como pitones a punto de atravesar el cuero moreno. Su tez ocultaba bien los moretones nuevos; después se le volverían verdes y parecerían mugre.

Se miró con mayor atención. Pensó que los insectos de la playa se habían cebado con su sangre, metiéndosele debajo de la ropa: tenía el vientre y las ingles salpicadas de diminutas picaduras. Pero era otra cosa la que le

molestaba. Miró el reflejo de su piel magullada hasta que se dio cuenta de lo que sucedía: incluso descalzo, ya alcanzaba a verse las tetillas en el espejo.

Había crecido, por lo menos cinco centímetros a lo largo del verano.

Te estás poniendo viejo.

Frunció la nariz. También eso dolía.

Al rato serás tú el que busque chicos en los baños.

Alzó los brazos y tensó los bíceps: seguían flacos como sogas. Se tomó de las caderas y sumió el vientre. Comprobó, con alivio, que aún podía contarse todas las costillas.

Le hizo un guiño burlón a su reflejo. Regresó al cuarto siseando el ardor de la boca.

Se echó en la cama. Se acarició pensando que sus manos pertenecían a otro chico: al ladrón de los baños, el que se acercó con el miembro de fuera y le orinó el rostro. La imagen lo excitó pero estaba exhausto. Se quedó dormido con la mano entre los muslos, sin vaciarse.

2

Pachi no quería abrir los ojos. Sabía que el sueño había terminado, que estaba echado sobre la cama, de lado, y que Pamela, en su afán por despertarlo, acababa de abrir las ventanas para que lo bañara el sol. No sabía por qué sentía la necesidad de repasar el sueño ahora que aún estaba fresco, de esforzarse en recordar las imágenes antes de abrir los ojos, antes de despertarse por completo.

Estaban en el mar, él y Vinicio, sobre una especie de balsa. El sol quemaba la cara de Pachi, convertía sus cabellos en alambres al rojo vivo. El viento, en cambio, era helado y los empujaba hacia el este, hacia un telón plomizo que cubría el horizonte, justo ahí donde debía verse el puerto. Pachi jamás había visto una niebla semejante: opaca y espesa, nada que ver con la bruma pálida de las mañanas calurosas. El mar también lo distraía; lucía revuelto —como era usual— pero no se movía. Parecía la superficie de una laguna gris. Pachi pensó en una tina, una gigantesca bañera concebida para engañarlo: el contorno del puerto detrás de la niebla era la escenografía; la niebla misma, un efecto producido por máquinas. Deseó que la balsa tuviera motor, o cuando menos un par de remos o una pértiga con que apresurar el impulso que los conducía hacia la orilla. Vinicio estaba ahí, a su lado, aunque no hablara ni dijera nada, aunque apenas se le viera un hombro manchado de pecas. La presencia de Vinicio la sentía Pachi en los poros, como una corriente: Vinicio tenía miedo.

—Eres un maricón —le decía, una y otra vez, en el sueño.

—¿Ya viste? —contestaba su amigo.

La niebla se redujo hasta desaparecer y Pachi pudo ver el puerto, o al menos, los contornos magenta de los edificios del sur, puro cromo y cristal entintado bajo el sol. El muro blanco de la costera refulgía y se perdía tras la punta de la colina coronada de palmeras.

—Estamos cerca —dijo Pachi.

—¿Ya viste? —seguía diciendo Vinicio.

El sol cambió; se opacó como si una nube lo cubriera. El firmamento seguía claro. El contorno de la ciudad cambiaba: de repente ya no había cristales ni fulgores por ningún lado en el puerto sino masas tristes de escombros humeantes. La barda se desmoronaba sobre la playa, reguero de concreto y troncos en donde rompían olas verdes.

Pachi pensó en su mujer, en el hijo dentro de ella. Saltó al agua, que apenas le llegaba a la cadera y avanzó hacia la playa. El mar apestaba a peces muertos; no lo había notado antes, quizás debido al viento. El fondo del agua estaba sembrado de bultos inflados que reventaban bajo sus pies, trozos de hueso y espinas que le herían las plantas desnudas. No sentía dolor, solo lástima por sus piernas. Vinicio tampoco se quejaba; su estúpido miedo seguía electrizando el ambiente.

Treparon juntos el cerro de cascajo que aislaba a la playa. Al llegar a la cima se estremecieron: ya no había calles ni aceras ni casas sino una cordillera de escombros formada por pedazos de paredes y autos calcinados. Al pie de la colina más cercana había un enorme hueco desde el que asomaba una miríada de rostros. ¿Estaría su mujer entre ellos? Vinicio lo sujetó del brazo antes de que iniciara el descenso; tiró de él, a pesar de él, hacia la playa. Pachi lo golpeó y corrió colina abajo. La gente de la cueva salía a su encuentro, se empujaban unos a otros para sacar sus cabezas de la oscuridad. Pachi se detuvo. Pensó que aquella no era gente; tenían los rostros tiznados y los ojos tintos en sangre, y olisqueaban en su dirección, como si estuvieran ciegos, como si se guiaran por el olfato. Uno de ellos, al pie de la colina, lanzó un bramido y cargó contra la broza. Los demás lo siguieron; trepaban hacia él por los escombros, ayudados de manos que más bien eran garras. Pachi alcanzó a Vinicio y tiró de él hacia la costa. La balsa no aparecía. Los monstruos los rodeaban; ahora podía comprobar que no tenían ojos, ninguno de ellos; solo un par de llagas vivas arriba de las fauces. Esquivó la embestida del más atrevido. Lanzó un puñetazo a otro que se acercaba; le rozó apenas. Era como si el aire se hubiera convertido en líquido, en algo espeso que le hacía moverse en cámara lenta. Sintió una dentellada en la espalda, en el cuello. Vinicio, a unos metros, ya estaba en el suelo. Los monstruos le sacaban las tripas pero él no gritaba, solo miraba a Pachi.

Despertó con el cuello empapado de sudor, la almohada húmeda bajo su mejilla y la convicción de que no debía olvidar el sueño, de que debía repetir sus imágenes, una y otra vez, en la pantalla de su mente, antes de que las molestias y el maldito calor adquirieran demasiado peso. Se resistió a despertar, se hizo ovillo bajo las sábanas y apretó mucho los párpados pero la luz que bañaba el cuarto volvía anaranjado el interior de su cabeza. Tomó la almohada de Pamela y se la colocó en la cara. Después de un rato, su propio aliento le pareció insoportable. Arrojó la almohada al suelo y pataleó enfurecido contra el colchón, maldiciendo a Pamela y su maldita costumbre de abrir la ventana. La lavadora de la vecina inició el ciclo de centrifugado

entre estertores y sacudidas, lo que obligó al borrachito del 5 a subir el volumen de su radio, fijado en la sempiterna estación de música romántica. Una voz de mujer madura berreaba entre sintetizadores:

Lo cierto es que te quiero más que a mí.

Pachi bramó. Se giró de nuevo en la cama hasta quedar bocabajo. No era justo; quería dormir más pero aquel barullo se lo impedía: la lavadora, la radio, los gritos de la niña desde el baño, el camión de la compañía del gas, los ladridos atiplados de Coco —el insufrible schnauzer de la gorda del 5—, los graznidos insolentes de los zanates posados sobre el árbol del terreno de atrás. El calor del sol aumentaba. Tuvo que arrastrarse hacia el otro lado del colchón; buscó alguna bolsa de frescura atrapada entre las sábanas, sin suerte: ya tenía la frente y el bigote y hasta la raja del trasero bañados de sudor. Apartó la ropa de cama a tirones y liberó su cuerpo. Ya estaba despierto por completo, solo le faltaba abrir los ojos.

Uno. Dos...

Su mujer canturreaba tras la puerta cerrada del baño.

Entreabrió los párpados. El cuarto estaba inundado de luz blanca.

—Perra —masculló Pachi.

En cualquier momento, Pamela saldría del baño y aparecería en el umbral de la recámara, con el cuello talqueado y el fleco alisado y diría, con fingida inocencia:

—¿Ya estás despierto, gordito? Ay, ¿por qué no vas a dejar a la niña? Total que hoy no tienes nada que hacer.

—Estás pero si bien pendeja —gruñiría Pachi.

O no, mejor:

—Vete a la verga y déjame dormir.

«Perra». Había abierto las ventanas a propósito, para que se despertara. ¿Por qué no podía entender que lo único que Pachi quería hacer en su día libre era dormir? Ella trabajaba en una oficina con aire acondicionado, de lunes a viernes, de nueve a cuatro, mientras que Pachi solo tenía un día de descanso cada quince días, en aquella maldita agencia aduanal que le exprimía hasta la última gota de vigor que su cuerpo de diecinueve años era capaz de destilar. Pasaba las mañanas a bordo de una maltrecha motocicleta, empeñando la vida en las congestionadas calles del puerto, con el sol abrasador sobre la nuca y el vapor de los escapes quemándole las piernas, yendo y viniendo de oficinas climatizadas donde las secretarias —morenazas pulcramente uniformadas, como su propia mujer— lo miraban con asco al verlo llegar con el rostro colorado y las ropas sudadas, mendigando un sello o una firma para el fardo

de papeles que apretaba bajo el sobaco. Pamela comía en casa de su madre y hasta tenía algún tiempo libre para hacer la siesta durante las horas más calurosas de la tarde; Pachi, en cambio, se conformaba con engullir fritangas en puestos callejeros entre sus visitas a los inhóspitos patios del muelle y las discusiones con las vistas aduanales en esas explanadas azotadas por remolinos de arena y coque.

¿Era mucho pedir que Pamela le permitiera dormir hasta mediodía, que lo liberara de la carga de la niña y la llevada y la traída de la infame guardería? ¿No merecía Pachi un día para él, un día en el que pudiera dedicarse a beber unos cuantos litros de cerveza, quizás fumarse un porro en la playa o solo echarse un chapuzón en el mar para desentumir su cuerpo castigado por la rutina? Hacía semanas que los músculos de la nuca le ardían, que los nervios de la espalda baja le punzaban y las rodillas le chasqueaban tras cualquier movimiento, como a un anciano artrítico; ¿y acaso Pamela se había ofrecido a hacerle un masaje?

No dejaba ni que le agarrara las tetas. No le hacía ni un huevo frito.

Se retorció para que las articulaciones de la espalda le tronaran. Necesitaba dormir más, dormir sin interrupciones, sin pesadillas como la de esa mañana. Aún podía recordar partes del sueño: el mar inmóvil como una laguna oscura, los escombros del puerto devastado, los monstruos y los hoyos rojos de sus caras y aquella terrible sensación de no poder moverse más que en cámara lenta. Estiró sus miembros para alcanzar las cuatro esquinas de la cama. Tendría que contarle a Vinicio lo del sueño; más tarde iría a visitarlo. Conseguirían algo de marihuana, beberían cerveza; Pachi convencería a Vinicio de salir de su deprimente alcoba por unas horas y darían un paseo en la playa, cuando el sol se ocultara detrás de los edificios, cuando el calor no fuera más que un recuerdo que la brisa del atardecer arrastraba hacia las montañas.

—¿Pachi?

Era Pamela, a través de la puerta entreabierta del baño.

—¿Estás despierto?

Pachi se acurrucó en el lecho. Eligió la posición más cómoda para fingirse dormido: de lado, con las manos juntas bajo la mejilla izquierda, las rodillas ligeramente flexionadas, los párpados bien apretados. Permaneció inmóvil hasta que escuchó que Pamela se encerraba de nuevo en el baño. Se rio *quedito*. Remoloneó un poco entre las sábanas: le pareció que apestaban ligeramente a orines. Maldijo a la niña. Era su culpa: la muy cabrona se salía de su camita por las noches para colarse en la cama de ellos. Hacía unos

meses apenas que había dejado el pañal y aún no controlaba del todo su vejiga. Pachi odiaba que la mocosa se metiera en su cama; cada vez que, durante la madrugada, se despertaba con deseos de acurrucarse junto a Pamela, pegar su pelvis al trasero de ella y abrazar su vientre inflado y el bebé que dormía adentro, se topaba con el cuerpo de la niña: un bulto pequeño, duro, todo huesos y cabellos olorosos a sebo, un obstáculo que Pachi hubiera querido empujar al borde de la cama hasta sacarla, pero que empezaba a berrear tan pronto sentía su mano encima.

Y Pamela lo permitía. La culpa era de ella, de sus mimos ridículos. Se negaba a nalguear a su hija cuando esta se portaba mal, cuando se empeñaba en gritar durante horas con aquellos alaridos de animal salvaje. En vez de callarla con una buena bofetada o una sonora palmada en el culo, la estúpida de Pamela hacía como que no la oía, y la mocosa malcriada la perseguía por toda la casa, berreando hasta ponerse púrpura. Esos eran los momentos en los que a Pachi le entraban unas ganas desquiciadas de sujetar a la niña del cuello y arrojarla contra la pared, para que aprendiera, pero se las aguantaba. Por eso odiaba hacer de niño: sentía que tarde o temprano se le escaparía la mano para castigar a la niña, y que al hacerlo sentiría un placer semejante al de quien se rasca una roncha; el mismo placer que sentía cuando le gritaba, pero magnificado. Y aquello no estaba bien, aquello no era correcto: no porque la niña no se lo mereciera sino porque él había jurado, cuando Pamela le confesó que tenía una hija, no intervenir jamás en la educación de la mocosa. Si Pamela quería malcriarla, adelante. Él ya bastante tenía con mantener a esa criatura ajena; no debía insistir en la conveniencia de una buena nalguiza, un pellizco en el bracito, un cachete en el momento adecuado, inofensivo pero sonoro, como cuando se castiga a un perrito: no hace falta darles duro, solo hacer mucho ruido para que el espanto los discipline, rumiaba, durante las pataletas de la niña, cuando fingía concentrarse en el partido de fútbol por televisión y dejaba que su mujer se las apañara sola. Ya bastante hacía él con dejarla y recogerla a diario en la guardería, cruzar la ciudad en el tráfico de mediodía para entregársela a la madre de Pamela. Y no lo hacía por su mujer; lo hacía por compasión a la niña. A pesar de no soportar su presencia, la mocosa le daba lástima: tan poco agradecida, tan torpecilla, sin un padre que viera por ella. Una verdadera desgracia.

Su hijo sería diferente, pensaba todo el tiempo. Su hijo: el bodoque que crecía en el vientre de Pamela y que él pensaba sería un niño, un varón. Su carne y su sangre, su propio rostro puesto en un cuerpo nuevo, su clon. Su hijo sería diferente: su hijo jamás se atrevería a golpearle el rostro con sus

puñitos como lo hacía la niña con Pamela durante sus berrinches. Su hijo sería inteligente, fuerte, robusto; sus ojos estarían llenos de viveza y picardía, no serían canicas oscuras, opacas. Su hijo, que en aquel mismo momento flotaba dentro del vientre de Pamela y crecía hasta llenar por completo aquella cavidad aterciopelada que ella no le dejaba visitar desde que se iniciara el último trimestre. Si al menos Pamela le condescendiera a prestarle su boca y sus manos de vez en cuando, Pachi le perdonaría los ataques hormonales. No tendría que aplacarse a tirones en la regadera las señoras erecciones con las que amanecía. Pero ella se negaba; decía que le daba asco, cosas del embarazo.

Qué desperdicio, pensó, acariciándose la pinga erecta por encima de la tela de los calzoncillos.

—Calma, Capitán América, ya pronto nos desquitaremos.

El bulto entre sus piernas dio un brinco, en respuesta.

Soltó una risilla. Su mujer odiaba cuando él se refería a su miembro como un personaje, pero él no podía evitarlo. A veces era el Capitán América, otras la Serpiente del Desierto, o el Madero Turgente. Había veces que, en pleno coito, recordaba los diálogos de las gacetillas procaces que leía de niño, escondido en el baño, y se partía de risa para fastidio de Pamela. Su mujer, por cierto, tenía un cuerpo parecido al de las mujeres que aparecían en esas historietas: caderas redondeadas, pezones gordos como chupetes y un trasero inabarcable. El embarazo le engrosó la cintura pero no la deformó del todo: Pachi seguía excitándose nada más de verla caminar en *shorts* por la casa.

—Perra egoísta —la maldijo.

Se contorsionó para bajarse el calzoncillo hasta la mitad de los muslos. ¿Qué le costaba mamársela de vez en cuando? ¿Eso era lo que le pasaba a los hombres casados, terminaban todos masturbándose en el baño como chamaquitos de secundaria? Rodeó el glande con el pulgar y el índice y comenzó a frotarlo. Encontró que había demasiada fricción y se escupió en la mano. Pamela acababa de encender la secadora de pelo: aún tardaría algunos minutos en salir del baño, y ese era todo el tiempo que Pachi necesitaba. La chaqueta exprés, le decía: unos cuantos tirones y su frustración saldría a borbotones a endurecer las sábanas.

Pensó en Aurelia; lo hacía a menudo cuando se la jalaba, casi con nostalgia. Solo una vez le había dejado tocarle las tetas; eran pequeñas, de piel muy pálida y cabían casi enteras en la boca de Pachi. Aquello había ocurrido en el asiento trasero de la camioneta de ella, con Vinicio al volante. Aurelia, entre besuqueos y sobadas, se quitó la parte inferior de su traje de

baño y se sentó en él, se enterró en él hasta la raíz de su miembro palpitante. Su coño era jugoso y dolorosamente estrecho y la hubiera follado con rudeza de no haber visto que Vinicio los miraba muy serio a través del espejo. A ella no parecía importarle pero Pachi sintió remordimientos; se la quitó de encima después de un rato; no quería venirse en ella, no llevaba puesto un preservativo.

Frotó su miembro mientras pensaba en la escena. Imaginaba que el círculo de sus dedos era un anillo de carne: el sexo de Aurelia, el ojo de su culo, su boquita apretada. En su fantasía, Aurelia, sola con él en el auto, se desnudaba entera y le ofrecía su trasero redondo, su coño sonrosado. Una perla de semen se le escapó, junto con un gemido, mientras imaginaba el momento en que, sujetándola de las caderas, le enterraba el miembro duro hasta sentir que topaba.

Estaba a punto; ya sentía ese calambre familiar en las piernas. Alzó la mirada para tomar una esquina de la sábana y se topó de lleno con los ojos de la niña, que lo miraba, impávida, al pie del lecho. Llevaba los cabellos mojados apretados en dos coletitas y la lonchera rosa en la mano.

—¡Putá madre! —gritó Pachi, mientras se cubría con la sábana.

La niña ni siquiera parpadeo.

—Me lleva... ¡Lárgate!

La boquita de la niña se abrió en una sonrisa invertida de la que brotó un bramido doliente.

—¡Lárgate, pendeja! ¿No escuchas?

La niña rompió a llorar, sin moverse de su sitio. La muy payasa se frotaba los ojos secos con los puños apretados.

Pachi golpeó el colchón con la mano abierta.

La puerta del baño se abrió con un crujido.

—¡Pachi...!

El schnauzer de la vecina se unió al coro de chillidos. Pachi apenas tuvo tiempo para subirse los calzoncillos y fingirse dormido, antes de que su mujer entrara a grandes pasos al cuarto.

—¡Francisco Erubiel!

El corazón de Pachi retumbaba dentro de su pecho, pero no movió ni un músculo. Se obligó a respirar profundamente.

—No te hagas pendejo. Sé que estás despierto, cabrón.

Pachi tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no estallar en carcajadas.

—Voy tardísimo al trabajo. Te toca llevar a la niña —insistió Pamela.

Pachi no se dio por enterado.

—Hijo de toda tu chingada madre... —maldecía su mujer, al lado de la cama. Pachi podía verla a través de una disimulada rendija que abrió entre sus párpados: una sombra de cabellos rizados, aún húmedos, enfundada en una camisola verde oscuro. La niña, de la que apenas veía la cabecita, tiraba del pantalón de ella con insistencia: quería que Pamela la cargara.

—Más te vale, cabrón, y óyeme lo que te digo, hijo de la chingada, porque sé que estás despierto y haciéndole al pendejo como es tu costumbre. Más te vale que pases por la niña a mediodía, ¿eh...? Si no quieres cuidarla, si prefieres irte de pedo con la bola de mariguanos esos, la pasas a dejar con mi madre... ¿Me oíste?

Sin abrir los ojos, remolón, Pachi se giró para darle la espalda y fingió un ronquido. Pamela lanzó un rugido de frustración y le azotó la espalda desnuda con la toalla mojada.

—¿Me oíste?

Aquello le ardió como el diablo a Pachi, pero se aguantó. No le daría ninguna satisfacción a la perra esa.

—Me las vas a pagar —gritó ella.

Cerró la puerta de la entrada con tanta fuerza que los vidrios de toda la vecindad se estremecieron.

—Puto —masculló, al pasar junto a la ventana.

Pachi abrazó la almohada y rio quedito mientras escuchaba el zapateo de Pamela por el patio, el balbuceo necio de la niña, el chirrido de la reja principal, el tintineo de las llaves de Pamela al poner el candado. No abrió los ojos sino hasta que se vio rodeado de los sonidos reconfortantes de la casa vacía: el traqueteo del viejo refrigerador, la gotera de la ducha. La radio del vecino canturreaba:

*Esta chica es mía,
casi, casi mía.
Está loca por mí
pero aún no se fía.*

Oh, aquello había sido mejor que insultarla, pensó.

Creía que el agua de la regadera estaría fresca pero se equivocó: caía tibia, casi caliente contra el centro de su pecho lampiño. La regadera, rota desde que se mudaran al departamento hacía cinco meses, escupía el agua en forma de un chorrito impertinente que tardaba eternidades en enjuagarle los

cabellos. Era imposible darse la ducha rápida y vigorosa que él hubiera querido: las malditas cañerías de la vecindad eran viejas y el agua de la regadera no se desahogaba por completo. Pachi tuvo que lavarse con los pies metidos casi hasta los tobillos en un charco de agua en el que flotaban los restos de jabonadura de Pamela, sus largos cabellos y posiblemente los orines de la niña. Tampoco el inodoro había querido funcionar adecuadamente aquella mañana y el olor de sus propios excrementos, que flotaban en el interior, lo pusieron de mal humor. Pensó, mientras cerraba la llave de la ducha, que tendría que salir al patio a llenar un cubo de agua de la toma colectiva para dejar limpio el inodoro, pero lo olvidó antes de que terminara de sacarse con la toalla.

Se miró en el pequeño espejo sobre el lavabo. Le pareció que sus carrillos, de por sí prominentes, lucían cada día más hinchados. Se giró de puntillas para mirarse de perfil: se notó el vientre más voluminoso, casi flácido, salpicado de hoyuelos como los que Pamela tenía en la parte posterior de los muslos. Ya su madre se lo había advertido: los hombres ganaban peso al casarse. Lo que no había previsto era que sucediera tan rápido: apenas llevaba cinco meses viviendo con Pamela y su otrora simpática panza de bebedor de cerveza había duplicado su volumen y mostraba estrías que competían con las del embarazo de su mujer. La culpa era de ella, pensó Pachi, pellizcándose con rencor la loncha de grasa de su cintura: su renuencia a cocinarle le obligaba a comer en la calle, donde todo lo freían en manteca. Se prometió a sí mismo hacer más ejercicio, quizás volver a jugar fútbol por las noches con los chicos del parque, como cuando era soltero; o bajar algunas veces a la semana a la playa y nadar contra la corriente. No podía terminar convertido en un gato emasculado, un viejo panzón y bofo como su padre: haría abdominales, lagartijas y sentadillas, cincuenta de cada una, a partir del día siguiente, sin falta.

Se pasó las manos por las mejillas. Si pudiera dejarse la barba, como Vinicio, pensó, no se vería tan mofletudo y la gente no reiría cuando les contara que estaba casado; pero qué hacer con esos pelos que apenas le brotaban de la barbilla y que eran tan escasos y le crecían tan lento que ni siquiera tenía que rasurárselos a diario. Pensó en pasarse la navaja de todos modos, pero no encontró ningún rastrillo nuevo en el gabinete del baño. El de Pamela, olvidado sobre el borde del lavadero, estaba lleno de sus pelos gruesos. Pachi no entendía cómo su mujer lograba afeitarse las piernas con la panza que se cargaba; quizás las subía al asiento del inodoro, para no tener

que agacharse. Tampoco comprendía por qué se empeñaba en afeitarse el coño si ni siquiera permitía que la tocara.

Regresó al cuarto con la toalla atada en torno a las caderas. Cerró las cortinas y se vistió para el calor de agosto: calzoncillos flojos, bermudas cargo grises, y playera roja sin mangas. Gorra negra de beisbolista en la cabeza; sandalias de goma. Faltaban solo sus lentes oscuros y estaría listo para salir de casa, pero no podía encontrarlos por ningún lado, aun cuando juraba haberlos dejado sobre la mesa de la cocina la noche anterior. Registró la sala, el interior de las cajas de cartón apiladas contra la pared, los pliegues del sofá desvencijado; ahí no había nada más que hojuelas de cereal ablandadas por el calor y servilletas arrugadas. En la habitación era imposible buscar; la ropa sucia se acumulaba encima de la cómoda y dentro de ella, en los cajones atiborrados de prendas, no había espacio ni para meter las manos. Aquel departamento era demasiado pequeño para los tres. Pachi lo supo desde el principio pero había insistido en mudarse ahí a pesar de que su mujer quería convencerlo de pedir un préstamo al banco y construir su propia casa junto a la de su madre, en el terreno que poseía la familia en las orillas de la ciudad. Todas las quincenas, cuando juntaban sus salarios para pagar las cuentas, Pamela se quejaba por la cantidad de dinero que se les iba en pagar la renta del departamento, y eso desquiciaba a Pachi. No se mudarían, bramaba él, ni aunque el maldito departamento se viniera abajo. Él había crecido en ese barrio de anchas aceras bordeadas de almendros y flamboyanes, a dos cuadradas apenas de la playa y a tiro de piedra del centro y los muelles, y ahí era donde su hijo tendría que crecer, en un lugar civilizado donde había parques y calles pavimentadas y no drenajes a cielo abierto y criaderos de marranos. Pamela terminaba siempre llorando del coraje, humillada por las palabras de Pachi. Su madre tenía una porqueriza detrás de su vivienda; la vieja bruja había criado, matado y freído en una paila cochambrosa por lo menos un centenar de marranos, y todo para mantener a su prole.

—Pendejo, te das aires de rico y tus papás son unos muertos de hambre —le gritaba ella, y a Pachi le entraban deseos de reventarle la cara a bofetadas pero se contenía, sobre todo por el niño. Pegarle a Pamela era como pegarle al niño que nadaba, inocente del todo, en su cápsula almibarada. Su hijo, su copia: qué culpa tenía el niño de las estupideces que ladraba su madre.

—Ya te dije y te jodes —era la frase con que Pachi zanjaba la mayor parte de las discusiones con su mujer.

Y Pamela rompía cosas, pataleaba y lo maldecía, pero terminaba por resignarse. Si algo tenía Pachi que reconocerle a la bruja de su suegra era que

había educado bien a Pamela: cada vez que esta huía a la casa de la vieja a quejarse de Pachi, su suegra la mandaba de regreso, sin escucharla: «Es tu marido, ahora lo aguantas», le decía.

Y es que Pachi se sentía obligado a ganar esas batallas porque Pamela — con todo y su origen suburbano, con todo y que era una bestia para la escuela y nunca pudo pasar de segundo año de secundaria— había logrado trepar por el escalafón sindical del hospital público en el que trabajaba desde adolescente, y de fregar baños inmundos había ascendido a archivista. Tenía un sueldo libre de inflación, seguro médico, plan de jubilación, un montón de días feriados y hasta una beca para la niña; todos esos beneficios que los patrones de la agencia aduanal —un par de gallegos viejos, hermanos gemelos, que apestaban siempre a puro— le escamoteaban con argucias administrativas. Una vez Pamela, con mala leche disfrazada de buena fe, le ofreció a Pachi incluirlo en su plan de seguro médico; lo único que él tenía que hacer para completar el trámite era firmar un papel en donde aceptaba que Pamela era la que sostenía el hogar. Aquello provocó en Pachi una rabieta infernal; se sintió tan humillado que zahirió a su mujer en todas las formas posibles, y ella, indignada por su ingratitud, le respondió con aún mayor escándalo. La cosa terminó con la policía aporreando la puerta del departamento mientras Pamela, con una panza ya notoria, los insultaba por la ventana hasta quedarse ronca y Pachi escapaba por la ventana de la cocina y corría a refugiarse en casa de Vinicio.

Se rindió. Saldría sin los malditos lentes. Cerró con llave la puerta del departamento y cruzó el patio. *Coco* el schnauzer se acercó a él, castañeando las uñas crecidas contra las baldosas, gruñendo con los dientecillos apretados. Pachi hubiera querido propinarle una buena patada a la bestia escuálida aquella, de cabellos mugrosos y tiesos como los de una mopa desgastada, pero se contuvo cuando vio a su dueña aparecer en el quicio del departamento. La mujer llevaba un viejo camisón que la claridad de las diez de la mañana volvía transparente: cada loncha de grasa, cada bulto de carne mullida era perfectamente visible, incluso los agujeros de su ropa interior y los círculos oscuros de sus areolas.

Pachi bajó la vista, avergonzado. Esquivó las dentelladas del infeliz *Coco* y alcanzó la reja de la entrada. Salió a la calle y permaneció unos minutos de pie sobre la acera: lo hacía para fastidiar al perro, para hacerlo ladrar y azotarse furioso contra la malla de la reja. Cuando se aburrió se volvió hacia la calle. No podía evitar sonreír: hacía dos semanas que no caminaba por el barrio sin prisa ni preocupaciones, semanas que no se permitía abandonarse a

la pereza. Sentía que había retrocedido a su infancia y que aquel era el primer día de vacaciones del verano: nada de tareas ni uniformes, puro jugar al aire libre.

Decidió que se daría una vuelta por la playa, solo por el placer de verla desde la acera y no a bordo de la motocicleta, siempre con prisa. La calle lucía lavada; aún quedaban algunos charcos que servían de espejos a un sol casi cenital. Inspiró profundamente el aire de la mañana: por debajo del humo de los escapes podía sentir el aroma de la tierra mojada, del salitre y las algas fermentadas del mar a la vuelta de la esquina.

Aquel sería un viernes espléndido, pensaba. Y caluroso: no llevaba ni media cuadra andando y ya sentía los vellos de las axilas empapados. Hilos de sudor limpio descendían por su mandíbula y se acumulaban en el cuello de su camiseta. El aire estaba cargado de humedad que provenía de la tierra mojada de las jardineras, de las gotas de lluvia atrapadas entre las hojas de las plantas. Se alzó la gorra para enjuagarse la frente con la mano. No le molestaba el calor, al contrario: se regodeaba en él como si fuera un abrazo reconfortante.

Sobre el antepecho de una ventana, con las patas escondidas bajo el cuerpo, un gato negro dormitaba indiferente a la música que tronaba desde el interior de la casa. Era una de las canciones favoritas de Pachi. Canturreó junto al coro:

*Pronto llegará
el día de mi suerte.
Sé que antes de mi muerte,
seguro que mi suerte cambiará.*

Una bocanada de viento salobre le alzó la gorra cuando llegó a la esquina; puso la mano sobre la visera para que no saliera volando. El mar estaba cerca, a una estrecha cuadra de distancia. Bajaría a la playa, aunque quizás no fuera buena idea meterse al agua en ese momento, reflexionó; el agua estaría fresca pero él acaba de ducharse. Quizás podría bajar a la arena y trepar a la rompiente, visitar a Pipen y mirar los barcos. Apretó el paso para llegar a la avenida costera. Recordó vagamente una imagen de su sueño —el muro blanco hecho migas sobre la arena— pero lo olvidó tan pronto alcanzó el malecón: los ojos se le fueron hacia el mar azul plata, teñido por el humo violeta que exhalaban los buques del atracadero.

El malecón estaba vacío de turistas. Un único vendedor de helados se acurrucaba a la sombra de aquella estatua verde que señalaba hacia el océano. Ambos, el rostro del prócer desconocido y el del vendedor de helados tenían

la misma expresión somnolienta que el gato de la ventana, minutos antes. Trepó al muro bajo. Unos chicos jugaban fútbol en la arena: usaban piedras en vez de porterías y una pelota de goma como balón. Las camisetas, todas iguales, del mismo colegio, ondeaban sobre la barda. Los muchachos jugaban con el torso desnudo y los pantalones arremangados hasta las rodillas. La arena estaba húmeda y saltaba en terrones mientras se disputaban la pelota.

Se colocó la gorra al revés y se descalzó antes de saltar a la playa. Le gustaba sentir la arena entre los dedos. El viento soplaba con fuerza; era una ráfaga continua, tibia, que aplastaba las olas en su camino a la costa. La apariencia del mar también le hizo pensar en el sueño. Debía buscar a Vinicio y contárselo: él tendría, seguramente, una interpretación complicada al respecto. Se acercó al agua; estaba fresca, lo bastante como para entumirle los dedos. Definitivamente sería mejor no bañarse en aquel momento sino por la tarde; el agua estaría más tibia y hundirse en ella sería como hacerlo en una bañera gigante. Eso es lo que haría, pensaba: iría a ver a Vinicio y lo convencería de volver a la playa, cuando el sol descendiera. Ya iba siendo hora de que saliera de ese cuarto apestoso a axila; ya no estaba enfermo, hasta el médico se lo había dicho. Sí, eso era lo que su amigo necesitaba, un buen chapuzón en el mar, un poco de viento marino; lo arrastraría de las greñas si fuera necesario para que saliera de esa maldita casa.

Pachi alcanzó la rompiente. Era una muralla que se internaba en el mar, construida con rocas negras y matatenas de hormigón. En la punta relucía un faro verde que señalaba a los buques el camino correcto para ingresar al puerto; toda la zona estaba minada de arrecifes enfermos que una banda de pescadores aún explotaba. Incluso habían levantado un pequeño muelle sobre la escollera. Uno de ellos, su amigo Pipen, tuvo la puntada de colocar una bandera pirata en la punta de aquel humilde trepadero.

Escaló descalzo las rocas; era más fácil así que con las sandalias puestas. Sabía qué lajas pisar y cuáles evitar por su posición inestable, y conocía los sitios en donde las ratas anidaban y aquellos en donde las tripas del concreto sobresalían prestas a herir la carne de los incautos. En esa escollera tuvieron lugar los mejores días de su infancia, pensaba Pachi; los chicos del barrio pasaban las tardes ahí, jugando fútbol sobre la playa o pescando sobre las rocas o simplemente contemplando el lento ingreso de los trasatlánticos a la dársena. Algunas veces Pipen le robaba la lancha a un pescador que dormía la cruda y los conducía sobre ella a los arrecifes cercanos. Ahí pataleaban entre los pastos marinos y aprendían de Pipen el arte de atrapar peces coloridos que podían mercarse en las tiendas de mascotas. Otro juego divertido —y también

redituable— era recolectar erizos comunes entre los bajos para estafar a los turistas, convenciéndolos de que la baba amarga que brotaba del interior del equinodermo estimulaba la potencia sexual de quien los consumiera en ayunas.

En compañía de Pipen había aprendido a bucear y a fumar, y con Pipen también vio por primera vez a una mujer desnuda, un viernes santo a principios de los años noventa, en esa misma playa. Era mediodía y el lugar reventaba de turistas cuando un círculo de gritos y resuellos se abrió cerca de aquella misma escollera. Dos muchachos, apenas más grandes que Pipen, cargaban con dificultad el cuerpo de una mujer muy alta, de cabellos largos hasta la cintura enredados en torno a su cara. Los muchachos habían tenido que arrancarle mechones de la cabeza para liberarla: el cabello se le había atorado entre las piedras del rompiente y por eso se había ahogado. Pachi no recordaba cómo, pero de repente ya estaba hasta adelante de la multitud, frente al cuerpo amoratado de la mujer. Alcanzó a verle los senos antes de que la cubrieran con una lona: colgaban, pesados, aparentemente duros, meros bultos de carne que nacían de las costillas. Pero lo más impresionante fue el vistazo a su sexo. Parecía tapizado de un material áspero que él creyó una mata de sargazo pero que Pipen, entre risas, le aclaró que era el pelo que le salía naturalmente a las hembras «ahí abajo».

Sudaba copiosamente cuando alcanzó el muelle, a pesar del viento. No vio lanchas atadas a los pies de madera picada, solo remolinos de espuma. Junto a la bandera pirata, una robusta gaviota se acicalaba.

Pachi formó una visera con las manos y miró en dirección al arrecife: justo en ese punto, el sol, flamígero, incidía sobre el agua, convirtiéndola en un cono de plata fundida, tan luminoso que le hizo lagrimear. Alcanzó a ver la sombra de un bote ahí en medio, pero nadie a bordo. Podía ser el de Pipen; quizás su amigo buceaba en las cercanías.

Decidió sentarse un momento sobre una de las piedras. Colocó sus sandalias a un lado y esperó, con los ojos entrecerrados. Abrió la boca para canturrear.

Pronto llegará...

Un chasquido lo interrumpió. Venía de las piedras debajo del muelle. Primero pensó que era el chapoteo de un pez moribundo pero luego escuchó gruñidos como de animal grande. Se asomó pensando en algún perro callejero y se topó con el rostro de un hombre —o lo que quizás alguna vez había sido un hombre— que le miraba a su vez, en cuclillas sobre una laja húmeda. El hombre iba medio desnudo y mascaba algo. Estaba en los huesos. Tenía los

cabellos quemados por el sol y la espalda y el pecho cubierta de ronchas encostradas.

—Buenas... —dijo Pachi, avergonzado.

—*Gnas* —gruñó el hombre.

Bajó la cabeza y continuó hurgando entre las rocas, sin prestar más atención a Pachi.

Está cazando cangrejos, pensó él, no sin repugnancia. Cangrejos negros, patudos como arañas, insípidos. De ese tamaño debía ser su hambre.

Pachi volvió a su asiento. La presencia del tipo aquel lo ponía nervioso. Había que andarse con cuidado en la escollera, donde solían rondar tipos de lo más siniestro: desde federales a la caza de indocumentados y traficantes de especies protegidas, pasando por pervertidos que espiaban a las parejas que se metían ahí a besuquearse, hasta maniáticos delirantes que terminaban rebanándole la garganta al que se dejara. ¿No hacía unas cuantas semanas — por ahí de julio— recordó Pachi, un muchacho había muerto acuchillado justo al pie del muelle? Había comprado el periódico especialmente para leer esa noticia y mirar las fotos. En la principal salía la víctima flotando de espaldas en el agua, cerca de los pilotes, justo frente a las piedras que el vagabundo removía. La otra imagen, tomada seguramente en la comandancia, era la del homicida. Un tipo macilento, picoteado por el acné y desnudo de la cintura para arriba que posaba de frente, con los ojos cosidos a puñetazos.

Se inclinó para echarle un vistazo al vagabundo. Solo pudo verle las piernas; se había internado a gatas bajo la estructura del muelle. El bramido de una lancha lo distrajo. Pipen se acercaba. Sujetaba el timón con un brazo simiesco y sonreía; sus dientes impolutos eran visibles a la distancia. Lo seguía una hilera de albatros, manchas negras que planeaban muy cerca de la estela de espuma que dejaba la procela al partir el agua.

Pipen no llevaba encima más que unos pantaloncillos astrosos que se mantenían en sitio gracias a la prominencia de sus crestas iliacas. Sus miembros eran largos y flacos y se servía de ellos para moverse de popa a proa de una sola zancada e impedir que su lancha golpeará las patas del muelle. Antes de que Pachi pudiera moverse, Pipen ya le había arrojado el cabo. Pachi lo ató al tablón que le pareció menos endeble.

—Vaya, tío —saludó Pipen al vagabundo.

Pipen llamaba «tío» a todos los viejos.

—*Gnas* —respondió el tipo.

—¿Lo conoces? —susurró Pachi.

Pipen pareció no escucharlo. Le dio la espalda para remover los triques que atiborraban su lancha y rescatar dos cubetas viejas, llenas a medias de agua, que colocó sobre los tablones del muelle. Hizo lo mismo otras dos veces. Pachi miró dentro: peces de distintos colores y tamaños aleteaban, aturcidos, en un galón de agua salada.

Pipen trepó a su lado sin esfuerzo.

—¿Ya viste lo que agarré?

Pachi miró dentro de las cubetas.

—Peces cebra —dijo, mirando dos pececillos de aletas largas, rojos con negro—. Un, oh, un ángel francés, de los raros...

No más grande que su mano, el pez de color azul intenso giraba nervioso dentro de su prisión de plástico.

Pipen chasqueó la lengua.

—Chócate esto...

Le mostró lo que escondía detrás de la espalda: un paquete rectangular envuelto en cinta canela. Tenía números escritos con marcador en cada uno de sus caras.

—Estaba atorado en las algas del bajo, ¿cómo ves?

Tenía el tamaño de un tabique.

—No mames —musitó Pachi.

El corazón se le aceleró mientras Pipen rajaba la envoltura con su cuchillo.

Olió la marihuana antes de verla. Debía haber ahí, por lo menos, un kilo prensado. Extendió una mano para tocar la yerba apretada: una capa de polen amarillo, muy pegajoso, manchó sus dedos. Un hormigueo le recorrió el vientre y aflojó sus intestinos. Siseó, apretando las piernas. ¿Será que tendría que correr a aliviarse entre las rocas?

—Uh, pensé que era coca... —se lamentó Pipen.

Lucía decepcionado.

—Pensé que era una pacota de coca... ¿Te imaginas? Nos haríamos millonarios...

—Cabrón, es un kilo de mota.

—¿La quieres, primo? —Pipen le decía «primo» a sus mejores amigos.

—Nada más traigo cien pesos... —se quejó Pachi.

El billete estaba dentro del bolsillo de las bermudas, doblado en un apretado triángulo. Había sido un reto hacer que aquellos cien pesos llegaran al final de la quincena. Los había reservado para comprar cervezas y quizás algo de marihuana.

—Júntate mil varos y te la llevas toda.

Pachi rio, pero luego recordó que ya tenía gastada la quincena que le pagarían al día siguiente y eso lo enfadó.

—No tengo, cabrón. No me alcanza.

Pipen le puso el paquete en las manos.

—Bueno, de todos modos hay que probarla primero.

Había demasiado viento en el muelle para que la llama del mechero se mantuviera encendida, así que Pachi, con el cigarrillo en la boca y la gorra vuelta sobre la cabeza, metió la cara en el cuello de su camiseta y lo prendió dentro. El humo de la yerba era muy picante; le costó un par de arcadas mantenerlo en sus pulmones.

—¿Qué tal?

Pachi asintió con el rostro congestionado.

—Está bien venenosa.

Se sintió colocado incluso antes de soltar el humo.

Fumaron por turnos, sentados a orillas del muelle, con los pies colgando sobre el agua, Pachi miraba el mar: le parecía que las estrías luminosas que se formaban en la superficie se movían de forma extraña: demasiado perezosas, demasiado pesadas, como si el Golfo no contuviera líquido sino una especie de gelatina bullente, azul casi negra en el horizonte, verdimarrón al pie de la escollera.

En algún momento, el hombre de las piedras se había marchado.

—Pipen.

—¿Eh?

—¿Quién era es vato?

—¿Qué vato?

—El vato ese que estaba debajo del muelle...

—¡Ah! No sé, un teporocho. Lleva días por ahí.

Un cangrejo negro asomó su reluciente caparazón por entre las piedras, cerca de los pies de Pachi. Le arrojó una piedra pero erró el blanco.

—Pipen...

—¿Eh?

—¿A poco no se parece al vato que mató al Mutante, aquí, hace como un mes?

—Nah. Ese era otro vato; lo agarraron.

—Pero a poco no se parecen...

—Es por las marcas. Todos los vagos las tienen, ¿has visto? Debe ser algún bicho.

Pachi se rascó los brazos; pensar en ronchas le producía escozores imaginarios. El sol laceraba su carne. Sería mejor marcharse.

Pipen quiso fumar un tercer cigarrillo pero Pachi se rehusó. Le ardían los carrillos y los costados de la nariz, incluso con la gorra puesta. El sol ya casi llegaba a la mitad del cielo y mirar la estela que dejaba en el mar resultaba doloroso.

Pipen le regaló algo de la yerba en un envoltorio de papel periódico. Se la guardó en el bolsillo de la bermuda y emprendió el camino de regreso a la playa. Le costó más trabajo avanzar sobre las rocas porque su visión estaba salpicada de máculas rosas y violáceas.

No podía dejar la yerba en el departamento: Pamela, que neuróticamente le registraba todo, terminaría por encontrarla y arrojarla, estúpida santurrón, al excusado. Tendría que llevársela a Vinicio, pensó, y sonrió imaginando la cara que su amigo pondría cuando notara la calidad. Hacía ya rato que no fumaban juntos; primero por culpa de la enfermedad de Vinicio, y después, por su negativa a abandonar esa deprimente recámara. Pachi no entendía cómo es que alguien podía pasar tanto tiempo encerrado, sin nada que hacer más que dibujar, más que llenar un cuaderno tras otro de garabatos sin sentido, en vez de conseguirse un trabajo. A Pachi le parecía morboso: algunos de los dibujos de Vinicio, había que admitirlo, le quedaban bastante bien, sobre todo los de los pájaros; pero la mayoría eran solo bosquejos, puros rayones sin propósito. Estaba seguro de que no aceptarían a su amigo en la escuela de arte de la capital del estado, pero se cuidaba de decirlo. Vinicio acababa de enterrar a su padre; bueno, era un decir; el señor había muerto mientras Vinicio deliraba de dengue y no fue a su funeral. Y qué funeral: a la mitad de los rezos la madre de Vinicio había perdido la cabeza y se había lanzado a golpes y alaridos contra la otra familia, del padre de Vinicio, y tuvieron que sacarla entre cuatro hombres del lugar. Otra cosa era lo del encierro: quince días habían pasado desde el velorio, el médico le había dado de alta y no había motivos para que su amigo siguiera encerrado, poniéndose cada vez más seco.

Pachi cruzó la costera a paso vivo. El sol le quemaba los hombros.

—Tendido como bandido —murmuró.

Buscó la sombra, pero ni así dejó de sudar; cada pocos minutos tenía que alzarse la gorra para limpiarse la frente. Cinco cuerdas después ya estaba en el parque. Los mismos vagos de siempre dormían sobre el césped, bajo los jobos. Los mismos vejetes de toda la vida calentaban sus músculos con movimientos pomposos sobre las canchas de básquet. Los juegos estaban

vacíos: supuso que aún no eran las doce, de otra forma estarían llenos de alumnos del jardín de niños. Pensó que, en unos años, su hijo iría a esa misma escuela y jugaría en aquella misma resbaladilla, justo como Pachi lo había hecho de pequeño. Le enseñaría a defenderse de los grandes para que ningún hijo de la chingada se aprovechara de él.

Le pondría Francisco, también. Pachi segundo. El mismo en miniatura. Su clon.

Pensó en Pamela. La imaginó detrás de un escritorio, por ratos aporreando teclas de la máquina de escribir, por ratos palmeando su vientre. El niño era inquieto y la fatigaba. Pensó que, al fin y al cabo, podría ceder un poco y hacer el esfuerzo de pasar a recoger a la niña. La guardería estaba cerca; el problema era llevarla con la suegra, del otro lado de la ciudad. Tendría que gastar en el maldito autobús. Quizás Vinicio accedería a acompañarlo. Quizás después podrían ir a la playa.

Se detuvo a beber de la fuente, aunque sabía que no debía hacerlo: el agua del puerto era peligrosa en aquella época, podía provocar infecciones. Pero tenía la boca completamente seca y aquella agua fresca, de sabor vagamente metálico, aplacaba el ardor de su garganta irritada. Se quitó la gorra y las sandalias y procedió a mojarse la cabeza, la nuca, los pies llenos de arena. Luego se calzó de nuevo y caminó, con cuidado para que los pies mojados no le patinaran, hacia el otro extremo del parque, hacia la esquina de las calles Oeste y Sur. En esa parte del parque vivían los árboles más viejos; sus frondosas ramas se entrelazaban formando una palizada bajo la cual los viciosos del barrio, Pachi incluido, se reunían por las noches para beber y fumar marihuana repartidos en dos bancas de hierro corroídas por el salitre. Las farolas de aquel rincón estaban siempre fundidas; los chicos se turnaban para romper los focos y asegurar la penumbra.

La casa de Vinicio estaba justo en frente, del otro lado de la calle. Era amarilla y tenía dos pisos. La ventana de Vinicio siempre estaba abierta; le pareció que podía verle la coronilla, lo que significaba que su amigo dibujaba frente al escritorio. Más garabatos para decorar las paredes, pensó.

Canturreó mientras esperaba para cruzar la calle.

*Pronto llegará
el día de mi suerte*

No se molestó en tocar el timbre: hacía años que no servía. Chifló en dirección a la ventana abierta y abrió la verja con un chirrido. Ni Vinicio ni su madre se molestaban en barrer las hojas secas que llenaban el zaguán, ahora

empapadas y medio podridas por las lluvias nocturnas. Giró el pomo de la puerta principal: sabía que estaría abierta.

El interior de la casa era oscuro. Olía a comida descompuesta, a colillas de cigarrillo, a licor metabolizado. Cerró la puerta y atravesó la sala; Pachi conocía el camino. Cerca de la cocina, la peste se intensificaba. Junto al refrigerador había una pila de bolsas de desperdicios, casi tan alta como el aparato. La puerta que daba al patio estaba entreabierta; las moscas se colaban dentro, atraídas por el aroma a basura.

Alcanzó las escaleras y trepó los peldaños con prisa. No podía quitarse la sensación de que debía voltear hacia el sofá para comprobar que estuviera vacío, que el padre de Vinicio no lo miraba, recostado contra el respaldo, con su habitual expresión ceñuda. Giró la cabeza; no había nadie. «Los fantasmas no existen», se reprendió, avergonzado. Llegó al primer nivel con el corazón retumbándole en las sienes. La primera puerta, la del baño, estaba cerrada, pero no la segunda, la de la habitación de Susana, la madre de Vinicio. Echó un vistazo al pasar: solo alcanzó a ver una espalda desnuda, salpicada de lunares.

Un crujido detrás de él le hizo volverse. Vinicio, ojeroso y barbudo, los cabellos erizados como paja, lo miraba desde el umbral de la habitación. Iba descalzo, en calzoncillos holgados y camiseta sucia y se tapaba la boca con un dedo, pidiendo silencio.

—Dime, por Dios santo, que tienes lana para una caguama —susurró Pachi, al entrar a la alcoba.

Vinicio entornó los ojos y señaló la credencia junto a la cama revuelta: una botella de litro de cerveza, llena a tres cuartos, sudaba frío sobre la superficie de madera.

3

—Tengo sed —gimió la chica.

Zahir abrió los ojos. Se había quedado dormido, a pesar de las palpitaciones y del calor. La luz del día se colaba por el boquete que daba al patio y caía directamente sobre sus pies.

—Por favor... —decía la chica.

Zahir la miró: seguía echada sobre la colchoneta.

—Tacho —llamó Zahir, con labios entumidos.

Intentó levantarse del suelo pero una de sus piernas estaba dormida; era carne muerta del tobillo a la nalga, completamente insensible. Apenas pudo estirarla. La sangre reanudó su recorrido, reticente; el doloroso hormigueo terminó por despertarlo.

—Tacho —volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

La boca le sabía a ceniza.

Una sombra apareció en el boquete: la silueta de Tacho.

—Tengo sed... —decía la chica.

Había logrado sentarse en el colchón. Con los ojos cerrados, intentaba peinarse los cabellos; pasaba sus dedos por las mechas castañas y las juntaba sobre su coronilla. Su nuca era frágil al punto de resultar infantil. El pájaro negro tatuado sobre su omóplato —un cuervo, adivinó Zahir— contrastaba en la piel lechosa. Seguía desnuda y no parecía importarle: hacía demasiado calor en aquel cuarto.

—Se está despertando.

Tacho soltó una risita. Su rostro no era visible a contraluz, pero sí el reloj entre sus manos. Lo giraba lentamente entre sus dedos, como si admirara su brillo bajo el día.

—Tacho, la morra...

—¿Dónde están todos? —dijo ella.

Su voz era pastosa. Arrastraba las sílabas. Sus ojos estaban abiertos pero no parecía ver nada, quizás por eso extendía las manos en la penumbra.

Tacho sacó la franela roja que siempre llevaba colgando del bolsillo. La usó para frotar la carátula y la correa del reloj dorado. El reloj de Zahir.

—¡No se vayan!

Nubes de polvo invadieron el aire mientras la chica aporreaba el colchón con sus puñitos. Motas ingravidas, pelusas vibrantes como organismos vivos,

atravesaron el cuadro de luz y se acercaron flotando hasta el rincón donde Zahir reposaba. El chico trató de contener el aliento para no respirar las motas pero sus silbantes bronquios no pudieron soportar el esfuerzo. Había pasado la noche entera fumando y ahora sentía punzadas frías en los costados; el suelo a su alrededor estaba sembrado de colillas. Jaló aire con dificultad. Pensó que debería salir un rato, salir de aquel cuarto, al patio o incluso a la calle, pero la pierna le dolía. Pensó también en quitarse la playera sudada y usarla como abanico, pero no quería que Tacho ni la chica vieran su torso desnudo, sus pechos de gordo, su tripa surcada de estrías.

La chica se acercó a la orilla del colchón. Intentaba incorporarse pero sus brazos no soportaron el peso. Después de varios intentos, se quedó echada y comenzó a gemir contra el tejido inmundo.

—Tacho...

—Chist —bufó aquel.

—La morra...

La angustia oprimía el pecho de Zahir. Tenía que salir de ahí. Pero no podía irse sin el reloj.

—Tacho...

No sabía cómo pedírselo. Ni siquiera recordaba a qué hora se lo había entregado.

Tacho envolvió el reloj con su trapo y lo guardó en su bolsillo. Caminó hasta la colchoneta. Observó a la chica un momento y chasqueó la lengua.

—No le pasa nada.

Se inclinó para sujetarla de los cabellos y alzarle la cara.

—¿Ves? Está cotorreando...

La chica bufó; Zahir no supo si de dolor o de risa. Se colgó de la bragueta de Tacho; intentaba deshacérsela pero sus manos eran demasiado torpes. Fue Tacho quien desabotonó sus pantalones y los dejó caer hasta los tobillos.

El reloj estaba ahí, pensó Zahir, en el bolsillo izquierdo. Y también la navaja: la cruel 005 que había hecho a Tacho legendario. Si tan solo se le ocurriera quitarse los pantalones, Zahir podría escabullirse hasta ellos y hacerse con su reloj y, por supuesto, con la navaja. Sin esta no tendría ninguna oportunidad de vencerlo.

La chica ya no bufaba. Resoplaba frente a la entrepierna de Tacho.

—Putra madre —maldecía aquel, agitando las caderas.

Zahir escondió el rostro entre las manos. Se frotó el cráneo pelado casi al rape, untoso de sudor añejo. Hubiera deseado enterrar los dedos en el tejido del cerebro, masajearlo para aliviar la quemazón.

Permaneció así mucho tiempo.

—Gordo, ven —escuchó que decía Tacho.

Zahir no quería levantarse. Le dolían los huesos.

—Ven acá, pinche marrano.

Hizo un gran esfuerzo para alzar su cuerpo del suelo y acercarse a la colchoneta. Tacho se subía los pantalones.

—Te toca —dijo.

Caminó hacia la penumbra y encendió un cigarrillo.

—Tacho... —comenzó Zahir, con angustia.

Las manos de la chica cayeron sobre su cinto. Buscaban un zíper inexistente: Zahir llevaba puestas un par de holgadas bermudas, sin bragueta. Dio un paso atrás. La chica no soltaba la tela.

—Órale, pinche puto —dijo Tacho.

—No quiero...

—No muerde, te lo juro.

La chica tiró hacia abajo del resorte de las bermudas. Zahir no tuvo coraje para apartarla.

Aquel había sido un día infernalmente largo. El único momento de reposo lo tuvo cuando se metió al cine Lux. Había escapado de la casa de la tía Idalia, llevaba el reloj robado en el bolsillo y no se le ocurrió algo mejor que encerrarse en la oscuridad del viejo teatro de barrio, apestoso a margarina rancia. Le gustaba aquel lugar: cada vez que podía pagárselo entraba y se refugiaba del sol, de los problemas. No le importaba qué películas proyectaran, no le importaban las imágenes: fijaba sus ojos en la pantalla pero nunca podía recordar de qué trataban las películas porque lo que le gustaba hacer era sentarse ahí, en la oscuridad, en la frescura del aire acondicionado, a pensar.

Esa tarde, la tarde que huyó, pasaron un maratón de películas de Bruce Lee; no había nadie en la sala más que él y un viejo de tos virulenta. Zahir se pasó la tarde entera ahí sentado, abrazando la mochila en donde llevaba sus pocas pertenencias, mientras maquinaba un plan. Debía vender el reloj para obtener dinero, pero no podía ir con los agiotistas del mercado porque reconocerían la prenda de la tía: la maldita anciana había empeñado el reloj en todos lados. O quizás notarían que Zahir no era más que un ladrón y tratarían de estafarlo. Así pasaron *Karate a muerte en Bangkok* y *Furia oriental*. Para cuando iniciaba *Operación Dragón*, Zahir lo tenía todo resuelto: lo más seguro era ir al parque y pedirle consejo a los chicos que asaltaban: seguramente ellos sabrían de algún sitio en donde no pedían documentos.

Salió del cine decidido. Se enfiló hacia el parque. El atardecer estaba cerca y los zanates llenaban el aire con su apremiante algazara. Los autos atrapados en el tráfico llevaban ya las luces encendidas; todos parecían tener prisa de llegar a algún lado.

En el parque buscó las siluetas de los chicos mayores pero solo halló a dos mendigos: Pelón y Bombas, sentados sobre una banca. Los restos de su cena —envolturas de fritura manchadas de salsa— yacían a sus pies junto a un pequeño mestizo de pelaje gris, enroscado como felino.

Zahir se sentó junto a ellos; esperaba a que llegaran los asaltantes. Apretó la mochila entre sus brazos, para poder palpar, por encima de la lona, el bulto de ropa en el que había envuelto el reloj. Bombas le ofreció una ánfora de alcohol de caña; Zahir le dio unos tragos. Pelón sacó su bolsa con pegamento amarillo. La masajeó primero con dedos sucios, luego enterró la cara en la abertura; la bolsa de plástico se hinchó y distendió durante algunos minutos. Cuando terminó, extendió la mano hacia Zahir, para que este le compartiera de su cigarrillo. Ofreció su bolsa a cambio; Zahir no quiso. Le dio el cigarrillo de todos modos.

—Vimos a tu hermano —dijo Pelón de pronto.

Zahir no podía creerlo. Debía ser una alucinación de aquel enano.

Pelón dio una larga calada al cigarrillo de Zahir, con los ojos puestos en el perro a sus pies, y luego soltó una risita.

—Verga, Pelón, ¿hablaste con él? ¿Qué te dijo?

Impaciente, sujetó a Pelón del brazo y lo sacudió. El perro a sus pies se alzó de un brinco y miró a Zahir con un único ojo fiero —el otro era una cosa muerta espolvoreada de tierra— mientras le mostraba los dientes.

«Le arrancaré la cabeza de una patada», pensó Zahir, «si se me acerca».

—Ey, *Amigo*, calma —murmuró Bombas.

El pobre apenas podía alzar la cabeza.

Pelón rio dentro de la bolsa.

—Pelón...

—¿Eh?

—Viste al Andrik...

—Bien acá, pura ropa nueva.

—¿Qué te dijo?

Pelón alzó la mano, como pidiendo un minuto. Inhaló varias veces con la vista fija en el suelo.

Zahir le arrancó la bolsa.

—¿Dónde está? ¿Te dijo dónde está?

—¡Dámela! —lloriqueó Pelón.

—Dime, pinche bestia, o la aviento a la chingada...

—Dijo... Está con el del coche amarillo, eso fue lo que nos dijo.

«Está puteando», pensó Zahir, con angustia.

—Tengo que encontrarlo, Pelón.

—Ese vato está loco. Pinche puto. Al Bembas le puso una madrida...

Bembas gruñó a medias, dormido.

Zahir sintió algo en la pantorrilla. *Amigo* estaba junto a él y frotaba, como un gato, su ojo muerto contra su pierna. Lo ahuyentó de un pisotón.

—No te pases de verga con el *Amigo* —masculló Bembas.

Zahir se dirigió a él. Por los párpados entreabiertos podía ver sus ojos al rojo vivo.

—Ese vato, el del carro amarillo, ¿dónde vive?

Bembas sonrió. Zahir pensó en golpearlo.

—Atrás de la Suriana, todavía me acuerdo...

—Atrás de la Suriana, carro amarillo —repitió Zahir, en voz alta.

Los dedos de Pelón estaban sobre los suyos; intentaban recuperar la bolsa. Zahir le hizo un nudo y la arrojó hacia un arriate. Se marchó sin despedirse.

El reloj ya no importaba. Su hermano estaba en la ciudad: tenía que encontrarlo.

La chica no pesaba ni cuarenta kilos; Zahir tenía miedo de aplastarla pero ella insistía en tirar de él, con sus talones clavados en los ijares del chico.

—Ven —suplicaba, la cara atravesada por cabellos mojados—. Métemela.

Zahir le puso una mano en el sexo. El bosque de pelos recortados estaba húmedo; la hendidura inflamada y en exceso caliente; quizás la chica estaba enferma. Gritaba y se retorció alrededor de sus dedos. Había algo viscoso ahí adentro: la semilla de Tacho, pensó Zahir, con repulsión. Bajó la vista y vio que en el colchón, bajo el trasero de la chica, había una mancha oscura de humedad que apestaba a amoníaco.

Sacó los dedos de ella; intentó apartarse pero la chica, con una fuerza desproporcionada, tiró de él, abrazada contra su cadera. Gemía de frustración.

—¿No puedes, marrano? —gritó Tacho.

—¿Qué le diste? —dijo Zahir, tratando de subirse la bermuda.

Tacho rio.

La chica tiró de sus manos para descubrirlo, acercó su cabeza a la ingle del chico y lamió su sexo arrugado. Zahir siseó, de miedo, de sorpresa. La lengua de la chica lo envolvió entero: era áspera por arriba y blanda por debajo, y se movía en círculos en torno a su glande. Su miembro comenzó a

inflamarse y sus manos se relajaron: ya no intentaban apartar a la chica sino que tiraban de su cabeza para guiar el movimiento, para hacerlo más profundo. Le alzó las greñas para verle mejor el rostro. Era linda; dolorosamente flaca pero linda; se le notaba en la nariz, en el arco de las cejas. No recordaba su nombre y no estaba seguro de que Tacho lo supiera tampoco; la sacaron de un antro desnudista después de que ella afirmara conocer un lugar donde podrían comprar la piedra mejor cocinada del puerto, y los siguió hasta la casa abandonada cuando comenzó a llover y ya no pudieron fumar en la calle.

Hubiera podido contarle los huesos de la espina, así de delgada era. El tatuaje de un cuervo erizado le cubría el omóplato izquierdo. La piel de su espalda estaba cubierta de rasguños y pequeñas cicatrices de un rosa encendido. Pasó el pulgar por encima de una. Eran redondas, cubiertas de un tejido delgado pero rugoso.

Son quemaduras de cigarrillo, pensó Zahir.

La boca de la chica lo rechazaba. Quería darse la vuelta para ofrecerle un trasero menudo. Parece el de un chico, pensó Zahir, cuando lo tuvo enfrente. Se inclinó para verlo de cerca: era compacto y duro. Pasó un dedo por la abertura arrugada; parecía que Tacho no la había usado. Apenas había de dónde sujetarla; sus caderas casi no tenían carne. Por un momento pensó que no lo lograría, que no podría penetrarla: ella insistía en volver la cabeza y mirarlo, en sonreír con esa repugnante mueca, a medias burlona, a medias ausente. Dejó caer todo su peso contra las caderas de la chica hasta aplastarla contra el colchón: no quería verla, no quería escucharla; le tapó la boca con una de sus manos cuando al fin logró hundirse en ella, para que no jadeara. La sentía temblar bajo su cuerpo, ahogarse, estrecharse; arqueaba la espalda para quitárselo de encima y Zahir aprovechaba para introducirse más en ella y humedecerla con sus jugos. La chica pareció darse cuenta y dejó de resistirse: abrió sus piernas para apurarlo. Segundos después, tras un gemido apagado, Zahir logró venirse.

Se puso en pie tan pronto el corazón dejó de latirle en los oídos. Veía manchas rojas que se desenroscaban en el aire como flores vivas. Las piernas le temblaron cuando se inclinó para vestirse. Su sexo estaba cubierto de algo oscuro; quiso pensar que era sangre.

Tacho no estaba en el cuarto.

—Hijo de puta —murmuró.

Se había marchado con el reloj.

—¡Tacho! —gritó, desesperado.

—¡Tacho! —Arremedó la chica desde la colchoneta.

Se había dado la vuelta. Con las piernas abiertas, boca arriba, se frotaba el sexo chasqueante.

Zahir la maldijo. Corrió hacia el boquete en la pared y salió al patio. Entre las matas de mala yerba alcanzó a distinguir la espalda de Tacho. Orinaba contra la pared, con la frente recargada contra el ladrillo.

—¡Tacho!

La cabeza de pelos crespos se estremeció.

«Se quedó dormido», pensó Zahir.

—¿Ya no eres puto, marrano? —preguntó Tacho mientras cerraba su bragueta.

—Tacho, ya vámonos...

Tacho se volvió. Zahir avanzó hacia él. Las yerbas crujieron.

—Tacho, dijiste que me harías el paro con lo del reloj. Para venderlo.

—Pendejo, el reloj es mío. Me lo vendiste ayer por quinientos varos.

—No es cierto, Tacho...

La voz se le quebró.

Tacho ya no sonreía.

—Entonces devuélveme el dinero —dijo.

Pero Zahir no podía. Se los había fumado; los tres se los habían fumado. Tacho fue el que invitó la primera piedra, en el parque. Solo quedaban ellos dos solos en la banca. Cuando la sacó del envoltorio de papel aluminio, Zahir creyó que era un trozo de jabón viejo. El humo que despedía, al quemarse sobre los agujeros de la lata, era dulzón y seguramente muy picante, a juzgar por los gestos que Tacho hacía mientras lo inhalaba: tronaba los dedos, con los ojos en blanco y rechinaba los dientes. Cuando le tocó su turno, Zahir mantuvo los ojos abiertos, fijos en la brasa. El vapor llenó sus pulmones; era espeso, muy caliente; tuvo que contener las ganas de toserlo.

—¿A poco no está mejor que la mota?

La voz de Tacho se doblaba, se retorció como un trozo de celofán. Su rostro se alargaba, se convertía en el de un demonio; sus pelos alzados parecían cuernos. Los árboles detrás de él adquirieron un fulgor escarlata.

—¿A poco no está mejor que la mota?

Zahir quiso asentir pero no se atrevió a mover la cabeza: la sentía inmensa, llena de sangre vaporizada, a punto de desprenderse de su cuello. Las sombras de la casa abandonada se descolgaban de los rincones y lo rodeaban danzando. Lo tocaban con dedos fantasmales, eléctricos. Zahir cerró los ojos para no verlas. En cualquier momento, pensaba, sus pies se

despegarían del suelo y ascendería, como un globo lleno de helio, hacia la noche.

Cuando abrió los ojos de nuevo, después de aquel primer golpe, halló el cuarto sumido en la penumbra. Trastabilló; aún contenía la respiración. Jaló aire con ansia: le supo insípido, falto de vida.

—¿A poco no está mejor que la mota?

—Quiero más —dijo Zahir.

Escupió las palabras. Sentía que la lengua se le caería si hablaba demasiado.

—¿Tienes dinero?

—Tengo esto...

Sacó el reloj de la mochila.

Terminaron en la casa abandonada, en algún momento de la noche. La lluvia entonces era tan intensa que les resultó imposible permanecer en la calle, ni siquiera bajo los toldos de los comercios. La chica se les había pegado después de una visita a un antro desnudista en donde Tacho conocía a un traficante. Se fumaron los quinientos pesos que le compraron, lo recordaba perfectamente, pero Tacho mentía: el dinero fue un préstamo; Zahir jamás le había vendido el reloj. Irían a venderlo, por la mañana, fue lo que Tacho dijo. Le sacarían como dos mil pesos, como mínimo: Zahir le devolvería su dinero y se quedaría con el resto. Eso es lo que Tacho había prometido.

—Tacho, tú dijiste...

Tacho se subió la bragueta. De un navajazo, quebró las matas secas que se interponían entre ellos.

«¿Por qué confié en él?», se preguntó Zahir. Todo aquel dinero hecho humo, y ni siquiera recordaba bien a qué sabía la piedra, solo el ansia que provocaba. Todo aquel dinero quemado y su hermano seguía en las garras de aquel maldito del auto amarillo, aquel hipócrita, pervertido...

—¿La estás haciendo de pedo, pendejo?

Tacho estaba tan cerca de él que podía oler su aliento: hígado podrido.

El reloj fue un regalo de uno de los maridos de la tía, un político al que ella llamaba «el cabrón ese». Zahir jamás lo había tocado; la tía no le permitía más que verlo, y eso solamente en las ocasiones en que lo sacaba de su caja para limpiarlo, antes de llevarlo a empeñar.

Era de oro, oro macizo (o eso le parecía a Zahir) incluso la correa. La carátula era de madreperla, salpicada de gemas que formaban delicadas florecillas en torno a los números arábigos. La tía lo limpiaba con un paño untado en una sustancia parecida al excremento de pájaro, le daba cuerda y lo

llevaba al Monte de Piedad. Cuando lograba recuperarlo, después de meses de zozobra, lo metía en la caja y guardaba esta bajo llave dentro del primer cajón de su cómoda.

La tía nunca se separaba de sus llaves. Las llevaba en el bolsillo del vestido durante el día y las escondía bajo su almohada a la hora de dormir. Armaba un alboroto cuando las perdía: llamaba a Zahir a gritos para que las encontrara y lo acusaba de ladrón y de maleante. El chico las hallaba pegadas a la cerradura, o debajo de la silla en donde la tía había estado sentada, pero la anciana jamás se disculpaba: lo miraba con suspicacia cuando el chico se las devolvía y se metía al cuarto a comprobar que no le faltara nada. Zahir la odiaba un poco más cada vez que hacía eso. Llegó incluso a prometer que algún día robaría las llaves y el maldito reloj, solo para hacer sufrir a la vieja.

La oportunidad llegó cuando la tía Idalia ya no pudo moverse de la cama. Aquello ocurrió después de la fuga de Andrik, después de la terrible pelea que ella y Zahir sostuvieron por culpa del muchacho. La vieja terminó en la cama, de la que ya no quiso pararse; Zahir, lacerado por la culpa, dejó de trabajar para atenderla. Pasaron los días y su cuerpo, de por sí reseco y arrugado, se fue encogiendo y tornando cada vez más escaso, como si debajo del camisón y las mantas —con las que se empeñaba en cubrirse, a pesar del agobiante calor— no hubiera carne ya sino borra, retazos de trapo como los que usaba para rellenar las muñecas que ahora yacían, sin terminar, junto a su almohada. Se pasaba el día entero quejándose de dolores insoportables mientras que las noches se le iban en lastimosos gimoteos dirigidos a la imagen del Cristo iluminada por veladoras.

Después de diez días de lo mismo, Zahir estaba harto de ella, enfermo de sus alaridos demandantes, de aquellas manos que ni la enfermedad volvían dóciles, que lo pinchaban y golpeaban cuando el chico se inclinaba sobre ella para ponerle el orinal y limpiarla. Estaba harto del olor a mierda, de los lloriqueos hipócritas que pedían por la condena de Andrik. Ella era la única culpable de que su hermano estuviera en la calle, perdido en aquella ciudad que apenas conocía, herido o quizás hasta muerto. Ella había tenido la culpa, ella lo había atacado sin permitirle explicar nada. Lo había obligado, machete en mano, a saltar la barda del patio y escapar por la azotea, a medias vestido. No era de extrañar que Andrik no hubiera vuelto en todo aquel tiempo: lo único que dejó atrás fueron tres goterones de sangre que la lluvia se encargó de borrar del pavimento.

Por eso había robado el reloj, por eso había decidido huir: tenía miedo de sí mismo. Cada vez que tocaba a la tía Idalia sentía el impulso de hierirla, de

hacerle daño. No *podía* salir a los cruceros por atenderla, y ya no quedaba comida en la casa, mucho menos dinero. La cuenta de la luz eléctrica había vencido y en cualquier momento se aparecerían los empleados de la compañía a cortarla. Zahir pasó noches sin pegar el ojo, pensando qué hacer, cómo huir, a dónde. No sabía hacer nada más que lavar parabrisas pero estaba seguro de que encontraría algún trabajo: era fuerte, grande y pasaba por adulto. Podría buscar a su hermano y hacerse cargo de él, aunque tuvieran que irse lejos, no importaba. Pero necesitaba dinero, y lo único valioso en aquella casa era el reloj dorado. No tenía otra salida más que robarlo.

Todo habría resultado más fácil de no ser por las vecinas: esas urracas que se turnaban para acompañar a la anciana durante el día y reprender a Zahir ahora que la tía ya ni hablaba: lo acusaban de comer demasiado, de estar gordo, de ser un vago, una carga para la pobre Idalia que había dedicado su vejez a cuidarlo, a pesar de que Zahir «ni siquiera es nada suyo», recalcaban con crueldad. Zahir y ese otro muchachito debían estar agradecidos eternamente por lo que la tía Idalia había hecho por ellos, por haberlos recogido y criado como propios. Era una santa, decían, y la tía, desde el apestoso lecho, miraba a su alrededor con los ojos temblorosos de un corderillo.

Zahir hubiera querido matarlas, estrangularlas, quebrar con sus manos esos cuellos que parecían puro pellejo, aplastar sus rostros a patadas hasta que no les quedase entero ni uno solo de sus despreciables huesos, para silenciarlas y cerrar esos malditos ojillos negros que lo miraban siempre de arriba abajo, buscando manchas, pecados. Había veces en que literalmente salía corriendo de la vecindad por miedo a no poder controlarse y debía permanecer horas fuera, sentado en la acera, sudando entre jadeos. La furia le acometía en bascas que lo doblaban dolorosamente mientras él pensaba, para tranquilizarse, que uno de esos días robaría el reloj y huiría.

Y la oportunidad llegó pronto, propiciada por las urracas malditas. Era jueves y Zahir trataba, como todas las mañanas, de levantar a la tía para que estirara las piernas enclenques y él pudiera limpiar su hedionda cama. La tía, como era habitual, se había negado a moverse. Con fuerza inusitada golpeó al chico en el rostro cuando este se inclinó sobre ella para levantarla. Furioso, Zahir soltó a la vieja y la dejó resbalar hasta el suelo, desde donde comenzó a pegar de alaridos. Las vecinas acudieron en tropel y se unieron a los gritos de la tía. Acometieron contra Zahir con lenguas y uñas afiladas y lo obligaron a replegarse hacia un rincón mientras ellas levantaban a la tía y la desnudaban para llevarla al baño pues con el susto del golpe se había ensuciado.

Zahir no lo pensó dos veces: metió la mano bajo la almohada de la cama y tomó las llaves de la tía. Abrió la gaveta de la cómoda y hurgó en ella sin molestarse en disimular el ruido. Ahí estaba el alhajero, el reloj de oro, en sus manos por primera vez. Se lo metió al bolsillo, junto al único billete que encontró dentro del monedero de la tía; aquel dinero no era suficiente ni para pagarse una hora de sueño en la peor pensión de marineros, mucho menos para comprar un boleto de autobús que lo alejara del puerto, pero se lo llevó de todas maneras. Le pareció correcto dejar a la vieja sin un solo centavo.

—¡Ladrón! —gritó una de las urracas que volvía al cuarto—. ¡Eres un ratero, un degenerado...!

La vieja extendió las manos para atacarlo pero Zahir la sentó de una patada en el vientre. Empujó a otras dos que estorbaban en el pasillo y se dirigió al cuarto que, hasta hacía un año, compartía con Andrik. A puro tirón rompió la bisagra que cerraba la puerta con candado. Las viejas chillaron al escuchar el tronido de la madera, se habían escondido con la tía dentro del baño.

La habitación apestaba a humedad. Fuera de eso permanecía idéntica a como los chicos la dejaron, meses atrás: los muros verdes cubiertos de dibujos y calcomanías, el colchón desnudo sobre el suelo, la ventana clausurada con maderos.

Caminó hasta el armario. El piso estaba sucio, cubierto por una especie de pelusa grisácea que se le pegaba a las suelas. En el primer cajón no había nada más que envolturas de caramelos y huevecillos de cucaracha. En el segundo estaba la ropa de su hermano: sus trusas, sus calcetines, sus playeras. Tomó una prenda y se la llevó a la nariz e imaginó el perfume acre de las axilas de su hermano.

En el tercer cajón halló el tesoro de Andrik, la caja de zapatos en donde el chico guardaba sus fotografías. Tomó una pila de ellas: su hermano le sonreía desde el papel, arrugando la naricilla de bola entornando los ojos de felino perezoso. En la siguiente, montaba un triciclo al pie de una carretera desolada y no debía de tener más de cuatro años. En otra, aún más antigua, aparecía vestido con un ropón de rorro, mirando ceñudo a la cámara, los pelos pegados contra la frente a causa del calor en la iglesia.

Fue pasándolas con rapidez. ¿Cuántas fotos le había tomado su madre? Andrik jugando un charco; Andrik en los brazos de un hombre enorme con aires de camionero; Andrik de uniforme blanco; Andrik con la boca pintada de jarabe de frambuesa. Andrik de camisa a cuadros y el pelo levantado en picos: así lo había conocido, así había llegado a la casa, de la mano de su

madre, aquella mujercita regordeta que no hablaba más que en susurros y que permaneció en el departamento apenas el tiempo suficiente para darle la bendición a su hijo, todo ojos de espanto al verse entre extraños. La tía Idalia los presentó como hermanos y los dos se miraron con desconfianza. La misma cara, los mismos ojos. El diente aquel ya le había crecido, igual que el pelo, que debía llegarle a la línea de la mandíbula, calculaba Zahir.

Metió esa última foto en su mochila y rompió en pedazos pequeños el resto. No debía quedar huella de su hermano en aquella casa; quizás podían usarlas para buscarlos. Rescató la poca ropa que aún le venía: había engordado mucho aquel año, lo que era extraño pues apenas probaba alimento. Hubiera querido cegar las paredes, cubrirlas de pintura negra, quemar aquel colchón en donde habían dormido juntos.

Recordó las primeras noches de Andrik en la casa, en enero; noches de viento. Andrik era presa de las pesadillas y lloraba en sueños. Zahir lo sacudía hasta despertarlo.

—¿Quién grita? —susurraba, cubierto de sudor frío.

Era solo el viento del norte, pero Zahir decía:

—Es la bruja. Nos está buscando.

Porque entonces Andrik se apretaba contra él y le pedía que lo envolviera entre sus brazos, que lo cubriera como si fuera una manta. Y Zahir, también temblando, borracho en el aroma de su hermano, obedecía.

—¿La estás haciendo de pedo, pendejo?

La navaja sonreía, presta en la mano de Tacho.

—Es mío —dijo Zahir.

Tacho se arrojó contra él. Zahir reculó. Su pie se atoró entre los yerbajos y se fue de lado; su torpeza lo arrastró hasta el suelo. Trató de ponerse de pie antes de que Tacho lo alcanzara pero sus manos resbalaban en el moho de la pared. Trocitos de ladrillo cayeron sobre su rostro.

Tacho lo miró con sorna.

—Marrano puto, para eso me gustabas...

Se guardó la navaja y entró al cuarto.

Zahir se removió entre la basura. Lloraba sin darse cuenta. Los mocos le escurrían por la barbilla. Rodó sobre la tierra mojada hasta que logró ponerse en pie y atravesó, las ropas manchadas de lodo, el umbral para embestir la espalda de Tacho con su frente. Cayeron al suelo. El polvo los cegaba. Tacho, ágil como un gato, intentó escurrirse debajo del peso de Zahir, pero este hundió sus manos en sus pelos. La mano de Tacho buscó la navaja pero Zahir la aplastó con su rodilla. Azotó la cabeza de Tacho contra el cemento;

después de un rato este dejó de arañarle el cuello y sus manos resbalaron flácidas hasta sus costados. Zahir no dejó de sorrajar el cráneo de Tacho contra el suelo sino hasta que el dolor en los hombros le adormeció las manos.

Zahir tardó algún tiempo en recobrar la visión; lo veía todo como a través de una densa neblina. La chica no se había movido de la colchoneta: intuía la palidez de su cuerpo contra el jergón inmundo. Gritaba con la boca muy abierta pero Zahir no podía escucharla, no podía escuchar nada más que su corazón enloquecido. Deambuló por el cuarto sin saber qué hacer: ¿debía matar a la chica también? ¿Debía huir por el hueco en la pared o por las azoteas? Tropezó con su mochila y recordó su existencia; se inclinó para recogerla pero sus dedos no lograban asir la correa y se le escapó dos veces de las manos. Dos de las uñas de su mano estaban rotas, apenas sangraban. Sintió la urgencia de enjuagárselas. Pasó la lengua por sus dientes; los notó sucios, cubiertos de un sabor metálico. Seguramente se había mordido a sí mismo durante el combate.

Se acercó a Tacho. Yacía inmóvil en el suelo. Le faltaba un zapato. Las costuras de sus pantalones estaban desagarradas a la altura de la entrepierna. Su cabeza reposaba en un ángulo extraño; casi no había sangre en torno a ella. Aún respiraba: un silbido inflaba su pecho y un gorgoteo lo vaciaba. Al acercarse vio que aún tenía los ojos abiertos. Registró sus bolsillos: ahí estaba el reloj, envuelto en el trapo. Lo desató con dificultad: la carátula de vidrio estaba rota y las manecillas habían dejado de moverse. Se mordió los labios para contener un sollozo. Se dijo que aún podía venderlo como oro y se lo metió en el bolsillo, junto con los cigarros y la 005.

Lo último que hizo, antes de huir de aquella casa abandonada, fue tomar las ropas de la chica y limpiarse en ellas la sangre de las manos, de la cara. Después corrió hacia el patio y las arrojó del otro lado del muro.

Se arrastró por el hueco y salió a la calle. No esperaba que la luz fuera tan intensa, que los rayos del sol —flamígeros a las dos de la tarde— exhibieran las manchas de lodo y sangre sobre su ropa, ni que el estruendo que salía de las bocinas de los puestos fuera capaz de taladrarle las sienes de aquel modo. Se echó la mochila al hombro y se internó en el laberinto de puestos. No sabía dónde estaba la salida; no podía verla entre tanta gente a su alrededor, entre tanta carne que se presionaba contra él y le respiraba encima. Los ojos de cientos de personas lo rodeaban; tenía la impresión de que todos lo miraban con el ceño fruncido. Presa del pánico y el ahogo, Zahir comenzó a repartir codazos, empujones, para abrirse paso. Una mujer gritó a su lado, indignada. Alguien trataba de sujetarlo de la playera. Zahir, desquiciado, arrojó su peso

contra la multitud hasta formar un vacío, una especie de pasillo a través del cual huyó como liebre perseguida por perros. La gente seguía su carrera con la mirada, algunos lo señalaban. Sentía punzadas en el pecho, pequeñas lanzas que perforaban sus costados, pero no se detuvo hasta que estuvo muchas cuadras lejos del mercado, cuando las arcadas fueron tan intensas que tuvo que detenerse a vomitar en la cuneta.

Supo que no podría correr más, así que se puso a andar, con el aliento cortado y la bilis quemándole la garganta. Pensaba en Andrik para darse fuerzas, reduciendo los recuerdos a fotografías mentales apenas iluminadas: Andrik y su cabeza desmelenada asomando por entre los barrotes de la reja, cuando Zahir llegaba a casa. Andrik acostado en suelo, son riéndole con sus ojos amarillos, a veces verdes; ojos de gato, claros y límpidos, chisporroteantes. Andrik y su torso desnudo, su ombligo salido, sus pies siempre fríos, juguetones, buscando a Zahir a escondidas. Andrik y su risa descarada, ese gorjeo que Zahir debía sofocar, con las manos sobre la boca del chico, para no despertar a la tía Idalia.

Pensaba en Andrik para seguir caminando. Contaba entre dientes para no desfallecer. La furia ayudaba: aquel hombre, el del auto amarillo, había mentido, ahora podía darse cuenta: había amenazado con hablarle a la policía pero ahora Zahir sabía que jamás se hubiera atrevido: con Andrik en su casa tenía demasiado que perder; se lo quitarían. Tocaba a Zahir rescatarlo. Andrik era suyo; qué importaba que ningún lazo de sangre los uniera, igual tenía la obligación de cuidarlo, de protegerlo, incluso de sí mismo.

No podía irse sin su hermano. No podía irse del puerto sin rescatarlo.

Se había enfrentado a Tacho y ganado; no era algo de lo que muchos pudieran envanecerse. El tipo del auto amarillo ya no le daba miedo. Llevaba la navaja en el bolsillo y, cada pocos pasos, rozaba con sus dedos el bulto que formaba contra su muslo para darse confianza.

4

—¿Pero qué quieres que te cuente? —rezongó Pachi.

Fumaba sobre la cama, con la cabeza apoyada en la pared y el cenicero sobre el pecho desnudo.

Vinicio fingía no mirarlo.

—Lo que tú quieras.

Sobre el escritorio, la cartulina blanca resplandecía. De un soplo, para no manchar el papel, apartó una escama de ceniza que descansaba en el centro del cuaderno. Eligió el lápiz azul, el más duro que poseía, y se puso a trazar rayas en el borde de la hoja, cubos translúcidos, espirales, círculos, hasta que los tendones de su mano y la punta del grafito se suavizaron.

Quería dibujar a Pachi pero necesitaba distraerlo. Y la mejor forma de hacerlo era ponerlo a contar algo, arrastrarlo al relato de alguna aventura. Entonces Pachi, cosa rara, se perdía en sus historias y daba igual que uno lo dibujara, lo fotografiara o se riera de él haciendo muecas porque apenas se daba cuenta, perdido en sus propias mentiras (porque todo lo que contaba se lo sabía de oídas y no era raro que exagerara), y entonces Vinicio podía observarlo a sus anchas y luego traducir la forma de su cara y cuerpo al cuaderno, sin tener que soportar sus burlas o su retiro indignado del cuarto. Era en buena medida la misma técnica que usaba para retratar zanates: les dejaba una generosa ración de croquetas para perro sobre el piso del patio y esperaba sentado bajo la buganvilia a que los pajarracos descendieran, recelosos primero, pavoneándose muy cerca de los pies del chico una vez que agarraban confianza. Vinicio los miraba y trabajaba hasta que la mano se le agarrotaba. Le interesaba reproducir con el lápiz el reflejo del sol sobre las plumas azabache, la cualidad reptiliana de sus ojos amarillos, la solidez mate de los picos ávidos.

Vinicio sudaba. El aire tibio que el ventilador soplaba entre chirridos no llegaba hasta él; Pachi lo acaparaba todo frente a la cama. El brazo se le pegaba a la hoja y al escritorio y la espalda al respaldo de plástico de la silla. Soltó el lápiz para secarse las palmas en el algodón de sus calzoncillos. Sentía la boca tan seca que la saliva se le espesaba en grumos sobre la lengua, quería más cerveza pero Pachi ya bebía los últimos sorbos de la botella.

«Habrá que echar un volado para ver quién baja a la calle», pensó Vinicio.

Se asomó a la ventana. Pocas personas, todas con los cabellos rojizos bajo la resolana del verano, caminaban sin prisa del lado sombreado del parque. Las hojas más tiernas de los almendros refulgían como hechos de celofán y a lo lejos, más allá de las canchas y de la fuente, sobre el asfalto de la avenida se formaban espejismos ondulantes, semejantes a charcos de agua caldeada. Hasta las nubes, etéreas como retazos de tul mugrientos, flotaban inmóviles, como si el viento hubiera muerto, como si el mar hubiera cesado de moverse.

Cerró los ojos y acercó el rostro a la ventana. No sintió nada, ni la más leve carantoña de una brisa. Nada.

Se volvió un segundo hacia su amigo.

—Cuéntame algo...

—Cómo chingas.

—Y ya no fumes...

Ni siquiera el humo encerrado dentro del cuarto parecía tener intención de moverse. Volvió a la ventana. Allá en el cielo, la misma nube percutida flotaba en el exacto mismo sitio, justo por encima de los cables telefónicos. Dejó caer la cabeza sobre el brazo. Se dio cuenta de que le dolía, que algo parecido a un punzón frío le atravesaba una de las sienes. Se llevó los dedos al sitio. ¿Y si era la fiebre? Se enderezó en la silla y pasó el dorso de la mano por la cara, por el costado del cuello; la metió después por debajo de la playera y se palpó el abdomen. Su piel estaba húmeda pero fresca; ni seca ni ardiente. Extendió los brazos frente al escritorio, cuidando de no ensuciar el papel: los moretones del dengue desaparecían, un poco más cada día. No había nuevos piquetes.

Quizás el médico tenía razón: ya no estaba enfermo.

—Aunque yo que tú me hacía una limpia —había dicho, risueño, al concluir su visita, apenas la semana anterior—. Mira que enfermarte dos veces de dengue el mismo verano.

Vinicio no había reído; no lo habría hecho ni por cortesía. Y el doctor, quien seguramente no recordaba la reciente muerte del padre de Vinicio —no podía culpársele, había tantos muertos en el mundo, pensaba el chico; la tierra bajo sus pies estaba llena de ellos y juntos eran más numerosos que los perros enterrados— salió del cuarto después de darle un apretón de hombro condescendiente.

Volvió los ojos al dibujo. Tomó el lápiz y lo apoyó sobre el papel.

—Cuenta algo, coño —le dijo a Pachi.

—Neta que eres peor que mi vieja —gruñó aquel, con la voz constreñida por el esfuerzo de aguantar el humo dentro de los pulmones.

Vinicio lo miró de reojo: acostado sobre la cama, Pachi miraba el techo pintado de azul oscuro y salpicado de puntos fosforescentes que pretendían representar las estrellas. Aquel diseño lo había copiado Vinicio de una de las enciclopedias de su padre y fue todo un reto reproducir las constelaciones sobre el techo, sin que la pintura goteara. Justamente había sido Aurelia la que le hizo ver su ignorancia: había incluido en su obra constelaciones que jamás podrían ser vistas más que desde el hemisferio sur.

Se había sentido más fascinado por ella que avergonzado. Ahora cada vez que se acostaba para dormir veía aquellas estúpidas manchas fluorescentes que le recordaban a ella y se prometía a sí mismo comprar pintura para borrarlas.

—Son bonitas, artista, déjalas —le parecía oírla.

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartarla de su mente.

—Hace rato, te lo juro, había algo que tenía que contarte, pero ya no lo recuerdo... —decía Pachi.

—Cuéntame una historia, no chismes. No quiero chismes...

Pachi lo miró con insolencia.

Vinicio volvió a la libreta. Pasó la hoja para comenzar un nuevo dibujo, uno en el que Pachi figurara en su nueva posición: sentado, con la pantorrilla derecha, lampiña, apoyada contra la rodilla izquierda y la espalda ligeramente encorvada. Los brazos rollizos colgaban a los costados, el cigarrillo olvidado entre sus dedos.

Si me cuenta lo de Aurelia lo voy a correr, pensó Vinicio.

—Cuéntame lo del Capezzio. Cuéntame del desmadre del sábado —se apresuró a proponerle.

En el papel apareció la base de la cama, la silueta del cuerpo de su amigo; la cabeza, apenas insinuada, los cabellos rizados, el contorno de un vientre blando y el de un pecho lampiño, más infantil que femenino.

—Pfff. Eso ya te lo conté.

—¿Dónde estabas tú cuando mataron al vato?

—Loco... —La voz de Pachi se inflamó en seguida, como sucedía en las películas viejas con los carretes de acetato de celulosa a los que prendían fuego—. Yo estaba acá perneando con la Rosi en la pista cuando se soltó el desmadre: de repente toda la banda gritaba y empujaba y las viejas chillaban y yo dije «ya se están dando un tiro», y como fue: nada más veía cómo volaban los vasos y la gente nos apretaba contra el barandal. La gorda se puso histérica; yo no sé ni cómo le hice para treparla a donde están las mesas; todo el mundo se abalanzaba a la salida. Apagaron la música y nada más se oía la

gritadera de las viejas, de la banda, de los policías; quién sabe cómo llegaron tan rápido, para mí que era una redada que ya tenía planeada. Los que querían salir del Capezzio se topaban con los tiras afuera, así en plan antimotines, cabrón, con escudos y cascos y macanas, y así como iban saliendo, ¡pras!, los iban apañando. Adentro en seguida prendieron las luces y fue cuando pude ver al vato ahí en el suelo, en medio de la pista. Todavía estaba vivo, creo, aunque no se movía. Todo a su alrededor estaba batido en sangre, algunos hasta la pisaban y se resbalaban y dejaban un batidillo. Yo no podía ver quién era el caído. Pregunté si era alguien del parque pero nadie me sabía decir nada; ya luego Cadenas nos contó que fue un vatillo de la 21, y que el que se lo chingó fue Tacho. Pinche Tacho. Me acuerdo haberlo visto en la entrada pero ya después, cuando estalló la bronca, no lo veía por ningún lado. Al único que trabaron fue a Pesina; tú lo conoces, ese prieto malandro...

—Con brazos de chango... —dijo Vinicio.

—... Así como hechos para repartir vergazos, de manos mazacotudas. Se estaba dando un tiro con dos vatos al mismo tiempo. No mames, Vinicio, mis respetos para ese cabrón; se quitaba uno de este lado y se descontaba a otro con esas pinches manazas que tiene, y le metía un patín al que volvía y luego remataba de un codazo al otro. De huevos, Vinicio, de película; se estaba rifando el cabrón, pero luego entraron los granaderos y lo abarataron con las macanas, aunque su trabajo les costó...

Una sombra negra se asomó por la ventana. Los dos chicos respingaron. Un zanate macho —un ejemplar soberbio, pensó Vinicio, pasado el susto— se había posado sobre el alféizar y los escrutaba, con la cabeza vuelta de lado.

—Hijo de tu puta madre —gritó Pachi.

Hizo el ademán de levantarse de la cama. El pájaro voló en medio de un cascabeleo de plumas.

Vinicio se asomó: el zanate, posado ahora sobre el tendido eléctrico de la otra acera, los miraba con encono.

—¡Lárgate! —aulló Pachi a su lado, en la ventana.

Dio un par de palmadas enérgicas, pero el pájaro lo ignoró. Vinicio enterró el codo en el pecho de su amigo.

—Cállate —lo reprendió—. Vas a despertarla...

—Puto picho...

—Que te calles, cabrón.

Pachi se arrojó sobre la cama, los labios apretados en un puchero: la misma cara que ponía cuando, de niño, intentaba acertarle a las aves del parque con su resortera. Él mismo las confeccionaba: escogía las ramas y las

raspaba con su navaja y luego ataba, con hilo blanco de cáñamo, tiras de cámara de bicicleta. Para fortuna de la vida silvestre del parque, Pachi era un tirador mediocre y las ardillas y los pájaros eran blancos demasiado difíciles, así que la había emprendido contra las cabezas y las espaldas de los críos que jugaban en los columpios. Fue divertido hasta que el padre de Vinicio bajó un día a ver qué hacían y les metió la cachetiza ejemplar cuando se dio cuenta de que abusaban de los más chicos.

—Me cagan esos pajarracos —decía Pachi.

—A papá también...

«¿Tienes mierda en la cabeza?», había gritado su padre, aquella vez, después de dejarle el rostro colorado a zapes.

Iba a decir «a papá también le cagan» pero el peso de su ausencia le hizo cerrar los labios. Pachi fue el primero en desviar la mirada. Se llevó el cigarro apagado a los labios y hurgó en sus bolsillos en busca del encendedor. Su rostro estaba rojo de vergüenza y Vinicio lo odió un poco por eso: prefería soportar la burla de su amigo que su lástima.

Terminaría de decirlo. Aceptarlo: su padre ya no existía.

—A mi papá también le cagaban.

Pachi apretó los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa. Vinicio tuvo ganas de levantarse y pegarle, pero se conformó con volverse hacia el cuaderno, arrancar la hoja sobre la que dibujaba y retorcerla en una pelota que terminó en el piso. Sobre la nueva página reanudó el dibujo de su amigo, con trazos bruscos, casi furiosos. Los ojos le escocían: un líquido más parecido al aceite caliente que al agua mojaba ya sus pestañas y amenazaba con gotear hasta el papel.

Pensaba a diario en su padre, en un intento por impedir que la casa se fuera vaciando de su presencia, sus ruidos y su orden. Aquella misma mañana —justo después de convencer a su madre de marcharse a la cama y de ayudarla a trepar las escaleras—, Vinicio salió al patio y pasó una hora mirando de cerca la buganvilia que crecía sobre la pared y el colchón de pétalos guinda bajo sus ramas. Pensó en todas las veces en que su padre lo había obligado a mutilar, a machetazos, las ramas de aquel arbusto tozudo hasta que no quedaba de él más que un tocón sobre el muro, un muñón seco del que seguían naciendo ramas verdes y hojas y flores color violeta a las que su padre llamaba, despectivamente, «basura».

Pachi lo miraba, aún con lástima, así que volvió al dibujo. Tamborileó sobre el papel mientras sus ojos evaluaban los trazos: le pareció que su dibujo

era una porquería, que el muchacho que en él aparecía no se asemejaba en nada a su amigo.

«Igual que tú y padre», pensó.

—¿Y quién es el güerito? —preguntaban las señoras del mercado, los viejos del café, toda esa gente que Vinicio no conocía pero que se detenían a saludar a su padre.

—Mi hijo.

La gente sonreía con malicia, y sus ojos burlones saltaban del rostro prieto del padre a los cabellos rubios del niño; de los ojos negros, rodeados de arrugas de aquel hombretón de rostro ya entonces ictérico, a las pupilas azules, bordeadas de pestañas albas de Vinicio.

Azotó el lápiz contra la mesa. Arrancó también aquella hoja y la rasgó en cuatro pedazos que luego retorció entre sus dedos. Le ardían los ojos. Las lágrimas retenidas abrasaban sus retinas. «Los hombres no chillan», pensó. «Se aguantan». «Los hombres no lloran», decía su padre, cada vez que lo veía llegar del parque con el cuello de la playera roto y los morros ensangrentados. Los hombres no lloran, y por eso Vinicio había aprendido a contener las lágrimas, primero solo ante su padre, luego también ante las maestras de la escuela y ante los otros chicos. No podía evitar que los ojos se le aguaran pero sí podía hacer que las lágrimas nacientes se congelaran en sus ojos, que no brotaran sino que fueran absorbidas por los tejidos oculares. El truco era mantener los ojos abiertos, la mirada fija; no pestañear, no pensar en nada, especialmente eso: no pensar en el dolor, no pensar en el significado de las palabras. Contenerlo todo en la garganta y luego tragárselo a buches dolorosos que le dejaban el vientre inflamado, el pecho oprimido pero los ojos secos, libres de las abyectas y cobardes lagrimitas.

—Sigue contando —le dijo a Pachi.

—Vini...

—Por favor.

—Toma, fuma más.

Su amigo le ofrecía el cigarrillo.

Vinicio sacudió la cabeza.

—No seas puto, Vinicio.

—Me hace mal fumar tanto.

—¿Qué te va a hacer mal, pinche marihuano?

—No me quiero sentir mal...

—¿No que ya estás curado?

—No sé. Ya no sé nada.

—El mismo pretexto pendejo de siempre. «No sé, no sé nada» —la boca de Pachi se deformaba en una mueca, mientras lo imitaba—. ¡Ya, Vinicio! Chingada madre, llevas semanas aquí encerrado...

Otra vez aquel barniz ardiente sobre los ojos.

—Sígueme contando... —insistió Vinicio.

Pachi se dejó caer sobre la cama. Las patas de madera tronaron bajo su peso. Ajustó el pedestal del ventilador con su pie descalzo.

—Pues nada... —soltó una bocanada azul. Ahora el sol entraba directo por la ventana e iluminaba las hebras de humo en su camino al exterior—. Todos se estaban agarrando a madrazos, la banda con la banda, la banda contra los *polis*. De repente unos vatos que le quitan un escudo a un tira y lo *abaratan*, y como que se hizo un hueco y por ahí salió la banda despedida del antro. Yo agarré a la gorda y a puro empujón la trepé a donde estaban las mesas; al día siguiente me dolió la espalda. Había un chingo de *polis* afuera, chingo de patrullas con las sirenas encendidas; agarraban a los que iban saliendo y los trepaban a las camionetas. Yo dije «ya valimos madre», pero a la pinche Rosicler se le prendió el foco: se agarró la panza y se puso a dar de gritos como si estuviera pariendo, la cabrona, y yo la agarré del brazo y puse cara de pendejo, y pasamos al lado de una fila de tiras que ya estaban pasándole báscula a los vatos y ni nos fumaron. Ya cuando dimos vuelta a la cuadra nos pusimos a correr. A la gorda casi le da un infarto, pero no paramos, tendidos como bandidos, hasta llegar al parque.

Pachi se levantó para ofrecerle el cigarrillo. Vinicio ya no quería fumar más pero tampoco quería despreciar a su amigo: necesitaba que siguiera hablando. Dio un par de caladas apresuradas y volvió a tomar el lápiz. Ahora dibujaba a Pachi de pie. Le hubiera gustado que su amigo no se balanceara de un lado a otro, pero se mordió los labios.

—Y ahí estuvimos un rato, en las bancas de acá abajo. La gorda se puso bella con una caguama, pal susto, y poco a poco la banda fue llegando. El Chagüis venía madreando; al Pepín, el sobrino de Briseño, el de la carnicería, lo agarró la tira y se lo llevó a los separes. Igual a Pesina. Todo el mundo contaba cómo estuvo el tiro, menos yo, que por andar de pendejo con la gorda me tuve que abrir. Pero la neta, mejor, cabrón; yo ya no estoy para tiros. Ya tengo a mi vieja, al niño, no puedo andar haciendo pendejadas. Pero de que me dieron ganas de meterle unos vergazos a alguien, me dieron, no manches; aunque fuera algo leve, unos cuantos descontones y luego abrirme a la chingada.

El abdomen de Pachi era lo más complicado: había que reproducir la blandura de los tejidos, pero a la vez, la solidez de un cuerpo de macho joven. Su piel era lisa pero llena de imperfecciones: aquel lunar con forma de óvalo sobre el pecho, aquella tira de piel más oscura, justo donde el cinto del uniforme le apretaba la carne. De su rostro se ocuparía al último: los ojos eran lo más difícil; también la punta de la nariz. La nube de cabellos grifos, en cambio, era sencilla de dibujar, igual que las orejas, pequeñas, un poco dobladas hacia adentro por el medio, y la barbilla: inexistente, cubierta de pelillos rizados, idénticos (aunque más cortos) a los que crecían en torno a sus tetillas color moneda.

—Y pues ahí estuvimos un rato, hasta que llegó el Cadenas, todo de la verga, todo mugroso como si le hubieran metido una revolquiza. Llegó todo asustado a contarnos lo que le había pasado saliendo del antro. No mames, de película. El vato venía hasta temblando; se empinó la caguama hasta el fondo y nos contó que se había ido a meter a la boca del lobo, por pendejo. Haz de cuenta de que cuando salió del Capezzio se puso a correr como loco para que no lo agarraran los polis, pero así, tendido, za-za-za, sin voltear, sin ver ni para dónde jalaba la banda. Y ya cuando el güey se dio cuenta estaba bien metido dentro de la 21 de abril, ya en esa parte donde no hay luminarias y todo está oscuro, y el vato sintió la verga cuando vio que unas cuatro cuabras más arriba venía bajando un bandón como de quince malandros. No mames, Vinicio, el vato ya no sabía ni qué hacer. Se quedó en la esquina, paralizado, cuando ve que de pronto viene bajando un camión por la calle y el pendejo de Cadenas que le hace la parada...

Pachi tuvo que detener su narración para poder reír a gusto. Vinicio cerró los ojos un momento. Otra vez sentía aquella punzada atravesándole el cráneo como algo hecho de metal helado. Se tocó la frente: estaba empapada en sudor pero fresca.

—El pendejo le hizo la parada al camión, y solo hasta que se detuvo frente a él se dio cuenta el muy bestia de que aquel no era un camión normal, que estaba lleno de vatos de la 21 que se lo habían robado para bajar todos juntos al centro. Tuvo que subirse para que no lo sospecharan. «¿A dónde van?», le preguntó al vato que manejaba. «Vamos al centro; unos güeyes de la Zaragoza se chingaron a un morro en el Capezzio y los vamos a abaratar... ¿Vienes?». Puta, Cadenas ya no tuvo huevos para decir que lo bajarán; ahí como pudo se acomodó entre los vatos y se bajó la gorra y se hacía pendejo para que no lo fueran a reconocer. Y la banda le preguntaba: «¿Y tú qué?», pero así, en mal pedo, porque no lo conocían. «No, que yo soy del Infonavit

no sé qué», les dijo lo primero que se le ocurrió. Y los vatos lo querían calar. Le decían: «Ah, pues has de conocer a Fulano y a Zutano y a Perengano que viven ahí», y Cadenas, con los huevos en la garganta: «No, es que casi no salgo, soy estudiante y mis jefes no me dan chance, yo nomás de la secun a la casa, pero sí me gusta el desmadre». Hazme el pinche favor. De pura cagada los vatos le creyeron, y hasta le invitaron caguama. El pinche Cadenas estaba que se cagaba pero se hacía pendejo, nomás escuchando lo que contaban los vatos. Ahí estaba un morrito todo verguiado, que fue el que logró salir primero y correr hasta la colonia; ese morro era primo del vato que picaron en la pista. El morrito estaba colorado del coraje, casi ni podía hablar porque se ahogaba. Contaba cómo un vato más grande se les acercó para chingarle la esclava al primo, pero este no se dejó y entonces el vato se le fue encima y lo tiró al suelo. Ahí fue cuando se armaron los vergazos, cuando empezó la empujadera. El morro vio que el primo no se levantaba y cuando se agachó y quiso levantarlo se dio cuenta de que estaba sangrando. Date cuenta, en lugar de quedarse ahí como pendejo salió corriendo en chinga a su colonia para avisarle a toda la banda. Los vatos del bus decían que había hecho lo correcto, que iban a bajar a masacrar a la banda del Zaragoza, en venganza. Y el Cadenas decía «Sí, a güevo» a todo lo que los vatos decían. «Si, vamos a romperles su madre a esos culeros, pinches gandallas», para que no sospecharan, pero por dentro se estaba cagando...

La puerta del cuarto de Vinicio soltó un chasquido, como si alguien del otro lado intentara abrirla. Vinicio puso un dedo sobre los labios; Pachi calló. Vinicio apartó con cuidado la silla de plástico y se acercó a la puerta: la había cerrado con llave y tapado con una playera sucia la rendija entre la madera y el suelo, para que su madre no oliera el humo de la marihuana.

—¿Tu jefa? —susurró Pachi, con los ojos saltones.

Vinicio volvió a pedirle que callara. Ambos contuvieron el aliento. Podían escuchar los latidos de sus propios corazones, por encima del ruido del tráfico y los graznidos de los zanates del otro lado de la ventana. Y de repente, ahí estaba el ruido de nuevo: era solo la madera dilatándose.

Los dos chicos resoplaron, aliviados. Vinicio regresó a su escritorio.

—Bueno —Pachi hacía un esfuerzo para modular su voz—, pues el caso es que el camión se paró como a tres cuadras del Capezzio y la banda aquella se bajó, el Cadenas con ellos, y empezaron a caminar hacia el Kabuki, el antro ese donde se junta la dota gruesa del Zaragoza. N'hombre, Vinicio, eran como cincuenta vatos, contó el Cadenas, y muchos llevaban palos y bates y cuanta madre y media. Cadenas lo que hizo fue caminar bien despacio, hasta que fue

quedando hasta atrás de la banda, y cuando pudo se les desapareció, pero unos vatos lo vieron y como que quisieron corretearlo, y el pinche Cadenas tuvo que esconderse como rata vieja entre los contenedores de basura del mercado, un ratote, y cuando pensó que lo habían dejado de buscar se fue en chinga al parque.

Vinicio miraba el dibujo: le parecía tan malo como los que ya había roto. No lograba hacer que el dibujo se pareciera a su amigo, en parte porque Pachi no dejaba de gesticular, en parte porque la mano que empuñaba el lápiz, su maldita mano, era demasiado torpe, incapaz de proporcionar vida. Ahí estaban, en el papel, todos los rasgos que el rostro de su amigo poseía: los ojillos enrojecidos, la cara en forma de óvalo achatado, los mofletes de Pepito Grillo, los pelos dispersos de su barba, las cejas rectas, dos rectángulos oscuros en medio de la frente brillante. Todo estaba ahí menos su presencia, su magia: la esquiva chispa de la vida.

Pensó en rasgar también esa hoja pero sintió pena por los bosques tropicales.

Comenzó a garabatear rayas y círculos en los bordes. Una flor, un ojo, una navaja.

—Cadenas estaba bien paniqueado. Quería que nos abriéramos del parque, no fuera a ser que los vatos de la 21 cayeran. «No te claves, pendejo. Dijiste que iban contra los de la Zaragoza», le decíamos; pero el Cadenas nomás volteaba para todos lados y hacía mil panchos. «Es que, no manchen, fue Tacho». Y todos: «¿El Tacho? ¿Pero no que los de la Zaragoza?». Y es que el Cadenas estaba seguro de que los de la 21 se habían confundido, que había sido Tacho el que se chingó al chavo, y la neta, pues ni cómo decirle que no. Ese pinche Tacho está bien dañado por la piedra.

¿Podría dibujar el rostro de Tacho de memoria? Vinicio lo conocía de vista solamente: un sujeto más bien bajo, escuálido como un muchachito, de cabello ensortijado, siempre grasoso. Un tipo insignificante, a no ser por aquella voz de mariscal histérico, aguda y cortante, que hacía temblar a los más jóvenes de la banda del parque. Un tipo curtido, un hombre ya, a pesar de su tamaño, miembro de la vieja guardia del barrio: quedaban ya pocos como él; la mayoría estaban muertos o en presidio. Vinicio no se hablaba con ninguno de ellos: les temía.

Garabateó algunas líneas, rostros fallidos pero la tristeza lo hizo soltar el lápiz. ¿Cómo era posible que fuera tan torpe en lo único que, en los últimos años, le había proporcionado tanto placer y tanto escape? Pensó que todos sus esfuerzos por conectarse con el mundo a través del dibujo resultaban inútiles,

que no tenía caso seguir intentándolo, que jamás dibujaría algo verdaderamente hermoso, algo que brillara con luz propia. Seguramente el comité de selección de la escuela de artes vería sus dibujos y se horrorizaría. O no, ni siquiera; seguramente los profesores se partirían de la risa. Quizás lo mejor que podría pasarle sería que lo aceptaran en la escuela de contaduría, a la que también había aplicado, presionado por su padre.

«Tienes que ser realista», le había dicho, a principios de año, desde el umbral de esa misma puerta. Los ojos hundidos de su padre recorrieron la pared junto al escritorio del chico, colmada de dibujos de pájaros porteños: palomas, zopilotes, cotorros salvajes, tórtolas y zanates, colibríes, gaviotas, playeros. Faltaban semanas todavía para el diagnóstico de cirrosis y meses para su ingreso al hospital; pero en su recuerdo, Vinicio veía ya los indicios de la enfermedad en la opacidad de la piel de su padre, en su creciente delgadez, en los dolores que ya le impedían dormir y comer y, a veces, hasta trabajar.

—¿Qué tienes, güey? Te ves todo pálido... —dijo Pachi.

Vinicio arrastró la silla para levantarse. Ya no le importó hacer ruido. Caminó hacia la cama y se dejó caer al lado de su amigo. Cerró los ojos. Las sábanas olían a sudor: al suyo, al de Pachi.

—Pensé que ibas a ir por la caguama...

—El doctor dijo que no me asoleara.

—Yo no voy a ir. Yo soy el que tiene el varo...

Cerró los ojos. Trató de no pensar en la enfermedad, en su padre; trató de pensar en lo contrario, en Aurelia, por ejemplo. Echaba en falta su olor en aquella cama, aquella mezcla de champú de flores, nicotina y melón dulzaino que durante algún tiempo había impregnado su almohada, el colchón, su propio cuerpo, y que ahora debía esforzarse por recordar.

—¿No quieres fumar más?

Vinicio sacudió la cabeza. El humo que su amigo exhalaba adrede sobre su cara le produjo asco. Le dio la espalda. Por un momento pensó en arrebatarse la almohada a Pachi pero sabía que este pelearía por ella y ya no le quedaban energías, así que usó sus propios brazos como cojín. Un mosquito sobrevolaba la zona: Vinicio podía escuchar su agudo zumbido. Debía levantarse y aplastarlo. Debía comprar varitas de aserrín prensado con insecticida para ahuyentar a los insectos. Debía colocar tul sobre las ventanas del cuarto. ¿Qué tal si aquel mosquito que zumbaba cerca de su cabeza era el mismo que le había transmitido la fiebre? ¿Cuánto podía vivir un mosquito? ¿Días, semanas? ¿Moriría Vinicio si volvía a enfermarse, por tercera vez? ¿Lo

llevarían, esta vez a rastras, al hospital en donde había muerto su padre, a la misma cama?

—Vini...

—¿Sué?

—¿Ya sabes lo de Aurelia?

—No.

—El Chagüis dice...

—No quiero saber.

Pero ya sabía. Aurelia había vuelto y estaba peor que nunca.

La conoció en la antesala del director del colegio, el verano anterior, en septiembre. Ambos cursaban el cuarto semestre de la preparatoria pero Vinicio jamás la había visto: debía ser alumna de nuevo ingreso, a juzgar por la dureza del cuello de su uniforme, por el brillo de la tela nueva de su falda, demasiado larga, demasiado apegada al reglamento.

Lo que más le gustó fue su cabello: castaño y rizado. Las demás chicas lo llevaban siempre atado pero ella se había quitado la liga y lo llevaba suelto; también se había sacado la camisa y bajado las calcetas. Sus pantorrillas eran llenas, sólidas; sus muslos, seguramente rollizos, a juzgar por la manera en que tensaban la tela de la falda.

Le había mirado las piernas de forma tan obvia que, cuando alzó los ojos hasta su cara, ella le sonrió con una boca diminuta que era toda malicia. Se cruzó de piernas y fingió fumar un cigarrillo con boquilla.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó con voz falsamente ronca.

Sus ojos no eran negros, no del todo: había en ellos un fulgor dorado, casi rojizo, como las hojas de los almendros en septiembre.

—No sé.

«Estúpido», pensó en seguida. «Di algo interesante, carajo...».

La verdad es que lo habían sacado de la clase de Física por roncar sobre el pupitre. La segunda vez en la primera semana de clases, y todo por desvelarse leyendo una roñosa enciclopedia de pájaros que compró en un bazar.

—¿Cómo te llamas?

—Vinicio.

—¿Vinicio? Qué nombre tan raro... ¿Quién se llama Vinicio?

—Um. ¿Yo?

—¿Y te crees mucho por llamarte así?

El chico sacudió la cabeza.

—Yo soy Aurelia.

—¿Aurelia? —rió Vinicio—. ¿Quién se llama Aurelia? ¿Te crees mucho?

Ella asintió.

Vinicio sabía que su rostro estaba colorado; no podía verse a sí mismo pero sentía que las orejas le hervían en sangre caliente. Seguro ella lo notaba, porque le miraba con burla mientras reía, aunque parecía no importarle. El director la llamó primero y Vinicio fue a sentarse en el espacio que ocupara ella en la banca. El brazo del mueble estaba lleno de surcos que atravesaban la pintura y lastimaban la madera, rayas azules que ella abrió con la pluma roída que llevaba en la mano:

PUTOS TODOS

No pudo dejar de pensar en sus ojos, en su cuerpo: tenía que verla de nuevo. La buscó de forma frenética por los pasillos de la escuela, él, que nunca se alejaba más de dos metros de la puerta del salón en los recesos.

Era el principio; Vinicio todavía creía que Aurelia llegaría a ser su novia. La invitó al parque. Ella quiso subir a su cuarto a fumar marihuana.

—Tienes ojos de mora —le dijo la madre de Vinicio, al conocerla.

Se la había encontrado en la cocina, apurando un vaso de agua junto al refrigerador.

—De odalisca —la corrigió Vinicio, inquieto.

Aurelia le sonrió a Susana. Apuró el buche de agua que llenaba su boca y le respondió con un «gracias» tan afectado e insincero que —hasta Vinicio dio cuenta— desde ese día su madre comenzó a odiarla.

—Esa niña te va a meter en problemas. Oye lo que te digo.

Su madre decía lo mismo de todas sus amigas.

—Esta es distinta. Trae algo malo pegado —vaticinó.

Se enfureció cuando entró al cuarto de Vinicio y los encontró besándose en la cama, pero como Aurelia ignoró sus miradas de desprecio y sus insultos, no le quedó más remedio que hacer caso omiso de su presencia. La tensión entre las dos mujeres ponía a Vinicio nervioso, especialmente cuando Aurelia se empeñaba en desvestirse sabiendo que Susana estaba en el otro cuarto.

El padre de Vinicio la trataba como si no existiera, lo que era buena señal.

Aurelia, esa cosita de nada que no le llegaba ni al esternón. Una cara que hubiera podido servir de modelo para una ardilla de dibujos animados de no ser por la nariz de hembra cabal y la boca que, embadurnada de labial rosa, tenía siempre cierto aire obsceno: una boca siempre entreabierta, siempre ocupada con cigarrillos o caramelos o bromas chocantes, insultos, murmullos ansiosos que pretendían llenar el silencio, como si no pudiera soportarlo, como si le temiera. Manos inquietas que acariciaban su propio cuerpo

mientras bailaba sin música en la oscuridad de la playa, frente a él y a Pachi. Piernas robustas y lisas asomando bajo las bermudas prestadas de Vinicio, después de que la lluvia los sorprendiera en el parque: le encantaba usar la ropa del chico, ponerse sus calzoncillos y sus playeras sucias para caminar por el cuarto. Piel suave contra su pecho, piel tersa que temblaba cuando se quejaba de su padre, de los castigos que cada semana le imponía: por reprobar materias, por insultar a los maestros, por escaparse de noche para ir a alguna fiesta, por tomar el auto sin permiso, por sobornar a las sirvientas, por llegar drogada a la comida familiar de los domingos.

Aurelia odiaba a su padre: lo describía siempre como un hombre anticuado y enfermo de celos a quien debía mentir todo el tiempo para poder salir a la calle. La madre de Aurelia era un fantasma: vivía en otro estado, tenía ya otra familia, no se hablaban más que una vez al año, el día de la madre, y eso solo porque el padre de Aurelia marcaba el número y ponía el auricular contra la oreja de la chica. Vinicio no podía visitarla en su casa, no podía hablarle por teléfono, pero terminó topándose con el hombre un día en que Aurelia los convenció de ir a su casa —un condominio a orillas del mar— para robar la camioneta y así poder dar vueltas sobre la costera hasta que la gasolina se acabara, aprovechando que su padre estaba de viaje. Aurelia los dejó sentados en la sala en lo que ella buscaba las llaves; todo era cromo y cristal y alfombras impolutas en aquel departamento y los chicos, sudorosos por el viaje en autobús, lo contemplaban todo en silencio, sin querer siquiera apoyar demasiado el cuerpo sobre el mueble. Aurelia dijo que su padre había salido de la ciudad, por eso les horrorizó verlo entrar por la puerta: un sujeto muy alto y blanco, de cabellos ralos que parecían haber sido rojos algún día. Llevaba una pequeña maleta que fue a dar al suelo cuando se percató de la tiesa presencia de Vinicio y Pachi en el sofá. El hombre les dirigió una mirada de energúmeno y luego desapareció en el pasillo. Los insultos con los que sorprendió a Aurelia, gritos que los dos chicos pudieron escuchar a través de los muros, terminaron por hacerlos huir del departamento sin esperar a que ella saliera.

Dejaron de verla. Estaban a la mitad del verano; todo era más aburrido sin ella. Vinicio pensó que Aurelia encontraría la manera de comunicarse, que una tarde bajaría al parque, pero las vacaciones terminaron sin saber nada de ella. Pensó que su padre la habría castigado, quizás enviado con aquellos parientes de Puebla con quienes se aburría tanto. Se sentía culpable; quizás debió haberse quedado a defenderla, a disculparla, plantarse ante aquel hombre colérico y echarse la culpa de todo; quizás debió haberla buscado y

no esperara que llegara el primer día de clases y descubrir que su nombre ya no figuraba en la lista de asistencia. Ninguno de los compañeros sabía por qué no la habían inscrito: Aurelia realmente tenía pocas amigas y ninguna de ellas la había visto en todo el verano. La sirvienta del departamento contestaba el teléfono pero colgaba tan pronto Vinicio preguntaba por ella.

Al padre lo vio una vez más, hacía cosa de unos meses, en enero. Fue a la salida de la misa de ramos de la catedral, ya en el 99. Vinicio iba de la mano de su madre, como un crío, para no perderse entre la multitud que anegaba las puertas. Su madre se detenía cada pocos segundos para entablar conversación con alguna conocida y Vinicio, aburrido y acalorado, se distraía mirando los oscuros cuadros que decoraban las paredes. Al pasar junto a la capilla de la Virgen de los Dolores, esa estatua vestida como monja penitente con lágrimas de resina congeladas sobre el rostro convulso, distinguió claramente al padre de Aurelia, o más bien, su cabeza —mucho más calva entonces— sobresaliendo por encima de la masa de fieles. Con el corazón aleteando de esperanza, Vinicio buscó el rostro de Aurelia junto al hombre pero no lo halló: iba solo. Rezaba ante la imagen sombría. Las comisuras de sus labios colgaban en un gesto de amargura, el mismo gesto con que la Virgen imploraba al cielo. Por un momento pensó que el hombre reventaría en sollozos, ahí en medio de la iglesia atestada, y sintió pena por él y volvió la cabeza. Pero el hombre lo reconoció: también la cabeza rubia de Vinicio destacaba entre la muchedumbre, a pesar de la oscuridad del recinto. El padre de Aurelia avanzó hasta él y lo tomó del brazo. Vinicio sonrió a medias e inclinó la cabeza con cortesía, al tiempo que empujaba a su madre para que avanzaran pero esta lanzó un chillido. ¿No veía Vinicio que estaba conversando con los vecinos? ¿Por qué no se adelantaba a casa si tenía tanta prisa? El padre de Aurelia lo llevó hasta la salida, sin soltarlo.

Vinicio pensó que lo atacaría afuera.

—Dime dónde está. De varón a varón: te lo suplico —murmuró el hombre.

Le avergonzaba mostrarse así ante Vinicio: indefenso, desesperado.

—No la he visto, señor. Yo pensé...

—Solo quiero saber que está bien.

El aliento del hombre era nauseabundo: hedía a masilla acumulada de días. Las ropas le colgaban de los hombros.

—La *interné* —dijo, muy cerca del oído de Vinicio—. Tuve que hacerlo. Después de que reprobó el colegio decidí castigarla, y fue cuando comenzó a escaparse. A veces no llegaba a dormir y un día tuve que ir a sacarla de un

motel en el que estuvo tres días *drogándose* —en sus labios, la palabra era obscena— y Dios sabe qué más con una caterva de malvivientes. Estaba psicótica; tuve que hablarle a la policía. La interné en un lugar que me recomendaron pero también se escapó, con uno de los celadores, supuestamente un exadicto. Yo no podía creerlo. La última vez que la vi estaba en abstinencia; rompía cosas, se mordía. Me rogó de rodillas que la sacara ahí. Decía que le daban arroz podrido de comer, que dormía en el suelo, que los celadores la acosaban, y yo pensé que eran mentiras, más mentiras, que quería engañarme para que la sacara y volver a lo mismo...

La fuga del centro de rehabilitación ocurrió en octubre del 98. El padre de Aurelia contrató un investigador privado, un judicial con licencia que le siguió la pista hasta el D. F. Después de varios meses de informes vagos el investigador se descaró: comenzó a enviarle fotografías de Aurelia, imágenes que no resultaban nada tranquilizantes para el señor, pues en ellas aparecía su hija sin ropa y obviamente drogada. Se había vuelto amante del judicial. Un segundo investigador les siguió la pista hasta Playa del Carmen pero luego intentó extorsionarlo: Aurelia trabajaba en un club desnudista y el sujeto pedía dinero para no difundir el hecho entre la alta sociedad porteña.

El padre de Aurelia pagó.

—¿Has hablado con ella, te escribe?

Vinicio sacudió la cabeza con amargura.

—Estoy solo en esto. Ayúdame —pidió el hombre.

Fue duro ver a un hombre tan orgulloso suplicarle a un muchacho que no podía más que encogerse de hombros.

—Dicen que anda por aquí... ¿sabes? —le confesó—. Que *baila* —el hombre se tapó la boca, asqueado.

Vinicio desvió la mirada. Algo había escuchado, pero no había querido creerlo.

No había nada que le gustara más a ella que provocar el deseo de los hombres. Seguro le salía natural, el desvestirse ante extraños.

El padre de Aurelia se veía más triste aún cuando se marchó.

Vinicio hizo cálculos y descubrió que la última vez que había visto a Aurelia fue justamente antes de su internamiento. No había querido decirle al hombre por varios motivos: el principal era que no le inspiraba confianza; el segundo, que la información le sería inútil; el tercero porque no quería compartir con nadie lo que había pasado aquella noche entre los dos, cómo esa complicidad que existía se había esfumado como si nunca hubiera existido. Fue por la noche, en una fiesta celebrada en una finca junto al río, al

sur de la ciudad. Vinicio odiaba la música electrónica; era demasiado tímido para bailarla. Se pasó buena parte de la noche sentado bajo una palmera, apurando a sorbos un vaso de aguardiente con jugo de uva, escuchando las historias de Pachi y de los otros, con los ojos fijos en el fulgor que las luces de los condominios producían sobre la superficie del río, ónix líquido.

—¿Y ahora por qué te castigaron?

Y ahí estaba, de pie junto a él, en falda y blusa sin mangas y los cabellos sueltos y despeinados. No tuvo corazón para reclamarle el haberse cambiado de escuela sin avisar, el no haberlo llamado o visitado. Se puso de pie para abrazarla, para juntar su mejilla contra la de ella, enterrar su nariz en su cuello y absorber su esencia mineral. La apretó un largo rato contra sí, pero ella no dejaba de removerse. Sus ojos, sus bellos ojos, oscurecidos por el maquillaje, no podían estarse quietos; las pupilas dilatadas le bailoteaban y rehuían la mirada de Vinicio. Respondía con monosílabos a las preguntas que él le hacía: «¿Dónde has estado?», «¿Por qué no me hablabas?», «¿Qué has hecho?». Ella lo abrazaba y sonreía y se frotaba contra su cuerpo, estremeciéndose como felina. No podía hablar, apenas separar los dientes que le rechinaban por culpa de los estimulantes.

Terminaron detrás de la caseta del embarcadero, sobre el suelo. No había gente ahí, apenas un par de alucinados con pupilas de lémur que, sentados en la yerba, miraban el río en silencio. Fue ella la que lo condujo hacia el embarcadero, hacia aquel rincón oscuro desde el que se escuchaba el fluir del agua; fue ella la que metió las manos por debajo de su playera, la que le destrabó el broche de los pantalones. Su toque era el mismo y su aliento, igual de dulce que siempre; pero ahora la deseaba más, después de los días transcurridos, después del silencio. La deseaba con tanta ansia que fue casi doloroso volver a entrar en ella, volver a llenar ese lugar que parecía estar hecho a su justa medida. La deseaba tanto que acabó casi enseguida, dentro de ella, y luego se sintió abatido y terriblemente culpable por haberlo hecho. Quiso apretarla entre sus brazos y acunarla, retenerla, pero ella parecía repeler su energía; asustada, se levantó para acomodarse las ropas, sin mirarlo, y regresó a la fiesta. Unas horas después, a lo lejos, desde la pista, sus ojos se encontraron y ella le dirigió una sonrisa, apenas una mueca vaga, distraída; la sonrisa de alguien que va por la calle y, recordando picardías pasadas, se topa con los ojos de algún extraño.

Aurelia. Casi un año sin verla y aún recordaba su olor a flores ácidas, el toque de sus dedos bruscos e imperiosos, el chispazo de su risa nihilista, su inteligencia luminosa y frívola, sus locuras: le gustaba asomarse desnuda por

la ventana de Vinicio para saludar a los jardineros del parque, a las vecinas que pasaban rumbo al mercado. O lanzarle besos a los hombres que iban a bordo de los autobuses; los pobres se torcían los cuellos para poder voltear a mirarle los muslos. Aurelia, en su cama, con la camisa de la escuela y el corpiño arrugados contra su cuello para mostrarle sus pequeños senos de pezones dorados, del mismo color que las pecas que salpicaban su piel, para que los dibujara.

—Mi artista —decía, socarrona, mientras se acariciaba.

No guardaba ni un solo dibujo de ella: terminaba siempre alcanzándola en el lecho.

Decían que la llamaba cuando estuvo enfermo. Que, en su delirio, preguntaba por *aquella*, le confesó su madre. Vinicio apenas guardaba recuerdos del periodo más grave de su enfermedad: el cielo oscuro sembrado de estrellas falsas, la ventana cerrada, el ardor que despedía su cuerpo, el sudor que atravesaba las sábanas hasta empapar el colchón. Por las mañanas se hallaba casi lúcido: podía escuchar el ruido del tráfico, el trajinar de las vecinas, el griterío de los niños en el parque, los graznidos de los zanates que hacían guardia sobre el tendido telefónico mientras dormitaba. Podía incluso comer algo blando y contestar con monosílabos las preguntas de su madre. Pero tan pronto oscurecía, la fiebre lo atacaba y transmutaba la sangre de su cabeza por plomo fundido y el dolor era martirizante. Después llegaban los temblores y al último la parálisis. Entonces tenía la certeza de que moriría, de que ya había muerto, de que yacía, no sobre la cama de su cuarto, sino encima del suelo duro, bajo un cielo salpicado de estrellas. Había muerto y ya no sentía nada, lo único que quedaba de él era su esqueleto desperdigado por los animales. Y cuando estaba a punto de desaparecer, cuando ya no recordaba quién era, quién había sido, la voz de su padre lo alcanzaba, desde un lugar muy lejano, como hecha de hebras de viento. Vinicio quería gritarle que no le entendía, que no tenía ni oídos para escucharlo, ni cerebro para entenderlo, que era solo un grupo de huesos apilados bajo astros distantes, que ya no era Vinicio, ya no era nadie.

Su madre, en cambio, no era sonido sino visión: un rostro que flotaba por encima de su cráneo vacío. Iba siempre vestida de negro, lo que confirmaba las sospechas de Vinicio: estaba ya muerto. Quería hablarle, pedirle que ya no llorara; quería tocar ese rostro compungido, acariciar los párpados amoratados por el dolor, suavizar las arrugas que comenzaban a cuartear las orillas de sus ojos y boca, pero ya no tenía manos, ni cuerpo; era solo una cabeza abandonada en el desierto. ¿Por qué insistía su madre en ponerle compresas

sobre la frente, en llenar su boca con agua, en poner sobre su lengua guijarros pálidos que se deshacían, ácidos, contra su paladar? ¿Por qué no lo dejaban descansar en paz?

A la mañana siguiente se despertaba y el suplicio comenzaba de nuevo: el dolor en las articulaciones, la jaqueca agobiante, las moraduras en los brazos, el sangrado de las encías y la nariz. Miraba su cuerpo, sorprendido de encontrarlo todavía ahí, más flaco sí, y cubierto de feos verdugones, pero intacto, completo.

—Intenté llevarte al hospital pero te pusiste como loco. Decías que todo era falso, que todo era mentira, que yo era una bruja —le contó su madre cuando la fiebre amainó—, Pachi vino a verte, dos veces, pero ni siquiera lo pelaste. Hablabas con *aquella*, la llamabas. ¿No te acuerdas?

Cómo hubiera querido recordar lo que deliraba; hubiera sido como volver a verla; a ella, a la Aurelia verdadera, la Aurelia suya, no el fantasma enflaquecido, de pupilas dilatadas que, decían, bailaba en algún antro de mala muerte. Pero hasta ese ridículo consuelo le fue negado.

Algo pasaba: alguien rompía cosas contra el suelo: vidrio, madera.

Pachi se removió a su lado.

—¿Qué fue eso?

Vinicio se sentó sobre la cama. Tocó su mejilla: estaba más fresca que su mano. Se puso en pie y se acercó a la puerta. El estrépito venía del cuarto de su madre. Recogió ropa del suelo y se la puso: bermudas y playera.

—No salgas —le dijo a Pachi.

El pasillo estaba a oscuras. Carecía de ventanas y el foco que se suponía debía estar siempre encendido se había fundido varias semanas atrás. Nadie se había molestado en cambiarlo; su padre era el que se encargaba de esas cosas.

La puerta de la recámara de sus padres estaba abierta. Había luz ahí: seguramente, porque las cortinas habían sido corridas.

—¿Mamá? —llamó Vinicio.

Podía escucharla gruñir. Seguro sufría una resaca espantosa, a juzgar por la manera en la que había bebido la noche anterior.

Se asomó a la habitación. La cama estaba desnuda, las sábanas amontonadas sobre el piso.

—¿Madre?

Una carga de ropa resonó contra el suelo. La ropa de su padre.

Olía a alcohol ahí adentro. Provenía de los frascos de perfume rotos sobre el suelo y del cuerpo sudoroso de su madre. De pie junto a la cómoda, vestida

solo con una playera larga, vaciaba el contenido de uno de los cajones sobre el suelo: pañuelos, calcetines, hebillas rotas se sumaron al desorden.

—¿Qué haces? —le gritó el chico.

—Nada de esto sirve —dijo ella. Tiró de otro cajón hasta sacarlo de la cómoda, vació su contenido y lo arrojó sobre la cama. El cajón rebotó sobre el colchón y cayó también al suelo. La madera tronó: era de mala calidad y se partió por un lado—. ¿Quién va a querer estas porquerías? ¿Eh? ¿Quién? A la chingada con todo...

—Mamá, espera...

Pero ella lo ignoró. Caminó hacia el armario abierto y comenzó a arrancar camisas. Las telas crujían, los ganchos tintineaban contra el tubo de acero y la ropa, las camisas del diario, las de lino, las guayaberas que su padre solo usaba en las fiestas, la chaqueta de lana y ante que había prometido regalarle a Vinicio, todo acabo en el suelo, aplastado por los pies descalzos de su madre.

—¿Estás...? ¿Qué haces?

Se había acercado para sujetarla del brazo. Ella rehuyó su contacto y le mostró los dientes.

—¡Lárgate! —gritó.

Vinicio dio un paso atrás. Su madre estaba lista para pelear, con los brazos separados del cuerpo, la cabeza gacha y los dientes apretados. Abría y cerraba las manos como los felinos cuando alistan sus uñas. Las de ella eran largas y duras, rojas y afiladas como el coral.

—Mamá, por Dios...

—¡Estoy harta, harta! ¡Quiero que se largue de una vez!

Sus ojos recorrieron el cuarto con aprensión. Se detuvieron en la pared sobre la cama, en el retrato familiar que colgaba ahí desde que Vinicio tenía memoria.

—Cálmate, por favor.

Pero la mujer ya trepaba por la cama para alcanzar el retrato. Uno de sus pies dejaba marcas rojas sobre el colchón: seguramente se había cortado la planta del pie con los cristales rotos del suelo.

El cuadro estaba sujeto al muro con pijas de metal que salieron despedidas cuando su madre lo arrancó de la pared. Vinicio pensó que lo arrojaría contra el suelo para romperlo también y ya esperaba el estrépito con la cabeza sumida entre los hombros, con la garganta cerrada de angustia, pero la mujer, drenada de pronto de toda energía, se derrumbó a medias sobre el lecho y rompió en sollozos.

Vinicio quería huir de aquel cuarto, huir de ella, de sus gritos y sus lágrimas y sus greñas tiesas. La punzada estaba de vuelta: ya no era una delgada aguja atravesando su cerebro de lado a lado; era una sierra fría que rebanaba la pulpa tierna de su pensamiento, desatando una alarma que parecía decir: «Vete, corre, huye por tu vida». Pero no podía irse, no podía huir. Ahora ella no tenía a nadie más que a él. Se acercó a la cama y puso una mano sobre el hombro de su madre.

—Ya, mamá...

Por un minuto pensó que ella se volvería para atacarlo, pero solo se puso a lloriquear.

—Ya no puedo... soportarlo... ya no puedo más... —Hipaba.

—¿Lo sigues viendo?

Ella asintió. Extendió los brazos hacia Vinicio; debía abrazarla. El chico la estrechó contra su pecho y cerró los ojos. El olor a hembra sudorosa de su madre le molestaba. Hubiera querido soltarla enseguida. Se sintió culpable por pensarlo.

—¿Dónde? —le preguntó.

Ella señaló el umbral de la puerta.

—Estaba ahí parado, mirándome.

Rompió a llorar de nuevo. Hundió cabeza contra el cuello de Vinicio; sus mocos goteaban sobre la playera del chico.

—¿Te dijo algo?

—No sé. Cerré los ojos y recé. Cuando los volví a abrir ya no estaba.

Separó su pecho del de su hijo para mirarlo.

—No me va a dejar en paz nunca, nunca...

¿Qué podía decirle Vinicio? ¿Que no creía realmente que el fantasma de su padre rondaba la casa? ¿Qué pensaba que aquellas visiones eran producto de la neurosis de su madre, de sus creencias supersticiosas? Su madre, desde que podía recordarlo, presumía entre las vecinas la posesión de poderes misteriosos heredados de sus antepasados, pescadores del poblado de La Víbora, un puñado de bohíos que salpicaban la llanura yerma que rodeaba al puerto. Decía que podía ver el aura de las personas, que sus sueños presagiaban desgracias, que conocía las propiedades de las hierbas y sabía cómo utilizarlas para sanar lo podrido, enderezar lo enteco, hallar lo perdido, recuperar lo robado.

A Vinicio, de pequeño, los poderes de su madre lo fascinaban y atemorizaban al mismo tiempo. Cuando sus tías acudían de visita se quedaba siempre rondando la sala para escuchar las historias que contaban: chaneques

que entraban en la casa para robarse a los niños y sustituirlos por pequeños monstruos que la madre amamantaba entre terribles dolores; muchachas perdidas que entablaban comercio carnal con el demonio, con Satanás en persona, un catrín de capa y moño que escondía sus patas de cabra bajo pantalones de seda; borrachos que, al regresar a casa en la madrugada, se topaban con la Niña de Blanco o con los nahuales: gorriones gigantes que hablaban, marranas que caminaban en dos patas y echaban lumbre por los ojos, pavas que trepaban a los techos y lanzaban una tripa a través de la cual succionaban la sangre de los durmientes.

Vinicio no tenía llenadera: quería conocer los detalles más truculentos de aquellas historias, y sus tías no se los ahorran. Pero más tarde, ya de noche, el chico se retorció de miedo bajo las sábanas. Hubiera deseado poder correr al cuarto de sus padres y escabullirse entre ellos en la cama, pero su padre lo prohibía. Odiaba que Vinicio tuviera miedo de las historias; odiaba a las tías y a los cuentos de Susana.

—¿Cómo es posible que creas en semejantes pendejadas? —Solía reprender al chico, cuando lo encontraba leyendo historietas sobre ovnis y alienígenas.

Y Vinicio, que entonces no tendría más de diez u once años, sentía el impulso de alzar la voz y defender su gusto por el misterio. «El Sol es solo una de millones de millones de millones de estrellas en el universo. ¿Cómo sabes que no existe vida en otro lugar, que no existen otros humanos, o cosas parecidas a los humanos, seres inteligentes?», pero las palabras se le morían antes de terminar de formarse en su lengua. Botaba las revistas de ovnis y compraba otras de mecánica: los motores de combustión interna lo aburrían, pero su padre asentía satisfecho cuando pasaba frente a su cuarto y los sorprendía acostado en el piso, descifrando aquellos aburridos diagramas.

—Me respira encima, por la noche. Se sube a la cama para ponerme encima sus manos *heladas*...

—Son pesadillas, mamá.

—¡Tú qué sabes, pendejo! —aulló ella.

Lo apartó, brusca.

—Piensas que estoy loca.

—No, madre —dijo Vinicio, sin demasiada convicción—. Yo te creo.

—No es cierto, eres igual que ese hijo de puta.

Se tapó la boca un segundo, como si se arrepintiera de lo que había dicho. Luego se desternilló de risa.

—Igual que él —repitió, entre carcajadas.

Vinicio se apartó de ella. Miró el retrato que yacía sobre el colchón. El vidrio estaba agrietado de tiempo atrás: la fisura atravesaba una de las esquinas, pero libraba a las tres figuras estelares: su madre sentada sobre un sillón de mimbre —vestida de guinda, con el cabello esponjado al estilo de los ochenta— flanqueada por el padre —tieso en su camisola verde olivo—, y por Vinicio, a medias sentado sobre el brazo de la silla, con la cabeza apoyada sobre la de la madre. El fotógrafo del estudio, recordó Vinicio, un carcamal de chaleco y pajarita, había insistido en disponerlos en esa composición: así nadie notaría que Susana y Vinicio, apenas púber, eran ya más altos que el patriarca.

Ninguno de los tres lucía feliz en la foto, aunque todos sonreían. Los ojos de su padre lucían cansados y hundidos; el cansancio crónico hacía que su piel se tornara amarilla; los de su madre apuntaban directo a la lente, como desafiándola. Y los de Vinicio, los del chico que apoyaba la cabeza rubia muy cerca de la de su madre, revelaban incomodidad y vergüenza: tenía ya diez años, aquella pose era ridícula y los pantalones que su madre le había obligado a usar le apretaban en la ingle. Examinó el rostro de su padre: la piel prieta, el cabello lacio, sin canas, embarrado hacia un lado, untoso de aquella crema especial que compraba en las boticas del centro. Miró luego su rostro infantil: los carrillos sonrosados, las cejas y pestañas invisibles, la mata de cabellos del color del oro antiguo, las pupilas zarcas.

«Igual que él», pensó Vinicio, con amargura.

Idénticos.

Intentó tragar saliva; un nudo se lo impidió. Y ahí estaba, de nuevo, el barniz ardiente en los ojos.

Su madre tocaba la foto. Pasaba un dedo por el rostro de Vinicio niño.

—Precioso que eras, con tus ricitos güeros, Vinicio... ¿Por qué ahora te pelas como carcelario?

Extendió una mano hacia la cabeza de su hijo. Vinicio, por reflejo, se apartó de aquellas uñas afiladas.

—¿De quién soy hijo? —le espetó.

El labio de su madre se levantó con desdén. Se alejó de la cama y comenzó a recoger los vidrios del suelo. Cojeaba ligeramente.

—¿No me vas a decir? —insistió el chico.

—Después.

—No, no, siempre es cuando tú...

—¡Después, coño! ¡Te digo que después!

Arrojó los trozos de vidrio contra el chico. Solo uno de ellos le raspó ligeramente el brazo.

Pachi seguía sentado sobre la cama. Se había puesto la playera.

—¿Qué pasó?

Vinicio se había limpiado las lágrimas antes de entrar. El rayón en el brazo sangraba apenas.

—¿Fue por la mota?

Vinicio negó en silencio. A su madre no le importaba que Vinicio llegara borracho o drogado de las fiestas. Era su padre el que se escandalizaba. Una vez el hombre lo sorprendió, en compañía de Pachi y Aurelia, fumando mota en el cuarto: lo zarandeó hasta quitarle lo pacheco y amenazó con internarlo en un centro de rehabilitación. «Déjalo en paz, ni que tú fueras un santo», lo defendió Susana, zarandeándolo a su vez. «Es mi hijo», gritaba ella. *Mi hijo*.

Vinicio padre salió de la casa con un portazo y no volvieron a verlo hasta bien entrada la noche.

—Vini, ¿qué pasó?

Y todavía siguieron peleando, aquella madrugada. «Por mí, siempre por mi culpa», pensó el chico.

—Nada. Ella... —No sabía cómo decirlo, no quería ni pensar en ello— ... está limpiando las cosas de mi papá...

—Ah.

Vinicio se sentó sobre el escritorio. Miró por la ventana. El mundo, iluminado y vivo, parecía silente, como si el calor desvaneciera no solo los contornos de las cosas sino sus ruidos.

—¿Qué horas son? —preguntó.

—La hora de la quemazón —respondió Pachi.

Le ofrecía el cigarrillo recién encendido, con una sonrisa malévola.

—¿Vas a fumar más?

—¿Voy? Vamos.

Vinicio tomó el cigarrillo. Buscó el reloj roto que guardaba en la caja de los lápices. No quería fumar más.

—Cabrón, es mi día de descanso —se quejó Pachi—. ¿Por qué nadie entiende que me quiero poner hasta mi madre?

—Cuarto para las cuatro —dijo Vinicio.

Pachi soltó el humo con un rugido.

—¿Qué?

—Que son cuarto... No, diez para las cuatro.

Un mohín de dolor deformó la cara de Pachi. Comenzó a toser, con el puño junto a la boca.

—¿Qué te pasa?

Su rostro tenía un fulgor escarlata. Se puso de pie y se calzó los tenis de Vinicio.

—¿Qué haces, idio...?

—No mames, Vinicio... ¡La pinche chamaca!

SEGUNDA PARTE

1

No esperó a Vinicio: salió despedido del cuarto y de tres sonoros saltos llegó al rellano de la escalera. Tampoco se molestó en cerrar tras de sí la puerta de entrada. Se dio cuenta de que había olvidado la gorra cuando cruzaba las canchas de básquet vacías. Solo el gremio de los indigentes continuaba en el parque: seis o siete malvivientes dormían en las bancas junto a la glorieta, el único lugar donde había sombra. Pasó corriendo junto a ellos: estaban tan embrutecidos que no alcanzaron siquiera a girar las cabezas para seguirle el paso.

Los zanates picoteaban los cestos de basura, incansables, ajenos al bochorno estival. No se inmutaron cuando Pachi, con la intención de espantarlos, hizo resonar su trote sobre el concreto. Una de las aves tenía una pluma blanca en el ala, una pluma ligeramente más larga que parecía inserta. Pachi jamás había visto un picho así pero no tenía tiempo para detenerse. No tenía tiempo siquiera para obedecer los letreros que prohibían pisar el césped: cruzó el parque en diagonal, ignorando los senderos de baldosas, saltando arriates de flores para cortar camino.

Sentía cómo la tripa se le sacudía a cada zancada. «Como hecha de gelatina», pensó con amargura. No llevaba ni dos minutos corriendo y apenas podía respirar: se estaba volviendo viejo. Gordo, torpe, viejo. Tendría que bajar de peso, hacer más ejercicio, volver a los partidos de fútbol nocturnos en La Caletilla, aunque Pamela reventara de coraje. Estúpida imbécil de Pamela. Estúpida mocosa de mierda. Ellas tenían la culpa de todo, hasta del calambre que ahora le rajaba la planta del pie y trepaba hasta adormecer su ingle y del ahogo que le hacía boquear como pez. Echó el cuerpo para adelante y castigó sus piernas y brazos en un *sprint* que no duró medio minuto, pues pensó que el corazón le estallaría en el pecho. Se obligó a seguir trotando por el lado soleado de la acera: el sol villano calentaba su cabeza desnuda —«Olvidar la gorra», pensó, «error imperdonable»— y hacía refulgir los cromados de las carrocerías, los vidrios de las ventanas. Incluso el cemento de la acera, seco ya, casi blanco, lo cegaba. «Solo a un loco o a un idiota se le ocurriría correr por las calles del puerto a esa hora infausta», pensaba Pachi, cuando los buenos cristianos dormían la siesta bajo los ventiladores o digerían el almuerzo repantingados en cualquier silla. Un loco estúpido que había

olvidado pasar por su hijastra a la guardería y cuya mujer lo emascularía con el borde de una lata oxidada cuando llegara a casa.

Maldijo a Pamela de nuevo, a la niña, a la guardería, incluso a su suegra. Él jamás fue a ningún jardín de niños: entró directo a la escuela primaria, como debía ser, sin «estimulación temprana» y todas esas estupideces que Pamela leía en las revistas de educación que compraba y que, insistía, la niña requería para «explotar su potencial».

—¿Potencial de qué? Para lo único que es buena es para hacer burbujas con los mocos —protestaba Pachi y señalaba el rostro sucio de la niña.

La elección de la maldita guardería había supuesto, por lo menos, tres días de pleito: Pamela quería que la niña asistiera a un jardín de niños privado; Pachi le hizo ver a su mujer que estaba demente si esperaba que él pagara una pequeña fortuna ahora que el niño, *su hijo*, estaba a punto de salirse. Había que pensar en los gastos; la niña podría quedarse en un centro subvencionado por el que no habría que pagar nada. Incluso accedió a acompañarla a visitar un par de establecimientos. A Pamela, por supuesto, le parecieron horrorosos, tristes y mal iluminados, pero acabó por elegir la estancia infantil Pitufines, la más cercana al barrio.

—En las otras parecía que los niños andaban dopados —le dijo a Pachi.

—¿Tú qué sabes, pinche Pamela? Tú jugabas de chica con marranos...

Pamela hizo una mueca. Pachi se anotó un tanto.

La guardería Pitufines tenía su sede en un caserón construido en los años cuarenta. Las virtudes arquitectónicas del lugar —los cuartos amplios de techos altos y ventanales que llegaban hasta el suelo— quedaban reducidas a la fachada, pues por dentro aquel sitio era un laberinto de cubículos de Tablaroca donde un centenar de chiquillos se repartían y apretujaban según su edad. El salón en donde tenían a la hija de Pamela era fresco pero carecía de ventanas: había una reja de madera en el umbral para impedir que los mocosos huyeran. Un mural de grotescos duendes azules llenaba las paredes, el mismo que adornaba el portón de la entrada.

Había llegado. Aporreó el metal, con el pecho silbante y la lengua de fuera. Los brazos y el rostro le chorreaban de sudor. Algunas gotas caían hasta el suelo achicharrante; se evaporaban en seguida.

Nadie respondió a su llamado. Volvió a golpear el portón, justo sobre la *f* de Pitufines, esta vez con más brío.

Una cabeza de pelos canos y lentes de fondo de botella apareció por entre los barrotes de la ventana de la casa contigua. Ceñuda, la vieja chistó en dirección a Pachi.

—Ya está cerrado —dijo con voz cascada, altanera.

Pachi chasqueó la lengua.

—Usted a lo suyo.

Odiaba a aquella mujer, la detestaba. Ahí estaba siempre, parada detrás de la ventana, todos los días a primera hora de la mañana cuando iba a dejar a la niña, y al mediodía cuando pasaba a recogerla; parada nada más, mirándolo todo con aquellos ojos de búho, infectando el aire de fealdad. Tenía una nariz ganchuda y pelos canosos, hirsutos que le salían de la nariz.

—Pelado... —dijo la vieja.

Pachi aporreó aún más fuerte la puerta con el talón de la mano. Copos de óxido se desprendieron de la plancha de metal y repiquetearon contra el riel interno.

—Ya van, ya van —dijo una vocecilla, del otro lado.

«Verga, la directora», maldijo Pachi.

Aquel repiqueteo de tacones diminutos era inconfundible.

Pachi se aplacó los cabellos con las manos; se secó el sudor del rostro con la parte baja de la playera. La puerta se abrió con un chirrido, apenas lo suficiente para que asomara el rostro de la directora, flaco y severo como el de una garza. Era muy baja, ni siquiera con zapatillas alcanzaba el metro cuarenta. Cuando hablaba con los padres de los niños alzaba la barbilla para poder mirarlos a los ojos, lo que le daba un aire petulante.

—¿Qué desea?

La afilada punta de su naricilla de muñeca apuntaba hacia Pachi. Las diminutas fosas nasales se expandían y contraían, olfateándolo.

«Pitufina», pensó.

Tuvo que cubrirse la sonrisa con la mano.

—Mire, este... Vengo por la niña Scarlett Melisa.

La mujer ni siquiera parpadeó.

—Joven, la hora de salida de los alumnos es de dos cuarenta y cinco a tres y cuarto de la tarde.

—Ya sé. Lo que pasa es que...

No supo cómo continuar. ¿Qué decirle a la mujer aquella? ¿Qué se había quedado dormido por fumar mota en ayunas? ¿Qué es lo que diría Vinicio, si estuviera en su lugar?

La mujer lo miraba, la boca ahora fruncida entre arrugas.

Cruzó las manos sobre el pecho.

—Tuve un, em, contratiempo y...

La mujer suspiró.

—La salida de los alumnos es a las...

—Oiga, ya sé. Quería saber si la niña...

—No puedo darle ninguna información sobre los alumnos.

—Coño, ¿no se acuerda de mí? Yo soy...

—Joven, ¿viene tomado?

Pachi dejó caer los brazos a los costados. Aquella mujercilla marchita era desesperante. Dio un paso atrás, ahora consciente del olor a cerveza rancia y marihuana que su aliento despedía.

La vieja de los lentes seguía parada junto a la ventana de la casa vecina. Sonreía, divertida, con su feo rostro pegado a los barrotes.

Pachi la ignoró.

—Mire, señora...

—Señorita —replicó la directora.

Aquello ya era demasiado.

Se llevó una mano a la frente.

Deténgase. No lo haga. Piense que con un golpe nada soluciona, dijo una voz en su cabeza.

Era la del locutor de los anuncios contra la violencia que trasmitían por televisión, durante su infancia.

—Mire, señorita, solo quiero saber si Scarlett Me...

—Ya le dije que no puedo darle esa información. Comuníquese con...

—¡Nada más dígame, puta madre!

La mujer le cerró el portón en la cara.

La escuchó alejarse por el pasillo de baldosas hacia el interior del recinto.

—Pinche vieja culera, mal cogida, pendeja hija de la chingada —vociferó Pachi.

Alzó el puño para golpear el portón pero se contuvo. En su lugar, arrancó el letrero de madera en donde se anunciaba el horario del establecimiento y lo arrojó hacia la cuneta.

Respire profundo, aconsejaba el locutor. *Cuenta hasta diez*.

—Cuenta hasta diez tu chingada madre —murmuró.

—Voy a hablarle a la policía —chilló la vieja de la ventana.

Pachi la miró con deseos de fulminarla, la vieja retrocedió; algo pequeño y sólido cayó de sus manos y pareció rebotar sin fin sobre el piso: un botón, una canica. Pachi se acercó a la ventana y la vieja desapareció tras el marco de una puerta. Estaba oscuro ahí adentró; las paredes lucían roñosas a causa de la humedad. Justo frente a la ventana estaba el lecho, la cama de la vieja: un delgado colchón sostenido por una base de madera de banano roatán. Ahí

dormía, la bruja metiche, con la oreja pegada a la ventana. Las sábanas estaban revueltas. El cuarto entero apestaba a caldo recocido.

Se apartó de ahí, asqueado, y fue a plantarse de nuevo frente al portón de la guardería. Miró los duendes azules: se abrazaban en medio de una alegre danza en torno a un hongo rojo con motas blancas. *Amonita muscaria*, solía decir Vinicio, con un guiño, cuando pasaban por el lugar. Pachi no entendía a qué se refería, pero el nombre se le había grabado.

El sudor que resbalaba por su frente le hería los ojos; intentó limpiarse con la playera pero esta ya estaba calada. El estómago le ardía, de hambre y de furia. La estúpida de Pamela tenía la culpa de todo. La niña qué; era tan lerda la pobre, que apenas se enteraba de nada, prácticamente era idiota. Pero Pamela era una aprovechada. ¿Por qué debía ser él quien pasara siempre por la niña? ¿Por qué debía él esperar bajo el sol a que se la entregaran, si ni siquiera era su hija? ¿Por qué no iba el verdadero padre a recogerla? ¿Por qué Pamela no le exigía al vato ese dinero para la manutención de la niña? Pamela se hacía siempre la tonta; decía que no sabía quién era el padre de la criatura: seguro mentía. En una de esas seguían hasta frecuentándose, pensó rechinando los molares. Total, ahí estaba el pendejo de Pachi que ponía todo su sueldo para pagar la renta, la luz, la comida de todos, hasta de esa niña ingrata que chillaba como energúmeno cada vez que pretendía cargarla.

Deténgase, no lo haga, dijo el locutor. *Con violencia nada se soluciona*.

«Pero qué bien se siente uno después», pensó Pachi.

Golpeó el portón con el puño cerrado, con la misma fibra que hubiera empleado para romperle la nariz a alguien —a la estúpida anciana en la ventana, a la directora cara de grulla, por ejemplo—, pero la única piel que reventó fue la de sus propios nudillos.

Sacudió el puño y se lo llevó a la boca. Chupar la herida lo calmó un poco. Decidió alejarse del lugar, no fuera que la vieja estuviera realmente telefoneando a la policía.

Caminó de regreso al parque. ¡Qué horrible estaba resultando aquel día! Su único día de descanso en quince días, estropeado por el egoísmo de Pamela. ¿No podía pensar en nadie más que no fuera ella y su horrible cría? Seguramente estaría saliendo ya del trabajo con dirección a casa de su madre, seguramente estaría ya maquinando su mezquina venganza. Esperaría a Pachi hasta la madrugada, de ser necesario, para echarle en cara su olvido y aprovecharía para reprocharle mil y un agravios más, reales o imaginarios.

Quizás su madre tuvo razón: fue un error casarse con Pamela.

—No serán felices —dijo ella, cuando Pachi anunció el embarazo.

—Pero quería coger; ahora se chinga —replicó su padre—. Que cumpla, que se case.

Había veces en que Pachi se despertaba por la madrugada y permanecía largo rato mirando el rostro de Pamela en la oscuridad. Extendía las manos para palpar su vientre tenso y sentir al niño que imaginaba flotando en una especie de globo tibio. Aquel niño pronto estaría afuera, pronto tendría que salir al mundo y enfrentarse con la realidad, y aquella certeza lo llenaba de angustia. Trataba de recordar alguna oración de las que tuvo que aprender de memoria para hacer la primera comunión pero, las palabras se arremolinaban sin sentido en la cabeza y terminaba susurrando algo como: «Dios mío, te lo suplico, haz que sea niño». Un niño vivaracho, de pelos chinos como los suyos, un niño que se llamara Francisco, como él. Un compañero, un aliado. Su hijo.

Llevaban ya tres meses intentando conocer el sexo del bebé, pero cada vez que el médico pasaba el cucurucho aquel por el vientre embadurnado de Pamela, la criatura, oronda, completamente formada ya, se daba la vuelta y les mostraba el trasero. Aquello hacía que la angustia de Pachi se aplacara un poco: un bebé tan despierto no podía ser hembra.

Caminó hacia la caseta de teléfono más cercana, en la esquina de la cuadra. Quizás si le hablaba a Pamela esta se tranquilizaría. Le pediría disculpas, aunque no fueran sinceras; ella siempre se contentaba al verlo contrito. Levantó el auricular y lo puso contra su oído. Marcó la mitad de los números y se detuvo.

«Que se joda», pensó.

Colgó el aparato.

Vinicio apareció en la esquina. Llevaba puestas las chanclas de Pachi, que le venían pequeñas y lo obligaban a caminar con los talones al aire y las pantorrillas tensas, arqueadas hacia afuera, como las mozas que aún no saben andar en tacones. Se veía ridículo.

Pachi lo señaló y soltó la carcajada.

—Cállate, pendejo —ladró Vinicio.

Los ojos le brillaban de la cólera, azules, fríos.

—Qué chula te ves cuando te encabronas.

—Toma tus pinches chanclas.

Se las aventó a los pies y comenzó a brincotear de un lado a otro.

Pachi se quitó los tenis y se calzó sus viejas sandalias. Sus pies no tocaron el suelo más que unos segundos y eso bastó para hacerle sisear. El suelo parecía comal.

—¿Y la niña?

—Pinche directora. No me quiso decir nada.

—Pero ya le hablaste a Pamela, ¿no?

Pachi sacudió la cabeza.

—Háblale, güey, para que te quedes tranquilo...

—Yo estoy tranquilo. Deja de chingar.

Vinicio hizo mutis.

Regresaron al parque por el lado sombreado de la avenida.

—Vini...

—¿Um?

Tenía que contarle algo, estaba seguro. ¿Qué era?

—Si es de lo Aurelia...

—Ya deja a esa vieja en paz, coño. Cálmate.

—¿Y luego?

—Deja que haga memoria...

Pero no pudo recordarlo.

Guardaron silencio cuando entraron en casa de Vinicio.

Las pupilas de Pachi, habituadas ya al fulgor diurno, se contrajeron de golpe en la oscuridad. Apenas podía reconocer los contornos de los muebles: el trinchador cargado de bibelots, el sillón de una plaza —donde el padre de Vinicio solía apoltronarse en ropa interior, por las tardes— sepultado bajo lo que parecía ser un montón de ropa sucia.

Siguió a Vinicio hasta la cocina. Estaba aún más sucia que la suya: cada superficie plana estaba atestada de cacerolas grasientas, platos bañados en salsa seca, vasos llenos de espuma colorida. Olía a cochambre, al tufillo perfumado del insecticida que la madre de Vinicio esparcía en el aire para espantar a las cucarachas. Olía a algo más: a plástico quemado.

Vinicio abrió el refrigerador: ahí adentro no había más que frascos de condimentos, envases desechables con restos de comida reseca y dos limones duros y grises. En la gaveta de las verduras había una botella de vodka, apenas con dos dedos de líquido.

Pachi jadeaba de sed. Estaba a punto de pegar la boca al grifo cuando Vinicio le alcanzó un perol de agua hervida. El agua estaba fresca; tenía ese gusto recocado que le recordaba a las tazas de peltre de su infancia, a las mamaderas de hule de la niña. Hubiera preferido un buen vaso de cerveza fría pero no podía quejarse: el agua alivió su garganta reseca y disipó la sensación de que las células de su cuerpo se encogían.

Buscó el bulto del billete sobre la tela de las bermudas pero no lo halló. Seguro se habría ido al fondo del bolsillo. Metió las manos hasta el fondo. Nada. «¿Cómo era posible tener tan mala suerte en un día?», pensó, aterrado: si el billete se le salió del bolsillo durante la carrera estaban perdidos.

Se dio cuenta de que la madre de Vinicio estaba en el patio: podía escucharla canturrear en voz baja, mover cajas, rasgar papeles. Miró a Vinicio mientras este bebía de la jarra y su gañote se estremecía. Aún se le notaban los moretones del dengue en el cuello, manchas de color verde pálido que fueron púrpuras en el paroxismo de la fiebre. Vinicio había estado a punto de morir, pensó Pachi. Tuvo ganas de abrazarlo, pero se contuvo.

Vinicio dejó el perol sobre la estufa apagada. Tenía la barba salpicada de gotas.

—Huele a quemado... —dijo, pensativo.

Pachi olisqueó el aire.

—Sí. Como a plástico quemado.

Vinicio se asomó por la puerta. Pachi lo siguió.

La madre de Vinicio estaba ahí, vestida apenas con una vieja playera de algodón color cielo. El pelo, áspero y desaliñado, le cubría el rostro mientras se inclinaba sobre una montaña de cajas y ropa que le llegaba a la cintura. Los ojos de Pachi recorrieron los objetos amontonados hasta llegar a la cima de la pila, coronada por la reproducción a escala de una carabela española.

—El barco pirata —suspiró Pachi, con tristeza.

Era del padre de Vinicio; él mismo lo había construido, sacando las piezas de una caja enorme que le llegó por correo. Jamás dejó que los chicos tocaran la madera cuidadosamente aceitada ni los prístinos cordeles de su velamen. Ellos fantaseaban, de pequeños, con robar aquella réplica a escala de la carabela y hacerlo navegar en la fuente del parque.

—Madre —ladró Vinicio.

Pero ella no le prestó atención. Retorcía algo entre sus manos: una plana de periódico que encendió con el mechero y luego arrojó sobre la pila. Las llamas azules se alzaron con un soplido, llenando las narices de Pachi con el hedor del petróleo.

Vinicio corrió hacia la pira. Las flamas se alzaban, rojas ya, amarillas. Intentó meter las manos pero la tela comenzó a encogerse y chamuscarse. La señora ni siquiera los miró; siguió revolviendo objetos con un palo de escoba para que ardieran mejor.

Vinicio se acercó a sacudirla.

—¡Madre!

—¡Déjame! —gritó ella.

Miró a Vinicio con ojos furiosos; su amigo se encogió, presa del miedo. Pachi se sintió obligado a desviar la mirada.

—Mamá —lloriqueaba Vinicio.

Intentó apartarla de las llamas pero ella lo rechazó.

—¡Que te largues! —le dijo, alzando el palo de la escoba.

Pachi se acercó a Vinicio; lo sujetó con rudeza del codo. La mujer dio un paso hacia ellos. Los párpados le temblaban y sus piernas desnudas se tensaban para el ataque. La escena, que en cualquier otro momento le hubiera parecido ridícula —la madre de su mejor amigo, en paños menores, persiguiéndolos por el patio con un palo de escoba izado sobre su cabeza, como un garrote— le produjo repugnancia.

—Déjala —murmuró a Vinicio.

Intentó llevarlo a la cocina. Los pies de su amigo se resistieron. Tenía la mirada clavada en la fogata, en el humo oscuro, maloliente que ya rebasaba las paredes del patio.

—Vámonos —insistía.

—Está loca —gritó Vinicio.

—Déjala.

Su amigo luchaba para contener la pena: el rostro se le puso colorado y la nariz se le arrugaba y distendía. Pachi tuvo que desviar la mirada cuando vio el atisbo de las lágrimas.

—Las cosas de mi padre. Su ropa, sus fotografías...

Pachi le puso una mano en la espalda. Sus propios ojos se humedecían.

Vinicio fue hacia el refrigerador. Tomó la botella de vodka y la destapó. Pachi se la arrebató de los labios antes de que la vaciara.

El sorbo de alcohol helado le quemó los labios.

—Quiero más —dijo Vinicio.

Pachi asintió.

—Vamos al parque —propuso.

Vinicio se dirigió a la sala. Pachi lanzó una última mirada al patio. La madre de Vinicio, acucillada junto a la fogata, contemplaba las llamas con insana alegría. Estaba tan cerca de la pira que en cualquier momento, parecía, los cabellos colgantes comenzarían a chamuscársele.

2

Sobre la cama, bocarriba, Andrik soportaba la inspección del hombre.

—Te dije que te afeitaras.

—Pero pica...

—Si lo haces bien no.

Las manos del hombre recorrían su ingle en busca de erupciones. Lo pellizcaba hasta hacerlo gritar cuando hallaba una.

—¡Duele!

—Cállate...

El chico apretaba los dientes.

—Duele mucho...

—Ya, ya salió. Mira.

Un punto de pus sólida, algo verdosa, coronaba la uña de su índice.

—Es para que no se te infecte.

El hombre se limpió en las sábanas y prosiguió la inspección hacia el sitio en el que su piel se tornaba más oscura y esquiva. El chico cerró los ojos y esperó el siguiente pinchazo.

Aquello de afeitarse la entrepierna era nuevo para él. El hombre se lo hizo la segunda noche. Al principio la sensación fue agradable: el roce de la ropa interior contra la piel tersa, desamparada, lo mantuvo excitado por horas. Pero cuando el vello comenzó a brotar de nuevo llegó la comezón avasallante. Se rascaba con tanta ansia, a dos manos, que los cañones que crecían en su ingle sangraron y se infectaron.

El hombre lo reñía pero no abandonaba aquella manía de seguirlo con la cuchilla de afeitar hasta el baño, cada dos días. Andrik no entendía su necesidad. Se deshacía también de los manojos de vello castaño bajo las axilas del chico y hasta del senderillo de pelos que le trepaba del pubis al ombligo. Eso sí, la pelusa blanca que tapizaba sus mejillas y nuca quedó intacta.

—Ya —gimoteó Andrik.

—Ya casi...

El hombre no llevaba camisa: su pecho y hombros estaba cubiertos de vellos negros y rizados que despedían un intenso olor a almizcle. Él sí se afeitaba el rostro por la mañana; para la tarde ya tenía barba. Le gustaba frotarla contra la piel del chico, dejarle los labios hinchados por el roce áspero de aquellos pelos duros como lija. Su cabello, en cambio, era tan delicado y

en algunos puntos —en la coronilla, sobre la frente— era solo una capa de pelusa. La piel debajo lucía siempre tierna y rubicunda como la de un crío. Era tersa al tacto pero el hombre odiaba que la tocara, y lo golpeaba para recordárselo.

«Lo que le falta en la cabeza, le sobra en el culo», pensó Andrik.

Se le escapó una risita.

—¿Qué?

El hombre lo miró con desconcierto. No llevaba puestos los lentes y sus ojos, así desnudos, eran mansos, casi indefensos.

—Nada —dijo el chico.

—Dime.

Andrik sacudió la cabeza. Al hombre no le gustaría que mencionara su calva. No podía bromear con eso.

El hombre le picó los costados.

—Dime...

Sonríe, ordenó la voz.

Andrik lo hizo.

El hombre estaba ya encima de él.

—Te comieron los bichos, pobre nene —dijo.

Le pasó la boca por el pecho.

—Date la vuelta.

Andrik se giró en la cama. Apoyó la mejilla sobre los brazos cruzados, con cuidado para que la herida del labio no protestara. La cama crujió cuando el hombre cambió de posición; ahora no podía verlo. Sobre la puerta del armario se reflejaba el fulgor pálido de la ventana pero no la sombra del hombre.

Sintió el soplo fresco del ventilador en los riñones.

El hombre comenzó acariciando la parte interior de los muslos del chico. Sus manos trepaban por sus nalgas con el dorso y bajaban sudorosas, enterrándose en la carne, como queriendo ablandarla.

Andrik suspiró. Sería lo mismo de nuevo.

Algo está mal.

«Otra vez, no», pensó.

—¿Te gusta?

El hombre acercó la boca para lamerlo. Esparció la humedad con los pulgares.

«Nada está mal», pensó. «Ya me perdonó».

Aún no.

Uno de los pulgares desapareció hasta la base.

—¿Te gusta?

—Sí —gimió el chico.

Y no te perdonará jamás.

«Pero me hizo mierda», pensó el chico. «Quería matarme».

Los camioneros que le pegaban a su madre se quedaban más tiempo en la casa, a veces un día entero. Y eran los que la hacían gritar más en la cama; eso siempre la ponía contenta.

La uña del dedo le lastimaba. Se removió para rechazarla, para acomodarse la erección. Alzó las caderas y se topó con la del hombre.

—¿Ves cómo me tienes?

Estaba hinchado, suave a lo largo, áspero ahí donde había vellos. Quiso tocarlo, tocarse, pero el hombre le sujetó la mano.

—¿A dónde, chiquito hermoso?

—Chúpamela —suplicó el chico.

Pero el hombre ya estaba encima de él y le llenaba la oreja con su aliento. Olía a enjuague bucal pero, de nuevo, había una nota oscura: pescado en salmuera, en vinagre.

«Lo mismo de siempre», pensó el chico.

Díselo.

—Eres mío —decía el hombre—. Te tengo.

Díselo.

—Soy tuyo —gimió el chico.

El hombre bramó. Buscó la boca del chico, le lamió la herida.

—Otra vez; dilo otra vez... —siseaba.

—Soy tuyo, tuyo, tuyo —gritó el chico con cada embestida.

Cuando el hombre estuvo listo, se arrodilló frente al rostro de Andrik y le pidió que abriera la boca.

«Lo mismo», pensó el chico.

El hombre siempre quería abrazarlo después. Lo apretaba entre sus brazos y lo mecía, lo que acababa por arrullarlo a él mismo. Esta vez incluso le cabalgó las caderas con una de sus piernas y apoyó su rostro contra la nuca del chico. El aire caliente que provenía de sus labios entreabiertos hizo que su cuello sudara.

Andrik no se movió hasta que el hombre empezó a roncar. Le dolía la orilla de la boca. Debería pararse y tomar más aspirinas; quizás luego se sentaría en el borde de la cama a ver televisión, con el sonido apagado, hasta que hicieran efecto. Pero el hombre no le permitía escabullirse; apenas lo

sentía moverse y se apretaba, aún rígido y palpitante, contra él, y sus brazos le oprimían el pecho, y el chico tenía que detenerse para no alentarlos.

Miró las aspas del ventilador girar con premura, pero él apenas podía sentir el fresco, envuelto en el calor de la piel del hombre. Los ojos se le humedecieron: aquello era tortura, aquello era el castigo del que la tía Idalia hablaba cuando le dejaba caer encima —sobre el rostro, o el lomo, o lo que tuviera más cerca— la fuerza de sus manazas engañosamente flácidas y torcidas. Lo ponía a rezar, todos los días, de hinojos frente al Cristo que dominaba el altar de la cómoda. Andrik no sabía rezar, no lograba aprenderse las palabras de memoria. La tía, que tampoco las conocía completas, se contentaba con oírlo bisbisear al mismo ritmo que ella, con los ojos fijos en la imagen. Los ojos dorados del Cristo le parecían hermosos; le recordaban a los de Esteban. Aquella barba castaña olería seguramente a lo que huelen las cosas sagradas: a ese humito que soltaban en la iglesia. Seguramente se sentiría bien contra la piel de su vientre, contra la del interior de sus muslos. Andrik nunca había estado con un hombre barbado y no dejaba de imaginar el color y la textura de la piel que se ocultaba bajo la túnica, lo que confirmaba lo que la tía decía: estaba sucio por dentro, estaba tocado por el diablo.

El hombre se estremeció en sueños. ¿Se daba cuenta de que pensaba en otros? Cerró los ojos e hizo la prueba: pensó en los amantes de la rotonda; de ellos ya no parecía recordar a nadie más que al muchacho que le había orinado encima. Volvió, de mala gana, a Esteban: pensó en su piel pálida en la oscuridad del huerto, la única vez en que Andrik logró verlo sin camisa, entre las piernas levantadas de aquella horrible chica que no dejaba de lloriquear. Él hubiera dejado que Esteban lo poseyera, no habría puesto remilgos, incluso si Esteban se hubiera negado a chupársela.

Pensó también en Zahir, en su mirada mansa. Lo alejó de su mente para no llorar: quizás jamás volvería a verlo.

El hombre gimió de nuevo y se estrujó contra él. Andrik ahogó un quejido.

Eres suyo, tú lo dijiste.

«Me matará», pensó. «Jamás confiará en mí».

No lograba recordar si el hombre había recogido la pistola. Seguro lo había hecho y ahora estaba guardada en algún lugar de la casa, esperando el momento para usarla de nuevo, quizás cuando Andrik estuviera dormido.

Quizás incluso ya tenía otro chico en la mira. Alguien más joven, más guapo...

Todos son iguales.

Cerró los ojos.

Pensó que sería bueno poder dormir durante un año, dormir lo que le quedaba de vida. O mejor aún, desaparecer, desvanecerse en el aire.

—¿En serio no has ido nunca?

Andrik sacudió la cabeza.

Esteban, con los ojos de gato somnoliento, enrojecidos por la quinta cerveza, hablaba de la feria de Carrizales, la que se instalaba cada año en el campo de béisbol.

—¿No quieres ir? ¿El sábado?

El sábado era cumpleaños de Andrik, pero Esteban no sabía.

—¿De verdad?

El chico no podía creerlo.

—De verdad.

—¿En tu camioneta?

Esteban era dueño de la única camioneta con placas de Texas de los alrededores: un mastodonte herrumbroso que corría a diésel y levantaba nubes de polvo sobre el asfalto ardiente de la carretera.

—Vamos —dijo Esteban.

Vaciaba una botella de cerveza detrás del mostrador, sentado sobre una caja de atún en lata. Andrik, de pie junto a la caja, atendía el tendajón. Esteban tenía permiso de beber ahí; la madre de Andrik no estaba dispuesta a perder un cliente tan generoso pero tampoco meterse en problemas con el padre de Esteban: le había prohibido la bebida a su hijo después de que este cayera enfermo por culpa de un tequila adulterado.

Andrik tuvo ganas de preguntarle a Esteban el por qué de la invitación, pero le ganó la vergüenza y el nerviosismo de estar tan cerca de él. Su camisa despedía un aroma leñoso, como a resina fresca. Sus pantalones, manchados de grasa y yerba, estaban empapados de sudor; podía olerlos cuando Esteban se movía.

Apenas se atrevía a mirarlo, ahí, a su lado, tan cerca de sus piernas.

—Paso por ti, mañana a mediodía —decía.

Andrik quiso ocultar su sonrisa agachándose para recoger los cascos vacíos.

—¿Lo dices en serio?

Esteban le guiñó un ojo.

Cuando se marchó, Andrik corrió a la cocina con las botellas vacías apretadas contra el pecho. El hervor del chile guajillo le golpeó los pulmones cuando atravesó el umbral, le hizo estornudar un par de veces. Un enorme

cazo de peltre bullía sobre la flama alta de la estufa. Su madre fumaba junto a él, los ojos fijos en el hervor.

—No —respondió, después de escuchar sobre la invitación a la feria.

—¿Por qué no? —gritó el chico.

—No me da buena espina.

Andrik suplicó: el sábado era su cumpleaños; la colada ya estaba hecha y el patio desbrozado de maleza. Ella podía hacerse cargo del resto: no lo necesitaba. Además, tenía tantas ganas de subirse a los juegos mecánicos: la rueda de la fortuna, el látigo, las sillas volantes cuyas luces solo había atisbado desde la ventanilla del autobús que los llevaba al pueblo, Esteban pasaría por él y lo traería de vuelta. Ni siquiera tenía que darle dinero: Andrik rompería su alcancía, rebosante de pesos y centavos.

—Dije que no.

El humo que salía de su boca alcanzó el rostro del chico.

—Por favor —lloriqueó Andrik.

La mujer le lanzó el cucharón con el que revolvía la salsa. El chico logró agacharse pero el filo del peltre le golpeó la oreja izquierda y salpicó de caldo ardiente el costado de su cara. Dejó caer las botellas al suelo y corrió hacia la recámara, donde permaneció encerrado el resto de la tarde.

Su madre no entró al cuarto sino hasta bien pasada la medianoche.

—Solo, siempre estoy solo, por eso no tengo amigos —le gritó el chico, hundido entre las almohadas.

Al pie de la cama, ella se quitaba el delantal; llevaba una blusa de algodón debajo y unos pantalones cortos, nada más. Comenzó a cepillarse el cabello frente a la luna del tocador. Rollos de grasa se marcaban contra la delgada tela de su blusa. Hacía meses que engordaba sin parar. Andrik sintió deseos de decírselo, hacerle daño con palabras, pero se lo impidió el hueco en su garganta, una cavidad como horadada por un fierro al rojo vivo. Se dio la vuelta, se metió el pulgar en la boca y cerró los ojos.

Minutos después la sintió echarse a su lado, cubrirse con la sábana. Espalda con espalda, los dos guardaban silencio pero ninguno dormía.

Afuera, los grillos cantaban. Ni siquiera los ruidos de los camiones de carga conseguían silenciarlos.

La respiración de su madre se tornó entrecortada. Lloraba.

El chico se dio la vuelta e intentó hundir su nariz en la cabellera de su madre.

—No me toques —gritó ella.

—Mamá...

—Lárgate, si es lo que quieres. Lárgate.

El dolor en la voz de ella oprimió el pecho del chico.

—No digas eso...

—No te necesito.

Sus sollozos sacudían el delgado colchón.

—Mami, perdóname.

Los dedos de Andrik se hundieron en la espesa melena de su madre. Sintió cómo el cuerpo de ella se tensaba bajo el contacto.

—Déjame —jadeó.

El chico se inclinó para besarle la base de la nuca. Ella lanzó un chillido de furia y dejó caer sus puños cerrados sobre el chico. Buscaba su cara, sus mejillas, su vientre, las partes menos duras de ese cuerpo que era todo ángulos, carne de niño sobre huesos que comenzaban a engrosarse. Andrik solo atinó a cubrirse el rostro, protegerse los ojos de aquellas uñas que dejaban surcos escarlata a lo largo de sus brazos, todo terminaría pronto, si permanecía quieto, si no ofrecía resistencia.

Un bocinazo la hizo detenerse. Alguien aporreaba la puerta cerrada de la fonda. Su madre se levantó del lecho, abrió uno de los cajones del tocador y salió del cuarto con una tira de pastillas en la mano. Los camioneros le pagan diez pesos por cada una de ellas. Era el medicamento que el doctor del dispensario le recetó para los ataques de angustia.

La escuchó bromear con los trailers. Habían encendido la luz de la cocina; el chico podía ver su resplandor a través de la puerta entreabierta. Alguien, seguramente su madre, destapaba botellas de cerveza y encendía la radio. Andrik se arrastró hacia su lado de la cama y, haciéndose un ovillo, lloró hasta dormirse.

En algún momento de la madrugada, cuando ya los gallos llenaban el aire tibio con su canto metálico, ella regresó a su lado. Se inclinó sobre el chico para besarle los rasguños de la espalda y cara, para susurrar disculpas entrecortadas por el hipo, pero él fingió dormir. Esperó a que ella comenzara a roncar para levantarse.

Amanecía cuando salió al patio a lavarse. La mañana olía a chamusquina: faltaban semanas para que la zafra concluyera. Miró el solar que se extendía detrás de la casa: el zacate que lo cubría lucía frágil, sediento. El dueño no permitía que nadie entrara a aquel terreno, ni siquiera para segar las matas doradas. Ningún incendio había ocurrido aquel año, afortunadamente.

Se desnudó junto a la pileta de agua, fría a causa del sereno. La tierra alrededor del viejo gallinero estaba mojada, lodosa a causa de los orines de

los trailers: más tarde tendría que verter un cubo de agua clorada en el sitio, antes de que el calor dispersara su peste hacia el interior de la casa.

Su madre se removía inquieta en el lecho. Gemía, atrapada en el sueño superficial y resquebrajadizo de la borrachera. Con un ojo puesto en ella y otro en el contenido de su gaveta, Andrik eligió su atuendo: el único pantalón de mezclilla que poseía —en la fonda siempre andaba en pantalones cortos; el calor detrás del mostrador era insoportable por las tardes—, una camisa a cuadros que le venía justa de los hombros y los zapatos que Boris, el último novio de su madre, había olvidado antes de partir para Reynosa. Le venían grandes pero servirían; no podía ir a la feria en sandalias y tampoco era como si Boris fuera a regresar a reclamarle: seguramente ya habría pasado por esta misma carretera sin detenerse a saludar a su madre; seguro ya tenía otra en algún pueblo cercano. Cepilló su cabello negro con el cepillo de su madre; pensó en aplicarse laca para fijar el remolino rebelde de su coronilla, pero tuvo miedo de que el siseo del aerosol la despertara.

A las doce y media la camioneta amarilla se estacionó en batería frente a la fonda. El crujido de la grava suelta bajo las llantas alertó al chico. Corría a través del patio cuando escuchó la bocina. Con las tripas en la garganta, se acercó al vehículo; Esteban, con ojeras de trasnochado pero la cara limpia, recién afeitado, sostenía la puerta del piloto abierta.

—Trepas por aquí, la otra no sirve.

Andrik no quería mirar hacia atrás: le parecía que su madre, aún en paños menores, saldría de la casa en cualquier momento. Pero Esteban, ajeno a sus terrores, hizo retroceder la camioneta lentamente. Minutos después ya avanzaban sobre la carretera.

Las tripas de Andrik no regresaron a su sitio hasta que la fonda desapareció tras una curva.

El interior de la camioneta era amplio. La tapicería, roñosa, ausente en algunos sitios. Olía a gasolina ahí adentro. A aceite de auto y a la colonia de Esteban, diluida en el aire oloroso a zacate quemado.

—Cuando junte dinero, le pondré estéreo —dijo aquel, como disculpándose.

Hacía meses, desde su expulsión de la escuela, que Andrik no se alejaba del paradero en el que su madre había establecido su tendejón, junto a dos restaurantes paupérrimos y una caseta de lámina en donde habitaba un anciano experto en talachas. Desde la ventanilla abierta de la camioneta contemplaba con sorpresa la cantidad de comercios nuevos que se levantaban

al borde del camino. Una flamante gasolinera, con las bombas aún envueltas en plástico, se levantaba en el estéril terreno del viejo potrero.

—Esa la acaba de poner mi tío Enrique —gritó Esteban, para hacerse oír por encima del rugido del viento.

—Está bonita —dijo Andrik.

Luego calló, sintiéndose estúpido.

—¿En serio nunca has ido a la feria?

Miró a Esteban de reojo: conducía con un brazo fuera de la ventanilla. Para hacer los cambios soltaba, por algunos segundos, el borde del volante.

—Nunca.

—¿Por qué?

Andrik se encogió de hombros. Ni su madre ni sus novios lo habían llevado.

—Esta feria lleva mil años viniendo al pueblo, no puedo creer que nunca hayas ido. Se pone rebuena. ¿Te gustan los gallos?

Andrik jamás había ido a un palenque pero asintió al percibir la mirada de Esteban sobre su rostro.

—La banda se va a alucinar cuando te vean conmigo —rio Esteban.

Andrik se llevó una mano a la boca para ocultar su sonrisa. No quería que Esteban viera el hueco en donde apenas asomaba la punta de un colmillo; hacía pocos meses que se le había caído aquel diente, el último que le quedaba de leche.

Justo antes de entrar al pueblo, la camioneta abandonó la carretera y se internó en una brecha flanqueada por árboles de mango cuyas robustas copas tapaban la ardiente luz del día. Un grupo de cuatro casas cerraba el camino de terracería. Una manada de perros salió de un sendero. Las bestias, robustas como lobos, rodearon el vehículo. Andrik tuvo que alejarse de la ventanilla: los perros saltaban e intentaban morderle con sus fauces sucias de arena.

Estaban hizo sonar la bocina tres veces. La puerta de una de las casas se abrió y los perros corrieron hacia ella. En el umbral apareció un muchacho gordo, vestido también de mezclilla y camisa a cuadros, sin sombrero. Sus cabellos rizados brillaron bajo el sol, casi rubios, cuando cruzó el patio hacia la camioneta. Los perros retozaban alrededor del gordo; lanzaban gemidos agudos e intentaban lamerle las manos. El chico los espantó a patadas en las costillas.

Esteban abrió la puerta y descendió para que el chico trepara a la camioneta. Su cuerpo, pesado pero fofo, aprisionó a Andrik contra la ventanilla. Tosió secamente y sacó una cajetilla de cigarros del bolsillo

delantero de la camisa. Encendió uno mientras la camioneta daba la vuelta para volver a la carretera. Solo cuando se inclinó para arrojar la cerilla consumida por la ventana pareció percatarse de la presencia de Andrik.

—¿Y ahora, traes chalán? —le preguntó a Esteban.

—Es el hijo de la Yola —respondió este.

—Ah, chingá.

El rubio lo miró. Tenía ojos negros, ruines.

—¿Cuántos años tiene? No lo van a dejar pasar...

—¿Cuántos años tienes, *morro*?

—Trece —dijo Andrik, con orgullo.

—No mames, Esteban...

—¿Qué? —dijo aquel, con una sonrisa—. Es un morro chido. A veces me fía las chelas...

El gordo gruñó y continuó fumando. Cada vez que extendía el brazo para arrojar la ceniza afuera su codo rozaba el esternón de Andrik. Una pesada esclava de oro aderezaba su muñeca. Olía bien: a cáscara de limón, a flores de azahar.

—¿Y qué, eres mudo?

Esteban lanzó una carcajada.

—A ver, di algo, aborigen —lo pinchó el gordo.

Andrik se hundió en el asiento.

—Te pasas, Sáenz.

El codo de Sáenz se recargaba, ya descaradamente, contra las costillas de Andrik.

—Tú te pasas. ¿Qué van a decir cuando nos vean con este? Mírale la cara, las greñas.

De un capirotazo, Sáenz hizo volar la colilla fuera del auto; Andrik la miró girar sobre la carretera a través del retrovisor. Se miró a sí mismo en la superficie salpicada de lodo del espejo: su peinado no había resistido el embate del aire y las greñas lacias le azotaban el rostro moreno. Su piel, comparada con la de Sáenz, le pareció casi negra. Lo único claro de su rostro eran sus ojos, casi verdes a la luz del mediodía, y sus dientes; pero esos no podía mostrarlos por culpa del vergonzoso hueco.

Esteban y Sáenz hablaban de gente que Andrik no conocía. El nombre de una chica, Laura, salía a relucir constantemente.

—¿No vamos por ella?

—No va. Está en Córdoba con sus primos.

Sáenz lanzó un gruñido.

—Te está viendo la cara de pendejo...

—No, los conozco.

Sáenz resopló con escepticismo.

—Bueno, al menos estará allá la Rosina.

—¿La *porcina*?

Los chicos rieron.

—Pinche Esteban, ya arrégale el escape a esta mierda. Suenas como repartidor de tortillas.

—Si no te gusta, bájate, cabrón.

—Puto, si tuviera mi camioneta...

—¿No la has arreglado?

Sáenz resopló.

—El pendejo de mi papá no le quiere meter varo. Según me está dando una lección, para que ya no maneje pedo.

Esteban sacudió la cabeza, solidario.

Entraban al corazón del pueblo. Guirnaldas de plástico picado colgaban sobre las calles. Las puertas de las principales casas estaban abiertas, las aceras bullían. Una multitud de mujeres abarrotaba el atrio de la iglesia; llevaban en las manos ramilletes de flores, veladoras encendidas y estatuillas de santos que acunaban contra sus pechos. Corrillos de indios que tiraban de vacas y borregos retrasaban el flujo del tráfico: todos se dirigían al campo de béisbol del pueblo, donde se celebraría la feria. Andrik ya podía ver la cumbre de las carpas azules, las estructuras de los juegos mecánicos, sus nombres de fantasía formados por cientos, miles de focos multicolores que, apagados durante el día, lucían negros, pero que al caer la noche refulgirían en el cielo y competirían con el brillo de los astros.

Aparcaron la camioneta en un baldío cercano a la feria y caminaron hacia las carpas. Andrik se decepcionó al descubrir que los juegos mecánicos aún no funcionaban. Sus ojos recorrían, voraces, la trama de rieles y tubos herrumbrosos que se levantaba en el centro de la feria. La música tropical llenaba sus oídos. Los pasillos estaban llenos de obreros en galas de domingo, de mujeres que bebían cerveza en vasos de plásticos, de críos con las bocas pringadas de helado. Los puestos de comida eran los únicos abiertos. El olor de las frituras le abrió el apetito; se llevó la mano al bolsillo para tantear las monedas que ahí guardaba: cincuenta y ocho pesos en pura morralla.

Se acercó al vendedor de algodón de dulce. Siempre había querido probar de esa nube formada por cristales diminutos y ahora no atinaba a decidirse por un color: el rosa lucía más apetitoso pero pensó que Sáenz lo tildaría de

marica, así que eligió uno azul. Mientras contaba las monedas sobre la palma, lanzaba miradas nerviosas al final del pasillo: Sáenz y Esteban discutían frente a un puesto de tiro. Quitó con emoción la envoltura de plástico que cubría el dulce y enterró el rostro en la nebulosa color de cielo. Las hebras de azúcar se deshicieron en contacto con la humedad de su boca, de modo que se encontró mordiendo el aire. Lamió una parte del algodón hasta derretirla en grumos de miel azul oscura; la fue chupando mientras caminaba: sabía dulce pero era algo decepcionante.

Llegó al puesto de tiro al blanco pero ni Esteban ni su amigo estaban ahí. Avanzó hacia los otros puestos, sin reconocerlos entre la muchedumbre. ¿Lo habrían abandonado a propósito? ¿Tanta vergüenza le producía su compañía a Esteban? La dulzura del algodón terminó por asquearlo, así que lo dejó caer al piso.

Deambuló por la feria con los ojos húmedos, a punto de las lágrimas, y el pecho oprimido de tristeza. No los veía por ningún lado. Pensó en treparse a una de las vallas que encerraban los juegos mecánicos para ver si desde las alturas lograba distinguir a sus amigos.

Tus amigos, rio una voz en su cabeza.

Sonaba bastante parecida a la de su madre.

Tropezó con uno de los cables que atravesaban el suelo de tierra, pero alguien lo sostuvo del hombro; una muchacha, disfrazada de gitana, le sonreía. Su boca estaba llena de dientes muy largos enclavados en encías negras, labios untosos de carmín brillante.

—Ven.

Andrik sacudió la cabeza.

—¿No quieres ver a la mujer serpiente?

Tiraba de su brazo hacia el interior de un maltrecho remolque.

—Son solo cinco pesos la entrada.

Andrik miró el dibujo sobre el costado del vehículo: una boa gigante con cabeza de fémina, lengua bífida y largos cabellos enmarañados.

—No quiero.

—Te dirá tu suerte.

—Suélteme...

—Tu futuro, niño... ¿no quieres conocerlo?

Andrik tiró con fuerza y corrió de nuevo hacia la multitud. Pasó junto al hombre de los algodones, frente al puesto de bebidas frescas y la caseta de tiro. Esteban y Sáenz estaban a un lado, junto al puesto de comida. Sáenz devoraba una salchicha gigante.

—¿Dónde estabas? —Le reclamó Esteban.

Sáenz aprovechó que Esteban no miraba para propinarle una patada en el trasero a Andrik.

—Imbécil —murmuró entre dientes.

Adentro de la carpa estaba más fresco. Un graderío de ocho niveles rodeaba la arena del palenque, un círculo formado con pacas de paja. El aire ahí adentro olía a plumas ensangrentadas, gallinaza, al sudor agrio de los campesinos ya ebrios. Treparon las gradas y tomaron asiento. Un hombre de vientre voluminoso y cabeza rapada se acercó a preguntarles:

—¿Cuánto juegan?

—Quinientos al *Jumper* —replicó Sáenz, extendiéndole un billete morado.

—¿El *Alacrán*?

—Ea.

Los amarradores saltaron a la pista. Llevaban a las inquietas aves bien sujetas en las manos. El árbitro, un mulato vestido con una camisa inmunda, revisó a los animales antes de permitir que los toparan. Andrik se decepcionó de la fealdad de los gallos; les habían cortado las crestas, las golillas, las plumas del lomo y de la cola. Con las piernas y los pescuezos desnudos parecían zopilotes de rastro.

—Quinientos varos. Qué pendejo eres, Sáenz. Mejor invita las cervezas...

—Cállate y aprende, chamaco —reviró aquel, con los ojos clavados en la pista.

—¿Qué es un *yomper*? —susurró Andrik.

No quería que Sáenz se percatara de su ignorancia.

—El colorado, creo —respondió Esteban en su oído. Su aliento olía a fruta dulce. Sus caras estaban tan cerca que hubiera bastado que Andrik frunciera los labios para plantarle un beso en la mejilla.

El grito de Sáenz lo sacó de su ensueño. Andrik volvió la vista al ruedo pero no alcanzó a ver el final de pelea, solo el chisguete de sangre que manaba del cuello reventado del gallo blanco y que manchaba sus plumas y la arena.

Esteban y Sáenz estaban ya de pie. Se abrazaban de los hombros y gritaban, igual que los demás ganadores.

El amarrador se acercó al cuerpo aún trémulo del gallo giro, y tomándolo del pescuezo, lo arrojó fuera del ruedo, hacia el montículo de patas tías y picos quebrados que mosqueaba en un rincón junto a las gradas.

—Eres verga, pinche Sáenz —dijo Esteban.

Palmeó el lomo del rubio mientras este recibía un fajo discreto de manos del corredor de apuestas. Luego hizo un gesto al chico que recorría las gradas con una cubeta llena de cervezas al hombro.

—Salud por el *Alacrán* —dijo Sáenz.

Andrik no pudo evitar un mohín al dar el primer trago a su vaso. Estaba tibia y espantosamente amarga pero apuró el vaso de plástico hasta engullir la mitad del contenido.

Esteban eructó ruidosamente.

—¡Borracho! —graznaron, al unísono, dos chicas que trepaban las gradas hacia ellos.

Una de ellas, la más baja, se agachó para besar a Sáenz en la mejilla. Sus senos, dos bultos de carne dorada, sobresalían tan notoriamente que Sáenz les puso las manos encima. La chica le propinó manotazos pero se veía contenta. La otra, vestida de falda, llevaba los cabellos teñidos del color del zacate quemado y peinados en rulos tiesos. Puso una mano de largas uñas en el hombro del Andrik y se metió entre él y Esteban. Olía a perfume y a nicotina.

Los hombres de las gradas inferiores se volvieron para mirar a las chicas. Esteban abrazó a la suya por la cintura. Sáenz pidió más cervezas al chico de la cubeta.

—Salud por las mujeres guapas —brindó Esteban, zalamero.

Andrik alzó su vaso pero nadie lo chocó. La chica le daba la espalda para hablar con Esteban.

Andrik comenzaba a sentir el mareo del alcohol, pero no acaba de decidir si era o no agradable. Sentía el vientre lleno de líquido burbujeante. Se llevó una mano a la oreja y oprimió su lóbulo entre las uñas. Apenas sintió algo; era como pinchar la carne de un desconocido. Soltó una risilla. Los chicos se volvieron a mirarlo.

—Ya está pedo —dijo la de los pelos pintados.

—Qué va a ser...

—Chúpale, a ver si se te quita lo joto —dijo Sáenz, poniéndole el cuarto vaso en las manos.

Andrik bebió para no ver cómo la mano de Esteban se colaba bajo la abertura de la falda de la chica.

Era ya de noche cuando salieron del palenque. Las luces de la feria, borrosas y magnificadas, le hicieron entornar los ojos. Esteban y Sáenz se internaron por los pasillos, abrazados de las mujeres.

Andrik los siguió de cerca, luchando por caminar erguido. Sentía que la gente lo miraba con burla. Tenía la vejiga dolorosamente llena pero no se

atrevió a alejarse del grupo.

—¿Cómo vas, morro? —preguntó Esteban, poniéndole una mano sobre el hombro.

—A toda madre —mintió el chico.

—Eso, chingados.

La mano torpe de Esteban le alborotó los cabellos. Sus dedos olían a laca, a bragas sucias. Andrik frunció las narices.

Caminaron hasta la zona de los juegos, atestada de chiquillos y adolescentes. Andrik bostezaba: tenía sueño y ganas de regresar a casa, de tenderse en su cama y dormir hasta bien entrado el día. Pensó que su madre estaría ya despierta y repuesta de la cruda; quizás incluso estaría bebiendo cerveza y fumando como locomotora en la cocina, frente a la pequeña televisión blanco y negro, esperando a que Andrik regresara.

Las chicas insistieron en subir a las tazas girantes. Sáenz, a regañadientes, pagó los boletos de todos. Tuvieron que cargar a Andrik para subirlo al armatoste porque el chico no podía trepar la plataforma del juego. Desde su asiento podía ver el carromato de la mujer serpiente y aquel horrible dibujo. La gitana no estaba a la vista; seguramente era ella la que se disfrazaba del monstruo en algún escenario diminuto instalado dentro.

El suelo se sacudió con un chirrido. Andrik apretó con manos sudorosas la barra de protección y descubrió con espanto que esta era demasiado alta para sujetar su esmirriado cuerpo. Al primer coletazo fue a dar contra el cuerpo mullido de Sáenz.

—Quítate de encima, pinche joto —aulló aquel.

Pero el chico no podía. Las tazas giraban sobre sí mismas, y la plataforma que las sostenía giraba en sentido contrario. Su culo ya no tocaba el asiento. Tuvo que abrazarse a las caderas de Sáenz para no salir despedido, a pesar de sus gritos. Después de lo que le parecieron horas de tortura, el juego se detuvo con una sacudida. Bajó a trompicones de la plataforma, y justo cuando sus pies pisaban suelo firme, el vértigo se apoderó de él. Se dobló para vomitar una mezcla azulada de bilis y cerveza. Un corro de risas e insultos lo rodeaba. Varias manos intentaban sujetarlo por debajo de los sobacos, del cinto del pantalón; se revolvió para defenderse, lanzó patadas. No distinguía ninguno de los rostros que lo rodeaban, borrosos a causa de las lágrimas y el mareo.

—¿Qué onda, morro? ¿Puedes caminar?

Era la voz de Esteban. Andrik extendió sus brazos en su dirección, pero no había nada ahí. Intentó dar un paso pero tropezó con un cable. Cayó sin

que nadie lo detuviera; su quijada golpeó el suelo. Ni siquiera pudo quejarse, así de rápido perdió la conciencia.

Cuando despertó, Esteban y Sáenz lo arrastraban a través de la oscuridad del estacionamiento. Sus pies inertes hacían surcos en la grava suelta. Quiso hablar y se dio cuenta de que tenía la boca llena de tierra. Los chicos lo apoyaron contra la camioneta de Esteban. La carrocería estaba grasienta y le ensuciaba las manos y la ropa.

—Pónganlo en la batea —dijo una de las chicas.

La otra reía. Sus graznidos taladraban los oídos de Andrik. Tuvo ganas de arrojarle a golpes contra ellas, jalar aquellas greñas reseca, decoloradas, patear sus rostros pintarrajeados. Abrió la boca para insultarlas pero solo consiguió balbucear sonidos ininteligibles que los chicos celebraron a carcajadas.

—A la de tres...

—Espera, espera. Va a vomitar otra vez.

Alguien lo abrazaba por detrás. Era Esteban; lo reconoció por el olor, antes incluso de que le hablara.

—Sácalo todo —dijo, y le oprimió cruelmente el estómago.

Una catarata agria manó de su boca. Las chicas gritaron. Esteban lo exprimía sin piedad.

—Te sentirás mejor —le decía, con los labios sobre la nuca.

Era lo más cerca que habían estado nunca. «Y yo vomitando como perro», pensó Andrik con pena.

Pero Esteban tenía razón: con el estómago vacío la náusea y el sopor parecieron abandonar su cuerpo y él mismo logró subirse sin ayuda a la batea y arrastrarse hasta una de las esquinas. Su garganta ardía. Por mucho que escupía no lograba eliminar el resabio del vómito en su paladar, en el fondo de su lengua.

Abandonaron el campo. El vehículo saltaba sobre las piedras y los baches del camino y Andrik debía sujetarse con todas sus fuerzas para no salir volando del cajón. Cerró los ojos al sentir el viento contra la cara. Su estómago vacío se contraía dolorosamente en las curvas.

En algún momento Esteban abandonó las calles céntricas del pueblo e internó su camioneta en un sendero solitario. La oscuridad se fue haciendo más densa, al grado de que, en algún punto, las estrellas desaparecieron detrás de las copas de los mangos. Estaban en una especie de vergel, muy cerca del río; Andrik podía olerlo en la brisa que trepaba desde las orillas, un soplo

fresco que arrastraba consigo la esencia del fango y el frágil perfume de los lirios.

La camioneta se detuvo con una sacudida. Segundos después los faros se apagaron. Andrik pudo entonces escuchar a las cigarras, el canto de cientos de miles de grillos que se ocultaban entre las pútridas capas de humus del suelo. Se frotó los brazos; sentía frío a pesar de que su frente chorreaba sudor.

Podía escuchar los cuchicheos de los chicos en la cabina. Solo Esteban y Sáenz hablaban, discutían.

—Chinga a tu madre —bramó Sáenz.

Fue lo único que pudo escuchar con claridad. Eso y la risotada de Esteban.

La portezuela se abrió con un gemido. Alguien descendía. Eran Sáenz y la chica morena; estaba seguro, aunque no pudiera ver sus rostros. El tronido de las hojas secas le indicó que se acercaban a la batea. La blusa blanca de ella apareció sobre el borde. El resto de sus cuerpos eran sombras apenas más pálidas que la negrura del vergel.

—Pon el pie ahí —dijo Sáenz.

La chica lanzaba grititos. La caja de la batea se estremeció. Andrik se apartó para que no lo pisaran.

—¡Sáenz! ¿Qué es eso?

Los amortiguadores crujieron cuando Sáenz trepó con todo su peso.

—¿Qué es qué?

—Hay algo ahí...

—Soy yo —dijo Andrik.

—Ay, sí cierto...

Sáenz resopló.

—Lárgate —dijo.

—Pero...

—Que te largues, coño.

—Esteban...

La punta de la bota de Sáenz le rozó la mejilla.

—Ya, ya —gimió Andrik.

—Pinche joto.

Como pudo, Andrik se escurrió fuera de la batea. Sus pies tropezaron con una rama seca; uno de sus puntiagudos brazos le pinchó la pantorrilla, por encima de los pantalones. Se alegró de no haber llevado sandalias.

Avanzó hacia la cabina. Su mano seguía el borde de la carrocería, húmedo de salitre pringoso. El suelo se hundía bajo sus zapatos; era una especie de fango hecho de tierra húmeda y frutos podridos. Sus dedos distinguieron el

borde de la ventanilla. Se asomó adentro y vio, sobre lo que debía ser el asiento, los cuerpos de Esteban y Rosina, desnudos de la cintura para abajo, entrelazados.

Se apartó con un respingo. El corazón le latía en la garganta, en las sienes. Miró hacia la batea. Sáenz y la otra chica se besaban; podía escuchar el chapoteo de sus labios, de sus lenguas, el susurro de las caricias hechas por encima de la ropa. Se acercó de nuevo a la ventanilla. Esteban se quitaba la camisa: la carne pálida de sus nalgas refulgía en la oscuridad.

Se llevó las manos al bajo vientre. Comenzó a frotarse por encima de la ropa mientras imaginaba el sabor de la boca de Esteban, de su piel, de aquella espalda baja en apariencia tan suave, tan besable. ¿Cómo sería el sexo de Esteban? ¿Qué gusto tendría? Había visto muy pocos en su vida y ninguno pertenecía a un hombre verdadero: el de los chicos de la escuela que orinaban a su lado y parecían molestarse de que Andrik los observara; el de aquel muchachito canijo al que había pagado para que se dejase tocar entre las malezas de un terreno baldío a la salida de la escuela: un apéndice rosa, duro pero inofensivo, que dejó sus dedos oliendo a jugo de charcutería.

¿Cómo se llamaba aquel chico? Tenía un nombre bíblico (¿Isaac, Isaías?) pero era un traidor: le había cobrado a Andrik para mostrarle su pito; incluso había permitido que se lo tocara, pero cuando Andrik quiso mostrarle el suyo y convencerlo, con más dinero, de que se lo metiera a la boca, el chico (¿Ismael?) le pegó en un ojo y corrió a contárselo todo al señor Chelius, quien mandó a llamar a la madre de Andrik.

Andrik había escuchado todo: los gritos indignados de su madre atravesaban hasta las paredes de tabique.

—¡No puede correr a mi hijo!

—Señora, no lo estoy corriendo, lo estoy dando la oportunidad de...

—¿Usted cree que tengo para mandarlo al psicólogo? ¿Cree que yo cago el dinero?

—Señora...

—¿No ve que estamos jodidos?

—Su hijo necesita ayuda. No es normal que...

—¿Está diciendo que mi hijo está enfermo, pendejo, desgraciado...?

—Señora, no le permito...

El muchachito aquel había gozado entre sus dedos, a pesar de la cara de asco que ponía; se le había puesto completamente tiesa y hasta se movía para complementar el ritmo de la mano de Andrik. Y aun así lo había acusado.

«Todos son iguales», pensó Andrik, acelerando el movimiento de su mano. El cuerpo de Esteban ondulaba en la oscuridad de la cabina pero a la chica no parecía gustarle. Gemía con angustia y, después de un rato, Esteban se apartó de ella y miró hacia la ventanilla, hacia la oscuridad en donde Andrik, ya desesperado, se abría la bragueta.

Andrik dio un paso atrás. ¿Escuchó Esteban su zíper? ¿Vería su mano meneándose? Se acomodó las ropas y corrió a internarse en el huerto. No pensó en el peligro de toparse con una cerca de púas, con la trama de una viuda negra. Sus pies patinaban en la tierra blanda, en el chasquido de las pieles de mangos podridos reventándose bajo sus suelas. Una nube de mosquitos lo rodeó, dispuestos alimentarse de su sangre, del sudor que empapaba su cuerpo. Sus dedos extendidos rozaron la corteza rugosa de un árbol; se abrazó al tronco como si se ahogara. Permaneció ahí, jadeando de pavor, respirando la resina amarga que escurría por las grietas, esperando a escuchar su nombre, una retahíla de insultos. Algo le hacía cosquillas en la nuca; metió la mano por el cuello de la camisa y un hocico diminuto le mordió el dedo de en medio. Apresó el cuerpo del atacante: era una hormiga gigante, una hormiga arriera. La estrujó entre sus dedos hasta convertirla en una gota de humedad ácida.

—Chingados... —dijo Esteban.

—¡Eres un imbécil! —chilló Rosina.

—Y tú, ¡no me toques! —gritaba la otra, bajándose de la batea.

—Lárguense, pues, pinches perras —ladró Sáenz.

Los muelles de la camioneta gimieron cuando aquel bajó de un salto, y también cuando se subió a la cabina y azotó la puerta.

Esteban encendió el motor. Los faros iluminaron a las chicas, de pie frente al cofre del vehículo, rodeadas de una nube de insectos.

—Eres un hijo de puta, Esteban —gritaba Rosina.

La otra chica se agachó, tomó un algo del suelo y lo arrojó contra el parabrisas. Era un mango que explotó en puré amarillento.

—Nadie nos trata así, pendejo...

Andrik tuvo que correr para alcanzar la batea...

—¡Putas! —gritó Sáenz, con medio cuerpo fuera de la ventanilla.

Regresaron a la calle principal del pueblo. Las luces de la feria refulgían contra el azur del firmamento. Las calles aún estaban animadas: hordas de niños correteaban sobre ellas y lanzaban cohetes a los corrillos de los borrachos reunidos en las esquinas. La Iglesia estaba aún abierta, aunque las

flores del arco sobre la fachada lucían ya marchitas. Una multitud de campesinos, algunos envueltos en cobijas, rezaban en el atrio.

Esteban se detuvo en la única tienda abierta del pueblo a comprar cerveza pero solo había aguardiente y cigarrillos sin filtro.

—Bola de indios, por eso valen verga —maldecía Sáenz, entre trago y trago a la botella de fuego líquido—. En lugar de hacer negocio se emborrachan. Por eso están jodidos. Luego quieren que el gobierno les regale todo. Bola de huevones.

Estaban de vuelta en el baldío que servía de estacionamiento de la feria. Bebían a un lado del vehículo, por tumos, del pico de la botella. Sáenz se había sentado sobre el borde de la batea. Tenía la camisa calada de sudor y su tripa, distendida, se asomaba por entre los ojales. Esteban, repantigado sobre el cofre de un auto vecino, lleváis los cabellos pegados a la frente. Su rostro era una máscara de resentimiento.

—Bueno, ¿y al menos se la metiste?

Esteban ahuyentó las palabras de Sáenz con un gesto de su mano.

—¿Se la metiste o no? Pendejo si no...

Andrik los escuchaba desde el interior de la camioneta. Los chicos ni siquiera se molestaban ya en imitarle trago. Se había vuelto invisible.

—Sí, pero luego no quiso...

—Vales verga.

—Empezó a preguntarme que si la quería...

—Hubieras dicho que sí.

—Se puso a chillar...

—Vales verga, Esteban.

Esteban quiso bajar de un salto del auto pero sus brazos no lo sostuvieron. Sus piernas resbalaron sobre la grava.

—Le van a ir con el chisme a Laura.

—¿Y qué? Son unas putas. Nadie les va a creer.

—Pero nos vieron en el palenque.

Andrik cerró los ojos. La música tropical seguía tronando en sus oídos. Recargó su cabeza contra el respaldo del asiento del piloto, olía al sudor de Esteban. No supo en qué momento se quedó dormido ni a qué hora su cuerpo resbaló hasta ocupar por entero el asiento de la cabina, pero despertó cuando sintió que tiraban de las perneras de sus pantalones. Su frente golpeó el volante cuando trató de incorporarse. Sáenz, trepado encima de él, tenía ya los pantalones abajo; la piel de sus piernas desnudas era tan pálida como el

vientre de una salamanquesa. Su miembro apuntaba hacia abajo, colorado, a medias erecto.

—Ven —le dijo al chico, tirando de su muñeca.

Andrik se resistió.

—Esteban —gritó.

Tenía la voz quebrada por el sereno. Aún era de noche.

—Anda, chúpamela.

—¡Esteban!

Sáenz lo golpeó en la nariz y tiró de sus cabellos.

Olía mal, a orines, a sudor amargo concentrado en los vellos castaños que se le metían a Andrik en las narices. No abrió la boca ni siquiera cuando Sáenz lo golpeó en el estómago, ni cuando enterró sus dedos gordos en la cuenca de los ojos del chico, en la piel de su cara. El sexo húmedo de Sáenz se frotó, todavía blando, contra sus labios apretados.

—Joto —mascullaba—. Chúpamela bien.

El sudor de Sáenz caía sobre su rostro y le quemaba los ojos, pero no cedió. Logró patearlo en la inmensa tripa y abrir la portezuela de la camioneta. Vio a Esteban; roncaba sobre la cajuela del auto de al lado. La botella vacía había resbalado de sus manos y yacía sobre la yerba.

Sáenz lo atrapó por las caderas.

—¡Esteban!

Pero Esteban no despertó, ni siquiera cuando Sáenz lo invadió con los dedos y el chico gritó, pensando en la rasgante dureza del vidrio mellado.

Tres días después perdieron la casa y la tienda: el pastizal de atrás cogió fuego por la tarde y las flamas, azuzadas por la surada, alcanzaron las paredes y las vigas de madera y las consumieron. No pudieron salvar nada: ni las ropas, ni la cama; ni siquiera las ollas de la cocina. Las bolsas de fritura de la tienda se fundieron con todo y el aparador de plástico.

Había un olor extraño en el patio, como a gasolina, dijeron los policías ejidales a su madre, cuando acudieron por la noche a revisar el siniestro. Les habían dicho que había muertos entre las ruinas y parecían decepcionados de no haberlos encontrado.

—A lo mejor fue por esa denuncia que hizo —le dijo el comandante a la madre de Andrik, señalando al chico con la barbilla.

Les ofrecieron un catre en los separos. La madre de Andrik les mentó la madre. Dormitaron afuera de la caseta del talachero vecino.

Al día siguiente, un trailerero conocido accedió a llevarlos con él. Atravesarían el país para llegar al norte: ahí había trabajo para su madre,

decía, en las fábricas textiles. Se veía convencido, sonreía todo el tiempo. La madre de Andrik asentía, ausente, con los ojos clavados en el paisaje y los cabellos revueltos por el viento.

Su madre no le hablaba desde el domingo, cuando Andrik logró llegar a casa, después de caminar durante medio día entre el polvo de la carretera. Las últimas palabras que le dirigió fueron en aquel oscuro departamento, frente a la tía Idalia.

—Obedeces a la señora.

Y le puso los labios quietos sobre la frente. Y se marchó sin decir cuándo regresaba.

El estruendo de la alarma lo despertó.

Soñaba con el señor Chelius, el director de la escuela. Un hombre gentil que solía detenerse a su lado, a la hora del recreo, para palmearle la cabeza. Obeso, de baja estatura, pulcro en sus trajes de colores claros y sus pañuelos a juego, con los que siempre estaba enjugándose el sudor de la cara. Era el único hombre que Andrik conocía que no usaba sombrero vaquero o gorra de beisbolista: se cubría la calva del sol con un panamá color crema.

Decían que era marica el señor Chelius, a pesar de que estaba casado.

En el sueño, ambos viajaban a bordo de la camioneta de Esteban, el señor Chelius al volante. Era de noche y la carretera estaba vacía. Por las ventanillas penetraba un viento fresco, fragante: yerba recién segada, excrementos frescos, musgo.

A lo lejos, las luces del incendio refulgían, pero Andrik no tenía miedo ni pensaba en su madre. Su cabeza se apoyaba contra el rollizo hombro del director, contra el áspero tejido de su traje blanco. La hermosa y varonil voz del señor Chelius —la misma que dirigía las ceremonias de homenaje a la bandera todos los lunes, con dicción perfecta— lo arrullaba, aunque el chico no alcanzara a comprender lo que decía.

El ruido atravesó los muros del sueño. Los contornos de la cabina comenzaban a diluirse e incluso el hombro del director, su cuerpo mullido, fue volviéndose cada vez más etéreo hasta que desapareció y la cabeza de Andrik comenzó a caer al vacío.

Abrió los ojos de golpe. Yacía de lado sobre la cama; solo. El cuarto seguía a oscuras: un rayo de luz anaranjada penetraba a través de la rendija entre las dos pesadas cortinas.

Una alarma chillaba en la calle.

Escuchó gritos. Su nombre en un alarido.

—¡Andrik!

Era el hombre. Estaba abajo.

—¡Andrik!

Platos se rompían contra el suelo. Los muebles se volcaban.

Pero no era el hombre el que gritaba, era alguien más. La voz le resultaba familiar, lo cual le provocó aún más espanto.

Se arrastró fuera de la cama. No tenía ropas a la mano así que tiró de la sábana y se la colgó de los hombros como pudo. Salió al pasillo. La ventana junto a la escalera estaba abierta. Tiró de los barrotes con toda su fuerza pero ninguno de ellos se movió, ni siquiera un milímetro.

La voz lo llamó de nuevo, preñada de espanto.

Andrik se obligó a descender un peldaño. Encogió su cuerpo hasta que su cabeza quedó al ras del suelo y se asomó por el hueco de la escalera. La puerta principal estaba abierta. El cofre amarillo del auto del hombre resplandecía, recién encerado, a la luz aún agresiva de la tarde. Los faros se encendían y apagaban; alguien había destrozado el parabrisas y eso fue lo que detonó la alarma. Se deslizó al siguiente escalón con las manos por delante. No vio a nadie en la sala. Los ruidos —golpes y estertores— parecían provenir de la cocina.

Permaneció unos minutos ahí, encogido contra los peldaños, respirando. Cuando sintió que las piernas no le fallarían, comenzó a bajar la escalera.

Estaban en el umbral de la cocina: Zahir a horcajadas sobre el pecho del hombre. Sus manazas prietas aferraban el cuello de aquel. Había sangre por todas partes: en el piso, en el pecho desnudo del hombre, en las ropas de su hermano, en su rostro chato, hosco, crispado por la furia.

El hombre volvió la cabeza hacia las escaleras. Sus ojillos inflamados miraron a Andrik. Zahir gritó cuando lo vio:

—La puerta, cierra la puerta.

Pero Andrik no pudo moverse. Miró hacia la calle: estaba vacía. La caja de un tráiler ocultaba el edificio de la Suriana. El cielo no tenía ningún color; una bandada de zanates lo atravesaba.

—¡Ciérrala, coño!

Andrik descendió al rellano y caminó tembloroso hacia la puerta. La cerró con suavidad y corrió el pasador.

—Busca una cuerda, algo con que amarrarlo...

Los ojos del hombre, más pequeños que nunca, brillantes en medio del rostro deformado por los golpes, lo llamaban en silencio. Suplicaban. Andrik no podía quitarle la vista de encima. El hombre intentó hablar. Zahir

aprovechó para asestarle un codazo en la boca con toda su fuerza pero ninguno de ellos se movió, ni siquiera un milímetro.

La voz lo llamó de nuevo, preñada de espanto.

Andrik se obligó a descender un peldaño. Encogió su cuerpo hasta que su cabeza quedó al ras del suelo y se asomó por el hueco de la escalera. La puerta principal estaba abierta. El cofre amarillo del auto del hombre resplandecía, recién encerado, a la luz aún agresiva de la tarde. Los faros se encendían y apagaban; alguien había destrozado el parabrisas y eso fue lo que detonó la alarma. Se deslizó al siguiente escalón con las manos por delante. No vio a nadie en la sala. Los ruidos —golpes y estertores— parecían provenir de la cocina.

Permaneció unos minutos ahí, encogido contra los peldaños, respirando. Cuando sintió que las piernas no le fallarían, comenzó a bajar la escalera.

Estaban en el umbral de la cocina: Zahir a horcajadas sobre el pecho del hombre. Sus manazas prietas aferraban el cuello de aquel. Había sangre por todas partes: en el piso, en el pecho desnudo del hombre, en las ropas de su hermano, en su rostro chato, hosco, crispado por la furia.

El hombre volvió la cabeza hacia las escaleras. Sus ojillos inflamados miraron a Andrik. Zahir gritó cuando lo vio:

—La puerta, cierra la puerta.

Pero Andrik no pudo moverse. Miró hacia la calle: estaba vacía. La caja de un tráiler ocultaba el edificio de la Suriana. El cielo no tenía ningún color; una bandada de zanates lo atravesaba.

—¡Ciérrala, coño!

Andrik descendió al rellano y caminó tembloroso hacia la puerta. La cerró con suavidad y corrió el pasador.

—Busca una cuerda, algo con que amarrarlo...

Los ojos del hombre, más pequeños que nunca, brillantes en medio *del* rostro deformado por los golpes, lo llamaban en silencio. Suplicaban. Andrik no *podía* quitarle la vista de encima. El hombre intentó hablar. Zahir aprovechó para asestarle un codazo en la boca y luego cubrirla con su manaza. Parecía que se ahogaba, el hombre, en su propia sangre. Su rostro se tornó escarlata.

—¡Rápido, todavía está vivo!

Andrik tuvo que pasar por encima de ellos para llegar a la cocina. Abrió todas las gavetas y cajones de la alacena. No podía concentrarse, no sabía lo que buscaba. Sus manos palpaban las superficies, los platos, los cubiertos, los recipientes de plástico: todo caía al suelo y rebotaba contra los muebles o se

rompía en trozos. Recordó la lima; la había hallado en el cajón junto al fregadero. Ahí había herramientas. Tuvo que meter la mitad del cuerpo en la gaveta para hallar lo que necesitaba: dos metros de cable eléctrico, enrollados en espiral. Su mano titubeó a la hora de cogerlo. El soquete en que terminaba el cable se alzaba por encima del polvo y parecía la cabeza de una serpiente lista para morderle.

Todo vibraba. Todo, las cosas y los sonidos se tensaban y parecían a punto de estallar, incluso la voz de su hermano y el tacto de sus manos ensangrentadas.

Por eso lloró cuando Zahir lo apretó entre sus brazos: no de alivio sino de pavor.

3

Pachi había perdido el dinero, el billete de cien pesos que reservó para comprar cerveza. Se fue a buscarlo entre los arriates, o quizás a telefonarle a Pamela: a Vinicio no le importaba. Se dejó caer sobre la primera banca que pudo: casi salta al sentir el calor del metal asoleado, pero después de un rato el ardor se volvió soportable, casi reconfortante.

Frente a él, dos chiquillos —niño y niña, tan similares que tenían que ser hermanos— ocupaban las dos plazas del columpio. No se mecían; permanecían ahí, mudos, con los pies flotando sobre el suelo y las manitas sujetas a las cadenas, observando a Vinicio con los ojos casi cerrados por la resolana, pero él les dio la espalda, incómodo. Pensó que había cometido un error al sentarse ahí, que la sombra del palo mulato sobre la banca lo había engañado: el follaje de la copa era denso pero las hojas del árbol eran delgadas como papel de china y se estremecían a la menor brisa mientras los rayos del sol las atravesaban.

No sabía qué hacer con sus manos: las ponía sobre las rodillas, las introducía en los bolsillos, las entrelazaba detrás de la nuca, las dejaba caer a los lados para acariciar con las yemas de los dedos el metal oxidado de la banca. Tampoco sabía qué hacer con sus piernas: la izquierda le brincoteaba. Hizo un esfuerzo consciente para detenerla pero a los pocos segundos ya estaba de nuevo sacudiéndose, de arriba a abajo, de un lado a otro. Cerró los ojos y dejó que los sonidos del parque lo atravesaran: el reclamo de los zanates sobre los almendros, el zumbido de los autos que circulaban por las calles, los gritos de unos chicos junto a las canchas, el monótono rebotar de su balón sobre el concreto. Inhaló y exhaló para aquietar su taquicardia. Le pareció que olía a quemado.

Abrió los ojos y los dirigió hacia su casa, allá del otro lado de la calle. Las ventanas de la sala, cubiertas de polvo, parecían los párpados marchitos de una momia. No había humo por ningún lado. Se dio cuenta de que eran las ropas que llevaba encima las que apestaban.

Necesitaba un trago. Necesitaba alcohol para adormecer su mente. Las sienes le palpitaban bajo la presión de una prensa invisible. Necesitaba un trago como nunca en su vida. Unos buenos buchets de aguardiente, directo de la botella. Se relamió, buscando restos del sabor del vodka en su boca pero no halló nada, solo saliva insípida, espesa.

Vio a Pachi del otro lado del parque. Cojeaba ligeramente. Parecía furioso.

—¿Qué dijo Pamela? —le preguntó cuando lo tuvo al lado.

Pachi tronó la boca. Su rostro estaba rojo.

—Coño, el puto dinero...

La voz de Pachi se oía ronca. «Estuvo gritando», pensó Vinicio.

—¿Pero hablaste con ella?

—Que se vaya a la verga. Ahora sí, en serio, que se vaya a chingar a su madre.

Pachi tomó asiento en la banca pero se levantó en seguida. Se frotó el trasero ardido.

—¿Por qué estás aquí? Vamos allá, a la sombra.

Giraba la colilla tiznada entre sus dedos.

—Quiero un trago —dijo Vinicio.

Pachi no le hizo caso. Caminó hacia el rincón habitual y Vinicio lo siguió. Ya no quería fumar más: lo que necesitaba era alcohol. La marihuana solo lo haría sentirse más triste, más desamparado. El mundo se tornaría, después de unas fumadas, en una cosa viva y avasallante, un ente que podía abrirse en cualquier momento para tragárselo.

Se dejó caer a un lado de Pachi sobre la banca. Ahí sí hacía algo de fresco. Giró el cuerpo hacia su amigo para no tener que ver la fachada de su casa. Olía a quemado; no podía dejar de sentirlo, pegado a las narices. Las cosas de su padre se deshacían en cenizas, del otro lado de la calle, y él no había tenido el valor de hacer nada. Ni siquiera de salvar el barco pirata, la chaqueta de ante, la colección de acetatos. Enterró el rostro entre las manos para esconder su tristeza. Sus dedos masajearon con fuerza su cuero cabelludo, la parte de atrás de sus orejas, el centro de sus ojos.

—¿Te quieres calmar? —dijo Pachi.

Miraba a Vinicio con desdén.

—Necesito un trago —dijo este.

Su propia voz le parecía extraña.

—Qué puto eres, Vinicio.

—Puto tú.

El rostro de Pachi estaba cubierto de sudor grasiento. La colilla entre sus labios despedía un humo ocre. Fumó sin quitarle los ojos de encima a Vinicio.

—Aguanta vara, cabrón —le dijo.

—Quiero un trago.

Pachi le ofreció la colilla encendida y Vinicio se la llevó a la boca. El olor de la mota le recordó al de la pira infame. No pudo evitar volverse para echar un vistazo a la puerta cerrada de su casa. Le parecía ver humo pero ninguna vecina rondaba cerca. Sabía que nadie reclamaría por la peste: todas las mujeres del barrio le temían a su madre. Por las buenas, su boca era alegre y dicharachera, presta siempre a la lisonja, pero por las malas se convertía en el hocico de una bestia salida del infierno: desnudaba los dientes, profería sapos y culebras que, acompañados de manotazos y jalones de cabello, doblegaban a sus enemigas, las reducían a chiquillas lloriqueantes.

Pachi le quitó el cigarrillo de sus manos congeladas.

—¿Qué horas serán? —se preguntó.

El sol era una bola bermellón suspendida sobre la copa de los árboles más lejanos.

—Como las seis —dijo Vinicio.

—No.

—Seis y media, entonces.

—Hay un chingo de sol.

—Es el horario de verano.

—Ya sé, pendejo.

—Necesito un trago —gimió Vinicio.

Un trago lo mejoraría todo. Con un trago, incluso, tendría valor para atravesar la calle y enfrentarse a su madre.

—Ya, Vinicio. Cállate el hocico. Ten —le alargó la colilla humeante, manchada de resina—, fuma más.

Vinicio sacudió la cabeza.

—Ten paciencia. Las chelas están en camino.

—Pero no tenemos dinero —se lamentó Vinicio.

—Confía en mí.

Vinicio suspiró.

—Mientras, fuma...

Las manos de Vinicio dejaron de temblar cuando al fin pudo colocarlas alrededor de una botella de cerveza. El líquido, deliciosamente frío y burbujeante, le quemó la garganta al descender por su gañote. Una de sus muelas lanzó un agudo reclamo, pero Vinicio la ignoró: de una sentada se bebió, por lo menos, la mitad de la caguama antes de que Pachi se la arrancara de las manos.

El nudo en su estómago se aflojó. Incluso fue capaz de sentir la punzada del hambre. No había comido nada en todo el día, apenas dos paquetes de

galletas saladas que encontró sobre el refrigerador, cuando registró la cocina en busca de algo comestible esa mañana. El dolor de cabeza seguía ahí, pero tarde o temprano se desvanecería, estaba seguro. Era más fácil confiar en Pachi ahora que el sabor de la cerveza le alegraba la boca. Él se encargaría de engatusar a las chicas para que compraran más cervezas, él se encargaría de todo.

Sentado entre Rosicler y su amiga, no podía quitar la vista de la botella que Pachi sostenía en las manos. El muy imbécil tenía la boca ocupada en el recuento de una de sus infumables historias y ni siquiera notaba que el líquido ambarino se desperdiciaba en espuma por culpa de sus muecas de simio. Era quizás la octava vez que Vinicio escuchaba aquel cuento. Porque eso es lo que era: un cuento, una fábula que su amigo ampliaba, modificaba y afirolaba a su gusto y a las circunstancias del público. En la presente versión, Pachi era el héroe que conducía con pericia la lancha de Pipen a través de las turbulentas aguas del Golfo y lograba escapar de los narcos a los que había birlado un tabique de droga. Vinicio extendió la mano hacia Pachi, pero este lo ignoró, aunque detuvo su narración para dar un sorbo a la botella. Las chicas reían, felices de escuchar las estupideces de su amigo. La otra botella yacía entre los tobillos de Rosicler, apenas tocada. Se armó de valor y metió las manos entre las piernas de la gorda para rescatarla y se la llevó a los labios.

Trató de beber con parsimonia esta vez, pero cuando se detuvo para respirar se dio cuenta de que había consumido la mitad del líquido.

La amiga de Rosicler le sonreía. Vinicio, con gran esfuerzo, le alargó la botella. Ella ni siquiera bebió; la apoyó contra su falda y preguntó:

—¿Por qué tienes las pestañas güeras?

La mirada de Vinicio iba de la botella al rostro de aquella chica a la que apenas había notado antes. Era bonita: tenía ojos rasgados, una naricilla chata pero delicada. Su cabello era del color del chocolate; lo llevaba amarrado en una pulcra coleta. Seguramente le llegaba a la mitad de la espalda. Casi tan largo como el cabello de Aurelia, la última vez que la había visto, solo que más lacio.

«María», recordó. «Se llama María. María del Rayo».

Había demasiados nombres raros en el mundo, pensó.

—No sé —le dijo.

—Son muy bonitas.

—Gracias.

—¿Puedo tocarlas?

—Gobiérnate, pinche Rayo —le dijo Rosicler, reclamando la botella del regazo de su amiga.

Pachi sonreía, cínico.

«*Me está gozando*», pensó Vinicio. Pero no pudo odiarlo.

El sol ya estaba a medias oculto detrás de los edificios. El área de juegos ya no lucía abandonada: una horda de chicos gritones se correteaba entre los fierros retorcidos. Sobre las bancas, las madres los vigilaban de reojo mientras chismorreaban. Los neveros recorrían lentamente los senderos y hacían tintinear las campanillas de sus triciclos. Grupos de chicos se disputaban las canchas: unos querían jugar baloncesto y otros fútbol; ganaron los últimos.

Rosicler mandó a Pachi a comprar otras tres caguamas. Este no terminaba de cruzar la cancha con los cascos vacíos contra el pecho cuando dos muchachos más llegaron a instalarse en la banca: Pesina y el Tuza. Saludaron a las chicas, ignoraron a Vinicio y se fumaron lo que quedaba de la colilla mientras lanzaban miradas furtivas hacia el sendero.

A Pachi no le agradó la presencia de Pesina ni del otro chico. El rostro se le descompuso cuando regresó y los vio alrededor de la banca, pero logró contener su malhumor y estrechar las manos de los chicos. Pesina aprovechó la distracción para hacerse con una botella y destaparla con el encendedor que sacó de su bolsillo. Pachi abrió otra con el mismo método, dio un par de tragos apresurados y se la pasó a Vinicio. La tercera fue reclamada por Rosicler.

—Pinches gorriones, déjenme una...

Vinicio, en dos largos buches, apuró la mayor cantidad de líquido antes de ofrecerle la botella al Tuza, que ya lo esperaba con la mano extendida. Se levantó de la banca para alejarse de la calidez que irradiaba el cuerpo de Rosicler, de su aroma a pescadería. Pachi y Tuza se abalanzaron sobre su puesto pero Pachi fue más rápido. Dejó caer su cuerpo sobre la mole de Rosicler y la abrazó para recargar su cabeza sobre su mullido tetamen.

—Ora tú —replicó la gorda, entre risas.

—Rosi, estás bien rica —decía Pachi.

Pesina reía. El Tuza también, con esa risa suya asmática, parecida a la de *Pulgoso*, el perro de las caricaturas.

—Quítate, Francisco, que estás casado.

—Me divorcio, gordis preciosa. Por ti hago lo que me pidas...

Las cervezas se acabaron más rápido esta vez. Vinicio, que no quería que los chicos se dieran cuenta de que no llevaba dinero, se internó entre los árboles para orinar cuando fue hora de hacer una colecta. Cuando volvió a la

banca, El Tuza ya se había marchado con los cascos vacíos. Pachi seguía acostado sobre Rosicler; sus piernas lampiñas descansaban sobre el regazo de María. Pesina lo miró por primera vez en toda la tarde.

—Tú qué onda, güero.

Con la barbilla alzada, erizada de pelos hirsutos, sus ojos eran fieros: dos rayas igual de negras que sus cejas.

—¿Qué, estabas malo? —se burló.

—Sí —dijo Vinicio.

Luchó para sostenerle la mirada. Así había que actuar con Pesina. Vinicio le sacaba una cabeza de estatura, pero era una flaca ventaja frente a la musculatura henchida por los esteroides de Pesina, frente al millar de peleas callejeras en las que había participado —las cicatrices que atravesaban sus nudillos toscos, duros como mazos, eran la prueba—, frente a los diez años de edad que le llevaba. Vinicio aún jugaba a las escondidas entre los árboles cuando Pesina ya fumaba mota en aquella misma banca. Lo odiaba en aquel entonces; odiaba a aquel muchacho de aires gansteriles con toda su alma, al punto de haberle deseado la muerte. Pesina tenía la costumbre de insultarlo con una retahíla de apodos que cambiaban cada pocas semanas; Vinicio aún recordaba algunos: pipistrilo, lagartija, Gasparín, ojos de charco, güero de rancho, descolorido. En aquel entonces Pachi sentía una admiración enfermiza por Pesina, y se sometía a cualquier tipo de indignidad para que los muchachos mayores aceptaran su presencia en la banca. Vinicio, en cambio, les rehuía. A veces debía darle la vuelta entera al parque para no pasar frente a la banca, pero aun así las burlas lo alcanzaban. Cruzaba la calle a toda prisa y, justo cuando abría la puerta de su casa, escuchaba el silbido obsceno de Pesina, seguido de un beso sonoro y un alarido:

—¿A dónde, güerita?

Vinicio fingía no escucharlo pero entraba *a casa* con el rostro colorado de rabia.

—¿Te pegaron? —preguntaba su madre, al verlo llorar sobre la cama—. Dime quién fue...

—Si le pegaron, que se defienda —gritaba su padre, desde la sala.

—¡Tú cállate! —le respondía ella.

Vinicio se cubría las orejas con la almohada. Su madre le acariciaba la melena y murmuraba tiernas tonterías que hacían que el chico se enfureciera aún más pues todo era culpa de ella: hasta los ocho artos lo obligó a llevar el mismo corte de pelo que el niño de *Kramer vs Kramer*, a pesar del calor del

trópico, de las burlas de los chicos en la escuela, de la mirada de compasión del peluquero del barrio, de las protestas de su padre.

—Lo estás volviendo maricón —gruñía, cada vez que miraba al chico hacer la tarea sobre la mesa del comedor, o acostado sobre el piso de su habitación con un libro bajo la cara: la cortina de pelos rubios le tapaba los ojos y se los quitaba de la frente con un gesto afeminado.

—Es *mi hijo* —gritaba ella—. Y le hago lo que se me pegue la regalada gana.

Le pellizcaba las mejillas cuando salían de visita para que las mujeres alabaran su tez sonrosada. Lo vestía de monigote para ir a misa y, arto tras arto, insistía en que fuera Vinicio el niño que representara el papel de arcángel en la pastorela de la parroquia. Se ponía histérica cuando lo veía vestido de túnica blanca, con aquellas horribles alas esculpidas en hielo seco y el amasijo de alambres forrado de papel dorado que servía de aureola. Lo abrazaba tan fuerte que lastimaba sus costillas y dejaba sus mejillas y frente apestosas de saliva y pintura de labios.

Su madre. La imaginó de pie en la penumbra creciente del patio, los ojos negros encendidos por las brasas, justo ahí del otro lado de la calle. Tuvo un escalofrío.

Pesina le sonreía con la mitad de la boca. Uno de los dientes que asomaba era más oscuro que el resto. Parecía muerto.

—Ya andas bien pendejo, ¿verdad?

Vinicio quiso decir que no, pero se dio cuenta de que sí estaba borracho. ¿Cuántos minutos pasó mirando el vacío, recordando?

Aun así necesitaba más alcohol.

—¡Oigan!

Todos se volvieron hacia el sendero; incluso Pachi, apoltronado sobre la tripa de Rosicler. Era el Tuza. Su cuerpo chaparro y regordete se bamboleaba de un lado a otro al correr con dos bolsas llenas de botellas de cerveza.

—Parece un pingüino —dijo María.

—¿Qué te pasa, idiota? —gritó Rosicler.

Vinicio miró hacia las canchas. Nadie perseguía al chico.

—Cálmate, güey —dijo Pachi.

El Tuza penetró el apretado círculo que formaban en torno a la banca. Dejó caer las bolsas de plástico al suelo. Los envases llenos resonaron contra el cemento y uno de ellos cayó de lado, aunque el vidrio no se rompió.

—Fíjate, pendejo —lo reprendió Pesina.

El chico jadeaba ruidosamente, con las manos ya vacías apoyadas en las rodillas grises.

—Cuenta ya, güey corearon todos.

El Tuza buscó la mirada de Pesina.

—Mataron a Tacho.

Pesina se le fue encima. Golpeó el hombro de Vinicio contra el suyo, al entrar al círculo.

—¿Qué dices?

—Lo mataron —los cachetes sucios le temblaban—. Llegué a la tienda y estaba doña Bere con la mamá del Tacho, Chillaba refeó...

—Pero cómo, ¿cómo lo mataron?

—No sé, no quise preguntar...

—¡Me lleva la chingada! —gritó Rosicler, elevando los ojos al cielo, Pesina jaló el cuello de la playera de Tuza y tiró hacia él. El chico se resistió. Los hilos de la prenda se reventaron.

—Cuenta bien, pendejo... ¿Estás seguro?

—No sé —balbuceó Tuza—. Llegué por chelas y no había nadie en el mostrador. Me asomé a la casa y vi que doña Bere estaba con la señora, chille y chille. Me dio pena y me volví a salir y me quedé esperando. Luego salió el hijo de doña Bere. Él me vendió las chelas y me dijo lo que había pasado, que lo acababan de encontrar, al Tacho...

—¿Dónde?

—En la casa abandonada, la del mercado...

—Un pasón, a güevo —dijo Pachi.

—Cállate el hocico —le gritó Pesina—. Te voy a romper tu madre si andas de cábula...

—Lo madrearon bien gacho, fue lo que dijo. Con los sesos de fuera.

—Pinche Tacho... —suspiró la gorda.

—Que en paz descansa —dijo María.

Fue la única que hizo la señal de la cruz, aunque todos callaron por unos segundos.

—No —gritó Pesina—. ¿Quién va a ganarle a Tacho a los putazos? ¿Quién?

Abría y cerraba los puños mientras caminaba en torno al grupo. Todos lo seguían con la mirada. Nadie quería darle la espalda; el Tuza especialmente.

—Si me estás engañando te mato, hijo de tu pinche madre...

—Te lo juro que no. Por Diosito santo...

Pesina se alejó. Caminó unos metros por el sendero. Se detuvo antes de llegar a las canchas y se sentó sobre la orilla de un arriate. Se cubrió la boca con una mano, como si le doliera una muela.

Un chasquido hizo que todos se volvieran hacia la banca. Pachi, el rostro grave, alzaba una caguama destapada en el aire.

—¿Qué? —dijo—. Por Tacho, el guerrero de mil batallas.

Dio un trago y pasó la botella a Vinicio, quien repitió el gesto y bebió, aun cuando jamás en su vida había cruzado una sola palabra con Tacho. Le temía, lo miraba de lejos: era imposible no reconocerlo, con aquel cabello crespo que parecía un nido de culebras y su voz siempre aguda, electrizante. Tacho, que hacía tan solo una semana enterraba su navaja en el vientre de un chico, ahí en plena pista de baile del Capezzio, por nada, por el placer de hacerlo, y ahora yacía desnudo sobre la plancha de concreto de la morgue, muerto a golpes en aquella horrible casa abandonada.

Vinicio conocía el lugar aunque jamás había entrado: era el refugio predilecto de los lavacarros y los indigentes en días de mal tiempo. Una vez, hacía muchos años, Pachi y otros chicos se retaron a entrar a las ruinas para comprobar si era cierto que había fantasmas: se decía que un hombre se había ahorcado ahí adentro y que la sombra de su cuerpo aún se balanceaba en la pared. Caminaron con valentía hasta el mercado, pero cuando llegaron al fondo del callejón y se asomaron por la entrada —un hueco abierto en la pared, a marrazos, mal cubierto con una tabla— se acobardaron. Estaba oscuro y olía a perro muerto, a excrementos. Pasaron una buena media hora discutiendo quién entraría primero; Vinicio no sabía cómo retractarse. Al final, una de las señoras que atendían los puestos, fastidiada de su presencia, les arrojó agua para que se marcharan. Pachi propuso volver en la noche, cuando nadie los molestara, pero a ninguno de los chicos le pareció buena idea.

Pesina estaba de vuelta en la banca.

—Vámonos —ordenó.

—¿Al velorio? —preguntó María.

Pesina ni siquiera la miró.

—Seguro fue venganza de los de la 21. Yo que ustedes me guardaba. Si no es la banda, será la tira buscando culpables.

Y se marchó, con los hombros caídos y el paso quebrado.

—Pinche Pesina puto —dijo Pachi, una vez que el otro estuvo lo suficientemente lejos como para que no lo oyera.

—Es que ya lo trabaron la semana pasada... —replicó el Tuza.

Las luces del parque se encendieron, aunque el sol no terminaba de marcharse. Por unos minutos, la algazara de los zanates y de los cotorros salvajes que vivían en los árboles alcanzó una intensidad de pesadilla. Las sienes de Vinicio comenzaron a punzar de nuevo.

—Ya me voy yo también —anunció el Tuza.

Ofreció su puño para que Pachi y Vinicio lo chocaran.

Pachi le hacía carantoñas a la gorda.

—Tons qué, gordita chula. ¿Ora sí me vas a invitar un pomo?

—Estarás tan bueno...

—Bueno no, pero sí pitudo...

Rosicler le dio un zape.

—No, contigo son puras broncas, puros pinches sustos. Ya ves lo de Capazzio...

—Gordis, yo qué culpa tuve; reclámale al difunto... Anda, cotorrea con nosotros. ¿No ves que estamos celebrando que acá el güero entró a la Universidad?

—¿En serio? ¿Sí quedaste, güero?

María lo miraba con deleite. Era bonita, sí; qué importaba que no supiera caminar con aquellos horribles tacones y que su acento de barrio fuera demasiado fuerte, si su cuerpo era esbelto, su piel lisa y sus ojos le miraban como si quisieran comérselo. No podía descifrar su edad. No había ni una arruga en su rostro y sus manos parecían las de una niña, pequeñas e inquietas, a punto siempre de tocarlo, arrepintiéndose en el último segundo. Pero sus ojos eran distintos: había una especie de ansiedad primitiva en ellos, un deseo de devorar del que carecía la mayoría de las chiquillas.

—Sí, entró a la escuela de los pintores. Va a ser artista —dijo Pachi.

«Mentira», pensó Vinicio. Los resultados serían publicados hasta el domingo.

—Yo quiero que me pintes un cuadro —dijo María.

Vinicio asintió. Los ojos de ella parecían decirle: *puedo ser tuya esta misma noche*.

¿Hacía cuánto que no cogía?

—Hasta dos —ofreció Pachi—, pero saquen el pomo...

Vinicio pensó que Pachi era un idiota, aunque uno increíblemente astuto. Pero lamentó que hubiera mencionado lo de los resultados. Se había esforzado mucho por olvidar la fecha, sacarla de su memoria, fingir que el día en que su destino se decidiría estaba aún lejos y no a horas de distancia: la escuela de arte, en la capital, o la de contaduría, en el puerto, o ninguna de las

dos, quizás. Demasiada gente hacía el examen de ingreso a la universidad estatal y las calificaciones de Vinicio eran mediocres. La prueba escrita le había parecido sencilla, lo que le preocupaba era el dictamen del jurado de la escuela de arte. Seguramente se reirían ante sus maltratados dibujos — algunos los tuvo que despegar de las paredes de su cuarto— de zanates posados sobre las bardas del patio, zanates atacándose al vuelo, zanates bañándose en los charcos que dejaba la lluvia en las aceras, zanates acicalándose con los cuellos torcidos y las plumas henchidas.

Aurelia se había quedado con los mejores dibujos. Decía que, algún día, se tatuaría uno de ellos en la espalda.

«Monotemático», dirían los jurados de la universidad, y arrojarían su carpeta al cesto de la basura.

—Ey, reacciona.

Pachi tronaba los dedos frente a su rostro. María, ahora de pie, se alisaba la falda. Rosicler se levantaba con esfuerzo; esquirlas de pintura herrumbrosa quedaron pegadas a sus enormes pantalones pescadores.

—María dice que vayamos a Playa Norte. Que una comadre suya tiene fiesta en su palapa.

—¿Su comadre? —preguntó Vinicio, en un susurro.

—La madrina de su hijo.

—¿María tiene un hijo?

—Tiene dos, papacito. ¿No sabías?

Vinicio sacudió la cabeza. Era imposible que un crío cupiera a través de aquella caderita apretada.

—Vamos por la mota —ordenó Pachi.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Tienes miedo de que llegue tu vieja?

Pachi lo miró con desprecio.

Cruzaron la calle mientras las chicas aguardaban en la esquina.

Vinicio abrió la reja del zaguán para que pasara su amigo.

—Te espero aquí —dijo este.

Vinicio titubeó. No quería entrar solo a la casa.

—No seas puto... —le dijo, resentido.

—No seas puto tú. Ve rápido...

Un cansancio que le recordó el dengue invadió sus miembros. Se llevó una mano a la frente y palpó su piel sudorosa. Si tan solo tuviera un acceso más de fiebre...

—Mejor nos quedamos —dijo Vinicio.

—No mames.

Vinicio señaló el cielo: azul apagado manchado de rosa.

—Se está haciendo de noche.

—¿Y qué?

Vinicio bajó a la acera.

—No sé...

—Anda, Vini, no seas puto. La gorda ya dijo que saca el pomo.

—¿Eso te dijo?

—Ya hasta me dio el dinero...

Vinicio se mordió los labios.

—Anda, cabrón; si no vas, María tampoco va. Y si María no va, la marrana no saca nada...

Vinicio miró el suelo, indeciso.

—¿O a poco quieres quedarte?

Señaló la fachada de la casa con su barbilla. Aquello quería decir: *con ella*.

Vinicio atravesó el zaguán.

—No me tardo.

—Pronto lle-ga-rá, el día de mi suer-te... —canturreó su amigo como respuesta.

Abrió la puerta y la cerró, cuidando de hacer el menor ruido posible. Las luces de la planta baja estaban todas apagadas, pero a través de la ventana de la sala se colaba algo del resplandor del alumbrado del parque, lo que le permitió llegar al pie de las escaleras sin chocar con los muebles. Palpó la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Un foco mortecino se encendió en el segundo piso.

—Mamá... —llamó el chico, con el pie inmóvil en el primer peldaño.

Contenía el aliento para escuchar los ruidos de la casa: el bramido del refrigerador, el murmullo de la lámpara con el falso contacto, los chasquidos de una salamanquesa escondida entre las sombras.

Subió al segundo piso. Iba encendiendo todas las luces que podía mientras avanzaba: la del final del corredor, la del baño. Se detuvo en el umbral del cuarto de sus padres. De su madre, se corrigió mentalmente. La puerta estaba entreabierta. Le parecía que los muebles estaban dispuestos de otra manera pero la oscuridad no le permitía ver más que contornos: la cabecera de la cama, el borde de la cómoda, el brillo de la chapa del armario.

—Mamá...

No había nadie ahí.

Caminó hasta su habitación.

Encendió la luz y se encerró con llave. Se desvistió pero no se descalzó; el suelo estaba inmundado. Arrojó a un rincón las prendas sucias, húmedas de sudor, que había llevado todo el día. Encendió el ventilador y se paró frente a la corriente de aire fresco. Pensó, mientras retorció entre sus dedos los vellos rojizos de su pubis, que sería mejor quedarse en casa. El sereno de la playa podría hacerle mal, la fiebre podía reactivarse. Había fumado demasiada mota y los pulmones le ardían. El cuerpo entero le dolía, especialmente en las articulaciones. Aún no estaba suficientemente ebrio como para olvidar el hambre, el cansancio. Había pasado la noche en vela escuchando las risotadas de su madre en el piso de abajo, las horribles cumbias que el tipejo con el que llegó se empeñó en poner en el estéreo de su padre.

Oh, su padre se habría puesto furioso por la bacanal que su madre armó en la sala la noche anterior, con aquella música pegajosa que retumbaba en los muros. El viejo no escuchaba otra cosa que boleros: Alberto Cabral, Guadalupe Pineda, Armando Manzanero y los Hermanos Carrión constituían la mayor parte de su colección de discos, destruida en la hoguera. La última adquisición de su padre, *Ricardo Montaner en concierto con la London Metropolitan Orchestra*, había sonado en aquel estéreo durante días enteros. Su padre ya estaba enfermo pero se negaba a ser internado en el hospital: pasaba las tardes echado en trusa sobre el sofá reclinable, abanicándose con el periódico y suspirando:

—Esto es música.

—Para ancianos —mascullaba Susana desde la cocina.

A Susana le gustaba la salsa. «La música alegre, no las chocherías», decía para puyar al viejo, que la ignoraba.

¿Qué había unido a sus padres, si todo el tiempo estaban peleando? Se llevaban casi veinte años de diferencia y parecían odiarse. Vinicio tenía la impresión de que no conocía realmente a ninguno de los dos. Fuera de la esporádica visita de alguna tía, Susana no parecía tener familia. Apenas hablaba de su infancia en la ranchería; decía no recordar nada. Vinicio sabía que había trabajado de mesera, antes de que él naciera. De su padre sabía que se había casado muy joven, con otra señora que ya había muerto, que tenía hijos a los que visitaba algún esporádico domingo. Solo una vez —Vinicio debía tener cinco o seis años— su madre permitió que lo llevara a conocer a «los otros»: el desprecio la hacía enchuecar la boca al referirse a los hijos de la primera esposa. Vinicio subió con su padre a un autobús y atravesaron la ciudad hasta llegar al norte del puerto. En el camino, su padre le explicó que era el cumpleaños de su hija, la única mujer de su progenie. Vinicio se la

imaginaba como una niña vestida de rosa, en medio de globos y piñatas, y se sorprendió cuando la cumpleaños resultó ser una señora muy afectuosa con hijos incluso mayores que Vinicio. Jugó toda la tarde a las escondidas, con sus medios sobrinos, y prometió volver si Susana le daba permiso, cosa que no sucedió de nuevo.

Ni siquiera le habían contado que no estaban casados. Vinicio lo descubrió solo, husmeando entre los documentos que su madre guardaba en lo alto del armario. Había ahí dos actas de nacimiento suyas. En la primera, leyó con sorpresa, se registraba a un chico nacido el mismo día que él pero con los apellidos de su madre. En el campo donde debía aparecer el nombre del padre había una hilera de guiones negros, mecanografiados con la fuerza suficiente como para hendir la cartulina. En la segunda acta, fechada un año después, aparecía como Vinicio, con los apellidos de su padre. El encabezado del papel rezaba: reconocimiento. El estado civil de su madre, en los dos papeles, señalaba «soltera».

Salió al pasillo y entró al baño. Sobre los mosaicos descubrió huellas de calzado, zapatos de hombre que atravesaban el cuarto y se detenían frente al inodoro. ¿Serían las del amante de la cumbia? No recordaba haberlas visto en la mañana. Las cubrió con sus tenis y vació su vejiga. Antes de jalar la cadena examinó atentamente el color de su orina: le parecía demasiado oscura. ¿Sería síntoma de algo? Se llevó la mano a la frente, por enésima vez en el día. Su piel estaba sudorosa pero fresca. Sus manos olían a almizcle. Se las lavó en el fregadero.

Pensó que quizás sería bueno darse una ducha. Apartó la cortina y descubrió las antenas de una cucaracha asomando de la rejilla del desagüe. Tuvo miedo de que el insecto le trepara por la pierna, mientras estaba bajo el chorro del agua, así que se conformó con lavarse la cara y los sobacos en el lavamanos. El borde de la porcelana estaba salpicado de flemas endurecidas y restos de pasta dental. Su padre hubiera gritado como energúmeno, hasta hacer temblar los cimientos de la casa, pensó Vinicio, de ver el estado en el que se hallaba todo. Era un maniático de la limpieza.

«Era», pensó.

Abrió la gaveta del espejo. Las lociones y afeites de su padre habían desaparecido.

—Papá —susurró.

Solo la salamandra respondió con chasquidos.

—¿Padre? —repitió, en voz alta.

Nada. Podía escuchar el ruido del tráfico, de los chicos jugando en el parque. Ni una señal, nada.

Quizás la magia negra de su madre había funcionado. Quizás su fantasma, que él nunca pudo ver, se había marchado para siempre.

Apagó la luz del baño y regresó a su habitación. Se vistió con ropas que casi no usaba, las únicas que quedaban limpias: un pantalón de mezclilla deslavada, una playera blanca con la imagen de una mujer recargada en un auto. Ropa vieja, pasada de moda, olorosa a polvo. Había perdido tanto peso con la enfermedad que de nuevo le venía.

Metió el envoltorio con la marihuana y la cartera de papelillos en su bolsillo.

De vuelta en el pasillo, no resistió la tentación de asomarse al cuarto de sus padres. De su madre, se corrigió. Quería verlo cambiado. Cruzó el umbral y caminó en la oscuridad con las manos extendidas, los pies listos para detenerse al sentir que chocaba con algo. Logró llegar a la cama, y siguiendo el borde con la rodilla, avanzó hasta sentir el cordón de la lámpara —hacía ya días que el foco del techo había estallado y nadie lo había cambiado; quizás Vinicio debería empezar a hacerlo— y la encendió.

Su madre solo había movido la cómoda y la cama: el armario, demasiado pesado para ella, seguía en su sitio. Sobre la pared más grande, el retrato familiar había sido sustituido por un cuadro que Vinicio jamás había visto: una hermosa acuarela azul, un retrato de una adolescente de brazos desnudos y ojos entornados. Vinicio montó a la cama de un salto y se acercó al retrato hasta casi tocarlo con las narices. Era su madre, era un retrato de su madre: ahí estaba el cabello rizado, secado al aire, etéreo; los hombros redondos, el cuello esbelto, la sonrisa desdeñosa. Y la mirada; vaya manera de falsificar esa mirada, pensó el chico: fija y distante a la vez, como sumida en pensamientos secretos. Llevaba una camisola amplia, de hombre, con los botones abiertos a la mitad del pecho. No debía tener más de dieciocho años. ¿Estaría ya embarazada de Vinicio mientras posaba? ¿Habría tratado de disimular su vientre con aquella ropa enorme?

Tocó el vidrio que protegía la acuarela. El marco lucía nuevo; aún olía a barniz. La cartulina, en cambio, mostraba manchas de humedad y algunos dobleces. ¿Cuánto tiempo habría estado escondida en lo alto del armario, enrollada como un pergamino, oculta a los ojos de su padre, del propio Vinicio?

Buscó la firma del artista. La halló en la parte inferior; ocho letras mayúsculas, entreveradas, sin fecha: plawecky.

Era bueno, aquel Plawecky, reconoció Vinicio. Aquel retrato en verdad era impecable: tenía la impresión de que era su propia madre, milagrosamente rejuvenecida, la que lo miraba detrás del vidrio con crueldad gozosa.

—Era tu amante, ¿verdad? —murmuró.

Plawecky. No podía dejar de formar las sílabas con los labios resecaos, en silencio. Aquello le sonaba a ruso. Pero los rusos no escribían así, ellos tenían un alfabeto diferente, pensó, como el de los griegos. Plawecky: doble uve, pronunciada seguramente como una *ge* suave, la *ka* sonora: Plagüequei.

Lo repitió en voz alta. Sonaba a hielo, a nieve, a países que cambiaban de nombre cada año, despedazados por las guerras. Gente rubia, alta; mujeres de trenzas del color de la cerveza, ojos claros, azules.

Recordó sus propias palabras: «¿De quién soy hijo?».

La sonrisa del retrato parecía hacerse más grande. Las paredes del cuarto de sus padres —de su madre— se encogían, lo encerraban. Bajó de la cama y salió a trompicones de la habitación. Las sienes le latían dolorosamente. Bajó las escaleras como en un trance.

—Plawecky —repetía, una y otra vez.

Le sorprendió, al abrir la puerta de la calle, que aún fuera de día. Dentro de la casa había ya una oscuridad de noche sin luna.

Pachi. ¿Dónde estaba Pachi? Tenía que decirle, que contarle.

Un auto hizo sonar el claxon, desde la esquina. Vinicio volvió la mirada: era un taxi. Lo conducía un hombre de bigotes. Tardó unos segundos en reconocer los rostros de María y Rosicler agitando los brazos desde la ventanilla trasera.

El rostro de Pachi, sus brazos desnudos, aparecieron sobre el toldo del auto.

—¡Córrele, cabrón! ¡Se nos va a hacer tarde!

El chofer del taxi, al que Pachi llamaba Trejo, resultó ser un antiguo compañero de clase. Vinicio no podía recordarlo a pesar de que el sujeto insistía en haber estado en el mismo salón de clases que ellos durante los tres últimos cursos de la escuela primaria.

Trejo sí lo recordaba a él.

—El arroz entre los prietitos —lo saludó cuando Vinicio, con no poco esfuerzo, se apretujó en el espacio que las chicas le reservaron en el asiento trasero, justo detrás del conductor. No tuvo más remedio que hundir el hombro y buena parte del brazo contra la adiposidad de Rosicler, que al final resultó ser bastante cómoda. Sus piernas, en cambio, quedaron encogidas, pues Trejo manejaba casi acostado, con la mano que sostenía el cigarrillo

fuera de la ventanilla. Vinicio lo contempló a través del espejo colocado sobre el parabrisas: no parecía tener la misma edad que ellos. Se veía demacrado, lleno de arrugas, como si una enfermedad lo consumiera.

El bigote no le crecía parejo; parecía que le faltaba una parte del labio.

Se detuvieron frente a una tienda. Trejo apagó el motor y Pachi entró al establecimiento, tarareando su estúpida canción. Regresó con bolsas que Vinicio adivinó contenían la botella de vodka y una garrafa de imitación de jugo. Trejo arrancó el auto con un rechinado que las chicas celebraron con risas.

—Pon musiquita, Trejo —pidió Rosicler.

El chofer movió algo en el tablero y la voz de Cristina Aguilera tronó en los oídos de Vinicio; las bocinas se hallaban justo detrás de su asiento.

Pachi hacía malabares con la botella, el jugo y varios vasos de plástico que sacó de su envoltorio, rasgándolo con los dientes. Sirvió alcohol en uno de ellos y pidió a Rosicler que lo sostuviera. El picante olor del trago llegó hasta las narices de Vinicio. Sin pensarlo, arrebató a Rosicler el vaso y despachó el contenido de golpe, sin hacer un solo gesto. Luego arrojó el vaso por la ventana.

—Hijo de la chingada —gritó Rosicler.

Pachi lo miró con odio a través del espejo; Vinicio le mostró los dientes. Al fin llegaba el alivio: las arterias de su punzante cerebro comenzaron a distenderse y la sangre atrapada, caliente, se deslizó hacia su rostro y coloreó sus mejillas.

—Dame más —gritó Vinicio.

—Echale jugo —dijo Rosicler.

—Me vale verga el jugo.

Pachi infló las aletas de la nariz y le lanzó otra mirada. Esta que quería decir: *te estás portando mal*.

—Toma, pero no tires el vaso, pendejo. Después nos harán falta...

Trejo reía.

—Siguen siendo ustedes la misma mamada de siempre...

Ahora Britney era la que cantaba.

—Pinche Pachi, si esto es vodka yo soy Madonna —reclamó Rosicler, después de dar un trago al menjurje.

—Es vil caña —dijo María, con una mueca.

—Es para lo que me alcanzó, mami.

Rosicler chasqueó la lengua.

—Gordis, no te enfades. Mira, aquí dice «cien por ciento puro de caña». O sea, hasta es natural y toda la madre.

—Será cien por ciento puro etanol, hijo de la verga —replicó ella.

Pero siguió bebiendo. Una de sus enormes tetas rozaba la mejilla de Vinicio. Era fofa y suave como masa; ni siquiera olía tan mal como pensaba.

Pachi y Trejo no dejaban de parlotear.

—¿Cómo ves a la vieja esa? —decía Trejo.

—¿Cuál?

Le señaló el estéreo.

—¿La Britney? Se me hace gorda.

—Noooo —se quejó el taxista.

—Estás pendejo —dijo Rosicler.

Vinicio rodó los ojos dentro de las cuencas. Conocía a su amigo: sabía lo que venía.

—La veo y se me hace gorda esta... —contestó Pachi, agarrándose el paquete por encima de las bermudas.

La risotada de Rosicler trepidó en su cerebro.

Trejo sonreía. Estiraba los labios de tal manera que Vinicio pudo ver en detalle la cicatriz rosa que nacía en donde el bigote raleaba. Era una herida joven: el tejido lucía irritado, brillante. Sus ojos y los de Vinicio se encontraron en el espejo. Vinicio, apenado por su curiosidad, los desvió hacia la ventanilla.

Era la hora pico del tráfico; ni siquiera llegaban aún al puente. El sol había desaparecido ya detrás de las casas; una estela sonrosada señalaba el rumbo de su huida.

Ahora era Ricky Martin, en la radio, viviendo la vida loca.

Las chicas lanzaron gritos de entusiasmo.

—Ese güey es ganso —dijo Pachi.

Rellenó con alcohol, de mala gana, el vaso que Vinicio le extendía. Cuando aquel se lo bebió de un solo trago, volvió a llenarlo de nuevo.

—Te va a llevar la verga... —le advirtió.

Vinicio respondió con una risita.

—Cuánto pinche tráfico —decía María—. Vamos a llegar a medianoche.

—Es nomás este tramo, *mija*. Los semáforos no sirven.

—Loco... —De pronto Pachi se había puesto serio—. Loco, ¿ya supiste lo de Tacho?

—¿Lo del Capezzio?

—No. Lo mataron.

—¿En serio?

Vinicio no podía dejar de ver la cicatriz, de Trejo, su rostro de viejo prematuro, el cuello flácido, lleno de arrugas, la camisa que parecía colgar de sus hombros descarnados como una percha. Lo miraba parlotear con Pachi sin mirar siquiera el camino. Con una mano, fuera de la ventanilla, sostenía el cigarro. En la otra llevaba el vaso de alcohol. ¿Con qué sostenía entonces el volante, con las rodillas? Fruncía los labios al sacar el humo. La cicatriz, se plegaba y hacía evidente un gran hueco.

—Fue una chamaca —dijo Trejo.

Miraba a Vinicio a través del retrovisor.

—¿Eh? —balbuceó este.

—La que me lo hizo —señaló hacia su cara con la misma mano que sostenía el vaso; un poco del líquido salpicó su camisa—. Fue una pinche chamaca, con una caguama. Una pinche escuincla como de quince años. Estaba yo en la costera, chupando con unos valedores, y a un cuate se le botó la canica y nos armó bronca. Ya nos íbamos a dar el tiro cuando llega la escuincla, de la nada, y que le revienta la caguama llena, en la cara, a mi amigo. Luego se fue encima de mí con el pico —fingió dar una estocada; el volante se le movió y al auto basculó a la derecha.

El conductor de al lado les soltó un bocinazo.

—Yo alcancé a hacerme para atrás. La pinche loca nomás me encajó la punta. Mira...

Arrojó la colilla por la ventana y se alzó el labio. Le faltaba un colmillo, una par de muelas y una considerable porción de encía.

—Al vato al que le reventaron la caguama quedó peor. Ahora le decimos Charrascas.

Vinicio quería decir que lo lamentaba, pero su lengua se rehusaba a moverse. El alcohol lo hacía ver todo en cámara lenta.

Pachi estaba escandalizado.

—Loco, ¿y la agarraste, a la chamaca?

Trejo sacudió la cabeza.

—Loco, tienes que sacártela. Pinche vieja, mira cómo te dejó...

—Deja nomás que la encuentre...

El taxi trepó al puente y luego alcanzó la carretera. El tráfico se concentraba en el carril contrario, el de los autos que regresaban al puerto.

Al llegar a la entrada de la brecha, Trejo detuvo el auto. La música de la radio siguió sonando.

—Hasta aquí llego, banda.

—¿Aquí nos vas a dejar? —Repeló Rosicler—. Falta un chingo hasta adentro.

—Somos muchos, hija. No se me vaya a quedar el carro atascado.

Bajaron del auto. Vinicio avanzó unos pasos hacia la brecha: arena dura salpicada de piedras, rodeada de pinos flacos, torcidos por culpa de las tormentas. ¿Cómo se llamaban aquellos árboles que el gobierno sembraba para proteger las costas de los huracanes? ¿Araucarias? Eran árboles muy tristes: pinos navideños raquíuticos, tercermundistas.

—Carnal, gracias por el aventón —decía Pachi, zalamero, con medio cuerpo dentro de la ventanilla del copiloto.

—Cuando quieran.

Trejo encendió las luces, quitó el freno de mano y soltó el embrague. Avanzó unos centímetros pero en vez de girar el volante para regresar a la carretera, se detuvo y les gritó:

—¿No llevan linterna?

—Vamos a la palapa de mi comadre, ahí hay luz —dijo María.

Los autos que salían de la brecha llevaban ya las luces encendidas.

—Pues métnle prisa. No se les vaya a hacer de noche.

Tuvieron que caminar junto al mar. La arena mojada de la orilla era más fácil de pisar que la arena suelta del medio de la playa.

Iban en fila india, Vinicio al último. Sentía el cuerpo agradablemente entumido. Sus piernas eran dos mogotes de corcho que seguían a Pachi con voluntad propia. Caminaba con los ojos fijos en el mar, en aquella masa de plomo fundido que atacaba la arena y la cubría con retazos de algas: listones verdes arrancados de los pastizales marinos; manojos de sargazo dorado, sus tallos cargados de frutos diminutos, ocres cuando frescos, rojos cuando ya fermentados. Trataba de no pisar los trozos de coral muerto para no destruir las intrincadas estructuras que le hacían pensar en jirones de encaje endurecido, claros como la espuma o magenta como el último rastro de color en el firmamento. Bandadas de playeros —esas avecillas zanconas que limpian de morusas la orilla de las playas— los precedían: aleteaban unos segundo en el aire y se posaban metros más adelante, y luego volvían a recorrerse, asustados por la presencia de los chicos.

—Pájaros putos —gritó Pachi, y pegó la carrera hacia ellos.

Los playeritos se dispersaron, despavoridos. Vinicio, furioso, corrió tras Pachi. Quería decirle que dejara en paz a los pajarillos, que ya bastante tenían los pobres con soportar a los turistas que ensuciaban sus playas, pero no lograba articular nada, solo gruñía. Alcanzó a Pachi y se abrazó a su cintura.

Los dos rodaron por el suelo. La cabeza de Vinicio golpeó la arena mojada; sus mandíbulas restallaron y sus molares hicieron presa en algo blando que tronó al partirse. No sentía dolor, pero algo caliente resbalaba por su lengua y llenaba el fondo de su garganta. Se había mordido el interior de la mejilla, le dijo María, después de que lo ayudara a ponerse en pie y echara un vistazo al interior de su boca.

—Pendejo —gruñó Pachi.

Vinicio le sonrió sin ganas, con los dientes manchados de sangre.

María los guiaba. Parecía indiferente a la creciente oscuridad.

—Ya mero llegamos. Es detrás de esa lomita.

Podían escuchar ya la música; llegaba en ráfagas, con el viento: trompetas, una lluvia de percusiones, la voz engolada de un hombre. Vinicio conocía aquella canción; su madre la escuchaba sin parar. Oscar D'León, el Diablo de la salsa.

*Llorarás y llorarás
sin nadie que te consuele
y así te darás de cuenta
que si te engañan duele.*

Cuando su madre ponía aquella canción no parecía gozar, pensó. Bailoteaba sola por la casa con una expresión melancólica.

El viento le hería los ojos. Ahí, a una distancia imposible de calcular *en la* oscuridad, brillaba un foco solitario.

La palapa resultó ser una choza amueblada con sillas y mesas de plástico. Las paredes estaban cubiertas con lonas de distintas marcas de cerveza. Un grupo de hombres sin camisa bebían sentados en el medio; cada uno sostenía su propia caguama. Una mujer surgió del fondo de la palapa cuando entraron. Se les acercó sonriendo; era la comadre de María. Llevaba una falda larga y suelta, de gitana y, prendida de su cadera, aferrando su blusa como una cría de mono, una niña despeinada y casi desnuda se chupaba un dedo.

Vinicio se desplomó sobre una silla, frente a la mesa en donde colocaron lo que quedaba del aguardiente. Se ocupó en beber un vaso tras otro de aquel menjurje. Pachi y María bailaban junto a la mesa. Él lo hacía mejor que ella: la hacía dar vueltas, la atraía contra su pecho para luego rechazarla, le tocaba el trasero con caballeroso disimulo. Rosicler tomó asiento a su lado; apenas cabía en la silla: los rollos de grasa se desbordaban por encima del plástico. Puso una mano sobre el brazo de Vinicio y lo miró con dulzura, colorada y jadeante. Vinicio temió que quisiera bailar: había pocas cosas que le

avergonzaran tanto. Miró hacia el grupo de los descamisados. Bebían en silencio y miraban a los danzantes con los ojos entrecerrados por la lujuria. Miraban a la gorda, e incluso a él, con lujuria. Hacía demasiado calor y le parecía que la choza estaba montada en una especie de tiovivo que giraba cada vez más rápido. Decidió que necesitaba aire fresco y salió de la palapa.

Caminó hacia la orilla y se sentó sobre un tronco del color de la luna, pulido por la resaca. No podía distinguir el mar del cielo: ambos eran completamente negros, como si la playa fuera una plataforma que flotara en medio de la nada. El sonido de las olas le pareció el efecto del vacío, como el rumor que se escucha al ponerse un caracol muerto en la oreja. Entornó los ojos para borrar las luces coloridas de los navíos aparentemente fijos en el horizonte, de tal forma que solo pudiera contemplar la negrura. Era como si estuviera sentado en la orilla de un abismo, como si aquella nada siniestra y caníbal de la que hablaban en ese libro que había leído de pequeño, *La historia interminable*, hubiera ya devorado hasta la última mota de polvo del universo y no quedara nadie más en el mundo —nadie más que él— para contemplarla.

Sintió vértigo y miró hacia arriba. La luna le sonrió desde las alturas, convertida en un cuerno de plata. Las estrellas lo miraban, indiferentes. Cerró los ojos y se dejó vencer por el sueño.

En algún momento percibió la presencia de alguien a su lado. Ya no estaba sentado sobre el tronco sino tendido sobre la arena, con una de las ramas como almohada. Había alguien ahí, alguien que callaba, que respiraba quedamente: María. Extendió la mano hacia ella y sintió sus dedos cerrándose contra los suyos, trepando por su mano hasta alcanzar su pecho, su cuello, su cara. Los dedos de la chica producían un sonido áspero al acariciar su barba. Olió su aliento cálido, ligeramente etílico, y se inclinó para besarle la boca.

Se acariciaron; las manos de ella lo recorrieron, posesivas. Pero Vinicio había bebido demasiado y estaba muerto justo ahí en donde más se afanaba. Ansioso, la recostó en la arena y le quitó las bragas. Su sexo estaba listo, húmedo y dilatado. Los dedos de Vinicio jugaron en la entrada y luego se deslizaron hasta el fondo de ella.

La haría sentir bien, de todas formas. La amaría, de todas formas.

—Aurelia —susurró.

Fue más bien un quejido.

—¿Qué dijiste?

La tierna carne de María se cerraba en torno a sus dedos; los rechazaba. Supo que si continuaba la lastimaría, así que los retiró. Se abrazó a sus

piernas e intentó meter la cabeza entre sus muslos, besar el triángulo oscuro de vellos empapados. Ella lo empujó y se desvaneció en la oscuridad de la playa.

Vinicio rodó hasta quedar boca arriba. Lo había arruinado. Estúpida Aurelia.

Las estrellas azules lo miraban desde las alturas, sin piedad alguna, silentes.

Lo despertó una mano sobre su cadera, dedos que rozaban su ingle por dentro del bolsillo.

—¿María...? —balbuceó.

—Ya quisieras.

Era la voz de Pachi. Estaba en cuclillas junto a él y buscaba el paquete de marihuana en su bolsillo.

Vinicio se enderezó tan rápido que sintió náuseas.

Pachi reía quedito.

—¿Qué horas son? —preguntó.

—Llevas como dos horas botado.

Podía jurar que solo había cerrado los ojos un momento.

Se tocó el rostro, los cabellos. Estaba perdido en arena. Se la sacudió a manotazos.

—¿Ya se te bajó? —preguntó Pachi.

—Un poquito.

Al menos ya podía hablar sin sentir que la lengua se le escaparía de la boca. Le dolía la mejilla por dentro, ahí donde se había mordido.

Los dedos de Pachi trabajaban en la oscuridad: picaban la yerba dentro del envoltorio y desechaban las semillas, arrojándolas por encima de su cabeza. Aquello sería un buen bocado para los cangrejos, pensó Vinicio. O para los playeritos.

—¿Vomitaste?

—No tengo nada que vomitar.

—Hay botana, allá dentro.

Escupió saliva cáustica como respuesta.

No quería regresar aún. No estaba listo para hacerle frente a María.

No había comido nada en todo el día, recordó, más que aquellas galletas, y la cerveza, y todo aquel alcohol que ahora le dejaba en la boca un gusto a solvente. Había sido eterno aquel día, y aún no acababa. No era ni siquiera medianoche, intuyó mirando la luna, tendría que regresar a la palapa, seguir bebiendo hasta terminar con las botellas de aguardiente, fingir que gozaba al

bailar aquella música salvaje. Luego saldrían todos a ver el amanecer. El sol asomaría su rostro bermejo por encima de las olas y entonces podrían caminar de vuelta a la carretera, antes de que el sol se tornara abrasador. Quizás Rosicler accedería a pagarles el pasaje de autobús. Si no, tendrían que pedir aventón, o volver a pie. Volver a casa, con su madre.

Se estremeció.

—Plawecky —dijo, en voz baja.

Escuchó un chasquido. El rostro de Pachi, iluminado por la flama del encendedor, apareció a su lado, más cerca de lo que creía. El viento cálido atizaba la brasa.

—Plawecky —repitió.

—¿Eh? —dijo Pachi.

La brasa respiraba, viva. El olor de la mota, quizás por primera vez en su vida, le pareció agradable.

—Plawecky, mi padre.

Pero Pachi ya no lo escuchaba.

—Chist... —susurró.

Vinicio se enderezó. Miró en la dirección en que apuntaba la punta del cigarrillo: hacia el norte, hacia el final de la playa.

En medio de la negrura, un punto de luz se agitaba. Y crecía.

Pensó en las brujas de las historias de su madre. En las luces malas que perdían a los borrachos.

—¿Qué es? —le preguntó a Pachi.

—No sé. Creo que alguien viene.

4

Zahir tiraba de su hermano; lo llevaba zocado de la muñeca. Con la otra mano sostenía la linterna. El débil haz que salía de ella no lograba iluminar más que un reducido círculo de arena frente a sus pies. El viento golpeaba su espalda, llenaba sus orejas de tierra y azotaba sus pantorrillas desnudas con marañas de maleza seca que arrancaba de las dunas. Aullaba sin palabras, aquel viento áspero. Igual que su hermano.

Zahir ya no intentaba consolarlo. Se limitaba a arrastrarlo a través de la algaida. Sujetaba al chico con tanta fuerza que podía adivinar la forma de los huesos bajo la envoltura de carne. No podía soltarlo, ni siquiera para amarrarse los lazos de los tenis. Estaba convencido de que Andrik escaparía si aflojaba la presión, aunque solo fuera por un instante: correría hacia el bosque de casuarinas y Zahir ya no podría volver a encontrarlo, al menos no de noche, en una oscuridad tan cerrada, con aquella linterna inútil que encontró en la casa del hombre. Cada vez que la dirigía hacia los lados, la luz se diluía en la negrura del bosque o del mar rugiente. Solo podía usarla para alumbrar el suelo bajo sus pies, para esquivar los troncos que la marea empujaba hacia la playa; para aplastar bajo sus suelas los cuerpos pálidos de los cangrejos alelados bajo el débil fulgor.

Contaba sus pasos: eso ayudaba. Contaba cada una de sus zancadas, entre dientes. Cada vez que llegaba al cien volvía a empezar, para no confundirse. Porque si titubeaba —si su boca se detenía y dejaba de aspirar los nombres de los números— el miedo volvía; la oscuridad se hacía más densa y la porción de arena que la linterna iluminaba parecía ser la misma siempre, como si caminaran en círculos. Así que contaba cada paso, cada zancada, y rechinaba los dientes para soportar el ardor en la entrepierna. Sentía que la piel de su escroto y la cara interna de sus muslos ardían en carne viva por la Fricción de la tela y el sudor vuelto mugre. Los pies ya no le dolían: ahora apenas podía sentirlos. Cada pocos metros tropezaba y entonces Andrik, cuyas piernas parecían hechas de trapo, chocaba contra su espalda y Zahir debía alzarlo del suelo.

—Todo va a estar bien —murmuraba Zahir, con la lengua inflamada por la sed.

Saldrían de aquel maldito lugar y llevaría a su hermano a un sitio seguro donde pudiera descansar, recuperarse. Llevaba el dinero del hombre y sus

tarjetas de crédito en la mochila; la navaja, el reloj inservible en el bolsillo. Todo estaría bien si conseguían salir de ahí: la maldita playa no podía durar para siempre; la brecha que salía a la carretera no debía estar lejos. Incluso si caminaban de más, si la oscuridad les impedía ver la salida, tarde o temprano tenían que llegar a algún sitio, aunque fuera a las vías del tren o a los muelles. Miró hacia el sur, hacia el bosque y las dunas: apenas distinguía las sombras de las casuarinas. Del otro lado, sobre el mar, no había más que negrura; ni siquiera alcanzaba a ver las luces del astillero. Ni los barcos iluminados en el horizonte, ni el chisporrotear de las estrellas en el cielo le servían para orientarse.

—Ya estamos cerca —le mintió a su hermano.

Andrik ni siquiera lo miraba.

Tuvo que apartarlo del hombre a tirones: no le quitaba los ojos de encima, como si quisiera grabar en su mente cada detalle de ese cuerpo amoratado. Lo llevó al segundo piso para vestirlo. Estaba más alto y flaco; sus hombros eran más anchos de lo que recordaba. Tenía los dos ojos morados y el labio inferior machacado, negro.

Tuvo ganas de bajar a la cocina y repetir en el cuerpo del hombre las heridas de su hermano. Pero no había tiempo.

Zahir revisó las gavetas, los cajones del cuarto, hasta encontrar la cartera. Eligió las ropas de Andrik y se las puso sobre la cama. El chico no se movió cuando le pidió que se apresurara. Parecía sordo.

Tenía el torso y la espalda salpicado de ronchas purulentas.

Zahir recorrió las otras habitaciones. Se asomó por la ventana del pasillo. Alcanzó a ver las luces de una patrulla que desaparecía en la esquina. Volverían, pensó Zahir; se quedarían un rato dando vueltas. Con suerte no se bajarían a tocar; quizás solo descenderían y mirarían por la ventana. Las cortinas estaban corridas y eran espesas; no había manera de que vieran el cuerpo.

Contó el dinero. No era suficiente para pagar los boletos, pero para eso les servirían las tarjetas de crédito. Tendrían que hacer autoestop hasta otra ciudad, alejarse lo más posible del puerto. Repasó los billetes; se dio cuenta de que tenían manchas de sangre. Intentó desvanecerla con saliva. Sabía amargo.

Había marcas de sangre hasta en las paredes del pasillo, en los muebles, en el pasamanos. Corrió a lavarse al baño.

Cuando regresó al cuarto, el chico aún no se había vestido.

—¿Qué te pasa, carajo? Tenemos que irnos.

Le puso la playera, los pantalones, los zapatos. Todo negro. Le quitó el cabello de la cara. Lo jaló del brazo a través del pasillo, por las escaleras. El hombre seguía en el mismo sitio. Andrik hizo un gesto de dolor al verlo. Estuvo a punto de pegarle, pero se contuvo.

—Actúa normal o nos van a agarrar —le ordenó.

Pensó que Andrik había asentido.

Caminaron bajo el sol menguante: Andrik primero; Zahir detrás, con su mano sobre la nuca del chico, guiándolo. Debían llegar a la carretera. Pedirían aventón hasta la capital del estado y luego usaría la tarjeta para comprar comida y billetes de autobús y dormirían todo el trayecto, Andrik recargado contra su hombro. No sabía a dónde viajarían: ya se le ocurriría cuando llegaran a la estación; solo sabía que debía ser lejos, lo más posible. Quizá al norte; pero no a la misma ciudad a la que se había marchado la madre de Andrik.

Atravesaron un baldío y llegaron a una larga calle rodeada de inmensas bardas. Había mucha gente ahí, puestos de comida, motociclistas. Era la salida del primer turno de los obreros de los muelles. Las aceras estaban abarrotadas, así que bajaron a la cuneta para avanzar más rápido.

Andrik parecía cada vez más asustado. Cuando vio la carretera, del otro lado de un solar baldío que debían atravesar, se negó a avanzar y Zahir tuvo que abrazarlo por los hombros para obligarlo.

—Todo va a estar bien, te lo prometo —murmuraba en su pequeña oreja.

Su rostro era tan suave como lo recordaba: terciopelo fino contra sus labios secos.

Usaron el puente para cruzar la carretera. Zahir le ordenó al chico que esperara cerca del bosque de pinos mientras él se plantaba junto al carril que conducía a las montañas, con el pulgar al aire. Insistía particularmente ante las camionetas con bateas abiertas pero no había suerte: iban cargadas ya o demasiado rápido para pensar siquiera en detenerse.

Cuando un auto bajaba el puente, Zahir murmuraba:

—Vamos, vamos.

Pero ninguno se detenía.

Una camioneta le hizo señas con los faros. Bajó la velocidad para detenerse. Zahir, triunfante, buscó a su hermano, pero este no estaba. Zahir corrió hacia la espesura, ignorando el pitido del conductor: alcanzó a ver, a lo lejos, entre ramas agitadas, la playera negra de Andrik.

Entró al bosque polvoriento. Era difícil avanzar por la alfombra de agujas secas y líquenes. Las copas de los pinos estaban llenas de pajarracos negros

que graznaban al verlo, como burlándose. La playera negra se movía con rapidez, unos diez metros adelante; de pronto desapareció. Zahir aceleró hasta ese sitio, temiendo que su hermano hubiese caído en una zanja. Al llegar al sitio encontró un pequeño claro de lodo. Miró en derredor: nada se movía. No había huellas sobre el fango. Chicharras invisibles llenaban el aire con su música inquietante.

Estuvo a punto de desplomarse en el suelo, de rendirse. Pero no podía, después de todo lo que había pasado. Su hermano estaba enfermo: necesitaba ayuda. Cerró los ojos y aguzó los oídos para orientarse. No podía escuchar la carretera pero sí el sonido del océano, así que caminó en esa dirección. Los pinos raleaban ahí; eran más jóvenes y sus troncos aún no se habían encorvado. El suelo ya era de arena y estaba cubierto de voraces enredaderas de florecillas moradas, pero aún no podía ver el mar; una pared de matorrales altos se lo impedía. Usó las manos para apartar las hojas flacas y afiladas como cuchillas. Ahí estaba la playa, el agua. Cerca de la orilla había una gran pila de maderos: era una especie de cabaña, derruida, una cosa medio podrida a medias tragada por el manglar.

Miró hacia el final de la playa: no se veía ni un alma. Miró hacia el mar: lucía apagado pero bravo, revuelto.

—¡Andrik! —gritó.

Le pareció que algo se movía dentro de las ruinas. Se acercó a una de las aberturas, demasiado pequeña para que su cuerpo cupiera. Estaba oscuro ahí adentro y tuvo que sacar la linterna. Su hermano estaba ahí: al fondo de lo que parecía una terraza coja, encogido contra un montón de escombros como una cría de rata. Dirigió la luz hacia su rostro pero el chico ni siquiera parpadeó; únicamente sus pupilas reaccionaron: se hicieron pequeñas como dos granos de escoria atrapados en cristal verde. Zahir apartó algunos maderos y se arrastró hacia él. Había agua adentro; el oleaje se colaba por entre la broza y ocultaba un suelo de arena sembrado de rocas y palos comidos por los percebes. La linterna parpadeaba, casi no tenía baterías.

El chico gritó cuando lo cogió del tobillo.

—Soy yo —le dijo—. Soy Zahir.

Andrik se defendió a patadas pero Zahir no lo soltó. Piró de él con toda su fuerza. Apenas había espacio ahí pero Zahir logró sacarlo del agujero. Le asestó tres golpes cuando lo tuvo lo bastante cerca: uno en un costado de la cabeza, dos sobre la boca. Le rodeó el cuello con un candado hasta que se quedó quieto y luego rompió a llorar de impotencia. No quería lastimar a su

hermano pero no podía dejarlo ahí: la marea subía. Le llenó el rostro de besos, mientras lo acunaba, sentados en la arena.

—Todo va a estar bien. Yo voy a cuidarte.

Había estado tan cerca de perderlo, en el bosque. No volvería a pasar. No lo soltaría nunca. Aunque el chico pareciera no reconocerlo, aunque luchara por librarse de sus brazos, aunque no dejara de chillar como una bestia acorralada.

Había una luz, adelante. Un punto blanco que oscilaba junto a la espesura del bosque. Se frotó los ojos, lleno de esperanza, y apagó la linterna. La luz siguió ahí, no era una ilusión sino un foco alimentado por corriente eléctrica.

Se detuvo para poder pensar. Quizás un grupo de pescadores celebraba una fiesta, en una de esas palapas que usaban para venderles bebidas a los turistas. Quizás tendrían perros y estos comenzarían a ladrarles cuando pasaran cerca. Debía ser cauto: tendría que taponarle la boca a Andrik para que no gritara aunque sus chillidos ya no eran tan intensos como al principio: debía de tener la garganta desgarrada; sus lamentos roncocomunicaban un ardor terrible. Pensó en que sería mejor alejarse del círculo de luz y pasar a un lado, cerca del agua; la otra opción era internarse en el bosque, pero Zahir no quería volver ahí adentro, donde los chirridos de los insectos cobraban una intensidad diabólica.

Reanudó el paso con más brío. Andrik se le opuso débilmente.

—Ya falta poco —le dijo.

La salida debía estar cerca. Comenzó a contar sus pasos para no perder el rumbo, para no pensar.

La luz se hacía más grande.

El viento arrastró consigo hebras de un piano. No era su imaginación: Andrik también lo percibió pues su cuerpo se tensó enseguida. Aquello debía ser una buena señal, pensó Zahir; quizás era cosa de tiempo para que su hermano volviera a sus cabales.

Ya podía ver la estructura de la palapa; escuchar el juego de percusiones y algo que subía y bajaba, metálico, quizás una trompeta. Apuró el paso. La luz ya no oscilaba: era la sombra de la gente que se apiñaba a dentro la que provocaba esa ilusión.

La voz de una mujer, o quizás de un muchacho, cantaba:

*Imagínate
que yo no soy yo.
Que soy el otro hombre*

que esperabas ver.

Condujo a su hermano hacia la orilla. Estaba convencido de que la gente de la palapa, con la luz a sus espaldas, no podría verlos en la oscuridad. Pero había olvidado que llevaba la linterna encendida. Lo recordó solo cuando escuchó el grito:

—Ey.

Dos hombres estaban frente a él, a unos cinco metros.

—¿Quién anda ahí? —preguntó uno de ellos.

Alzó la linterna hacia sus caras: eran dos muchachos. El más alto era rubio, barbado. El otro era bajo, moreno y llevaba playera roja. Los dos cerraron los ojos.

—Baja eso... —dijo el moreno, avanzando con la mano abierta.

Zahir no lo obedeció.

—Son dos —decía el rubio.

Tenía ojos claros: azules y asustados. Zahir tuvo la impresión de que lo conocía, no estaba seguro de dónde.

—¿Qué quieren? —preguntó el moreno.

—Tuvimos un accidente —mintió Zahir.

Su propia voz le sonaba extraña. Sus labios estaban tan agrietados que solo podía hablar en frases cortas.

—Se nos quedó el carro atascado —explicó.

—¿En las dunas?

—Sí, allá al fondo.

—Ok, baja la linterna, carnal —dijo el moreno.

No había amabilidad en su tono. Solo buscaba ganar tiempo.

Zahir lo ignoró. El rubio se estaba moviendo: se acercó tanto a las olas que se mojó los zapatos. Intentaba escapar del círculo de luz, mirar a quien se escondía tras las espaldas de Zahir.

Andrik, que hasta entonces había permanecido callado, lanzó un quejido prolongado hacia el rubio.

—Putra madre —brincó el muchacho de rojo.

Se había asustado. Igual el rubio, que retrocedió un paso.

—Es mi hermano —dijo Zahir.

Andrik le enterraba las uñas en la mano, para que lo soltara. Zahir tenía la impresión que quería correr hacia donde estaban los chicos.

Se hizo de lado, para cubrirlo con su espalda.

—Tranquilo —le susurró.

—¿Qué le pasa?

—No le pasa nada.

Como para contradecirlo, Andrik lanzó un berrido aún más desesperado.

—Trae rota la boca —dijo el rubio.

Chapoteó hasta salir del agua y se acercó. Zahir y su aullante compañía retrocedieron.

—Mira, allá hay agua, en palapa... —decía el rubio.

—Inicio... —lo censuró el moreno.

—Para la herida. Se ve fea...

El foco de la palapa y la música se extinguieron de golpe.

—Puto generador de mierda —gritó una mujer.

Zahir apagó su lámpara.

Alguien se acercaba.

—Oigan, cabrones, si traen lámpara...

Calló cuando notó la tensión en el aire.

—¿Pachi...? ¿Güero...?

Su voz era débil.

Zahir apretó más el brazo de Andrik. Podrían huir en ese momento, aprovechar la oscuridad y escabullirse...

—Aquí.

—¿Quiénes son esos?

—Unos vatos que se les quedó el coche en las dunas. Vienen a pie.

—¿Están locos? ¿Así a oscuras? —dijo otra mujer.

Estaba ya a la derecha de Zahir; no la había escuchado llegar, y eso que parecía ser casi tan gruesa como él, aunque más baja. Tenía una voz chillona, ruda. Le recordó a la tía Idalia.

—Oigan, préstenos su linterna, ¿no? El pinche generador se volvió a chingar...

—Ya nos vamos —dijo Zahir.

Dio un paso hacia delante. Sus ojos, lastimados por el viento, por el cansancio, apenas lograban distinguir la forma de aquellos cuerpos y el espacio que ocupaban.

—¿Qué pasa? ¿Estás lastimado? —dijo la mujer a su derecha.

Le hablaba a Andrik.

—No le pasa nada —respondió Zahir.

—Es su hermano —dijo el rubio.

—¿Por qué llora así?

El motor arrancó con un rugido, seguido de la música y de los gritos de los hombres.

*Mía,
aunque estés con él durmiendo
sabes que eres mía.*

La luz del foco era ahora más intensa, más fría. Podía ver los rostros de la gente que lo rodeaba: el rubio de semblante angustiado, el moreno embravecido, la mujer gorda en pescadores, la Haca en minifalda. Los conocía a todos: seguido los veía en el parque. Y ellos respingaron al reconocerlo también.

—Ah, cabrón —exclamó el moreno.

La gorda estaba ya junto a Andrik. Siseaba de empatía, como si a ella misma le doliera la herida reabierto de su hermano.

—Mírale la boca...

Zahir trató de cubrir al chico.

—Yo te conozco —decía el moreno.

—Pobrecito... —dijo la gorda.

—Eres amigo de Tacho.

—Suelta al chavo —dijo el rubio—. Lo estás lastimando.

Zahir echó un vistazo a la palapa. Tres sombras fornidas miraban la escena desde la entrada.

Dejó caer la linterna al suelo.

—Tú eres amigo del Tacho. El vato...

—¡Ya! —gritó Zahir, harto de aquel juego—. ¡Cállate, a la verga!

El moreno avanzó, altanero.

—A mí tú no me callas, gordo pendejo...

Andrik tiraba de él con más fuerza. Era culpa de la gorda: lo había sujetado del otro brazo y tiraba de él también.

—¡Suéltalo! —le gritó.

Zahir dio un tirón brutal al brazo del chico. Golpeó a la gorda cuando la tuvo cerca, justo en la cara, luego en el vientre. Metió la mano al bolsillo pero el moreno ya estaba encima de él. Era rápido, escurridizo: le hundió el puño en el plexo y lo enderezó con una patada en la rodilla. Zahir se tambaleó, sin aire; tropezó con el cuerpo encogido y gimoteante de la gorda y cayó de rodillas sobre la arena. No podía respirar; su pecho estaba congelado. El moreno cargó de nuevo, pero esta vez Zahir tuvo tiempo de cubrirse el rostro. Los nudillos del chico restallaron contra su codo. Aquello seguro le había roto algún dedo, a juzgar por el aullido que soltó.

Alguien gritaba desde la cabaña. Dos de los hombres se acercaban corriendo.

Zahir buscó la navaja. En su urgencia, liberó la cuchilla antes de sacar por completo la mano y rasgó sus bermudas. Embistió al moreno; el maldito era ágil y logró escaparse; sus ojos saltones miraban la navaja con espanto. El rubio cargó después, con todo su cuerpo; quería derrumbarlo. Zahir le lanzó la segunda estocada; también falló, no así la tercera: alzó la hoja desde su cadera y se la hundió al rubio cerca del ombligo, hacia arriba, hasta la empuñadura. La sacó de un tirón y volvió a enterrársela, esta vez en la espalda. La hoja debía haber tocado hueso, porque no podía liberarla. Tiró con tanta fuerza que perdió el equilibrio. El moreno iba ya a su encuentro cuando escuchó el grito del rubio; se giró para verlo trastabillar con la mano en el costado y la boca torcida en una sonrisa invertida. Corrió hacia él; le ayudó a sentarse en la arena. Quiso revisarle la herida del vientre pero el rubio no se lo permitió: no apartaba la mano del sitio. Su playera blanca se iba tiñendo de almagre.

Su rostro era puros dientes, largos y ocres como huesos antiguos.

Zahir se dio cuenta de que ya no sujetaba a su hermano. Miró en derredor: ¿sería aquel punto negro que se alejaba hacia el bosque, fuera del cono de luz?

«No», gimió en silencio, «otra vez no».

Pegó la carrera.

—¡Agárrenlo! —gritó la gorda a su espalda.

Pero nadie lo siguió.

Corrió por la algaida, maldiciendo la hora en que eligió ropas negras para vestir a su hermano: era como si estuviera camuflado de noche cerrada. Quiso gritar su nombre pero sus pulmones se resistieron: corría con la boca abierta y apenas le alcanzaba el aire. Trepó a ciegas por una duna cubierta de maleza. Los músculos de las piernas emitían agudos reclamos. Una de ellas sangraba; se había herido cuando tuvo que sacar la navaja a toda prisa del bolsillo. La tela de sus bermudas estaba empapada: tenía el muslo herido. Hilos de sangre le corrían por la pantorrilla. Se dio cuenta de que aún llevaba el arma en la mano, abierta. Se lo guardó en el bolsillo cuando llegó a la cima.

No veía más que oscuridad, una negrura espesa que le oprimía el pecho. ¿Serían ramas partiéndose bajo los pies de su hermano, lo que se escuchaba abajo? Descendió la duna a trompicones; los pies se le enredaban entre los matorrales. Tenía la impresión de que, en cualquier momento, perdería el equilibrio y caería al fondo de un barranco.

El suelo ahí abajo era mullido e inestable. Las ramas bajas de los pinos le azotaban el rostro y le pinchaban las manos extendidas. Había cosas ahí, en la oscuridad; presencias aleteantes que se posaban sobre sus mejillas y le

acariciaban el cráneo sudoroso con pequeñas patas fantasmales. Se llevó las manos a la cabeza y tocó una de ellas: era grande como un murciélago pero frágil y mucho más liviana. Se la arrancó a gritos; las alas de la mariposa se deshicieron como papel viejo entre sus dedos. Otra más se posó sobre su boca, atraída por el olor de su saliva. Zahir, frenético, se golpeó el rostro a manotazos. Rodó por el suelo para sacárselas de encima. El polvillo que desprendían sus cuerpos le quemaba los ojos y le impedía abrirlos.

Avanzó a gatas por la pinaza podrida hasta que sus manos se hundieron en una depresión que olía a drenaje. Había un canal ahí abajo. Palpó con las manos los bordes del cemento. Decidió atravesarlo, en vez de seguirlo; el agua sucia le llegaba a las rodillas. Cuando trepó por el otro extremo descubrió, entre los pinos apretados, ráfagas de luz de los autos de la carretera.

Esperó en la orilla del bosque, escondido entre las sombras. Estaba seguro de que su hermano aparecería en cualquier instante. Sentía los pulmones como dos sacos llenos de cemento cuajado: gemían al jalar aire y chirriaban al exhalarlo. Los camiones desfilaban en ambas direcciones, ruidosos, incansables. Sus faros le cegaban; sus cláxones hacían temblar el suelo. Cada vez que uno se acercaba, Zahir se encogía para protegerse los ojos de la nube ardiente de polvo que levantaban, de asfixiante olor a gasolina, a caucho quemado.

Permaneció echado en el arcén toda la noche. No se movió ni cuando cayó el aguacero. Su hermano, pensaba, debía estar encogido en algún rincón del bosque, asustado y herido. Esperó a que amaneciera para internarse de nuevo en la fronda triste. Los pinos estaban casi secos; sus troncos, cundidos de líquenes. Peinó la zona hasta llegar a la zanja y luego decidió bajar a la playa. Incluso oteó entre los maderos podridos donde se había escondido la noche anterior. No había ahí nada más que basura empujada por la corriente y uno de los tenis de Andrik. Intentó pescarlo con una rama, sin éxito.

Regresó al bosque. Cada bulto negro en la lejanía le hacía correr, pero al llegar se daba cuenta de que solo eran bolsas de desperdicio, trapos inmundos o círculos de ceniza en donde los turistas habían encendido fogatas, y no la ropa de su hermano o su cuerpo menudo tendido en el suelo, esperando a que Zahir lo rescatara.

Los pájaros cantaban entre las ramas pero Zahir no quería escucharlos. Quería que se callaran, que desaparecieran. Hubiera querido matarlos a todos pero ya no tenía fuerzas para agacharse a buscar rocas.

Era mediodía cuando regresó a la carretera. No podía esperar ahí: el sol villano amenazaba con cocerle los sesos. Decidió ponerse en marcha, no estaba seguro de hacia dónde. Ya no sentía el cuerpo, ni el suelo bajo sus pies, ni el calor húmedo que lo rodeaba. No sentía nada. Cada segundo era una eternidad dilatada; cada paso, idéntico al anterior y al siguiente. Apenas se dio cuenta de que trepaba el puente, que regresaba a la ciudad. Contaba sus pasos pero los nombres de los números ya no tenían ningún sentido; los enunciaba de forma automática, entre dientes, sin importar el orden de su secuencia. Ponía un pie delante del otro, y luego este delante del primero, una y otra vez.

Así llegó al corazón del mercado.

Cruzó las calles ardientes sin mirar el tráfico, sin que le importara que los autos y los autobuses tuvieran que volar para esquivarlo. Las aceras estaban llenas de gente pero Zahir no miraba a nadie. Con la barbilla en el pecho y los ojos clavados en el suelo apenas se percataba del desfile de sandalias y botas, de piernas flacas o rollizas, pálidas y morenas, surcadas de varices o salpicadas de pelos oscuros que cruzaban frente a él o lo rebasaban apresuradas. Ni siquiera percibía las voces a su alrededor, ni los pregones de los vendedores ni la risa de los vagos al burlarse de él, creyéndolo drogado. Solo la música logró sacarlo de su estupor: al pasar junto a un puesto de música pirata, una voz andrógina que cantaba algo acerca de los celos le trajo de vuelta imágenes de las horas anteriores: de su hermano desnudo en la escalera; de los ojos reventados en sangre del hombre; del chico rubio retorciéndose en el suelo, de las horas ciegas en aquel horrible bosque.

Deseó que se quemara, que la pinera aquella ardiera con todo y pájaros y mariposas; que el fuego chamuscara la palapa con los muchachos adentro. Deseó que el incendio se extendiera como una explosión atómica y el mundo entero quedara convertido en una playa de ceniza negra.

El dolor paralizaba su pecho; apenas podía respirar. Sus ojos secos se llenaron de lágrimas y eso lo avergonzó. Le hubiera gustado no tener ojos, no tener rostro, no tener cuerpo; ser invisible para la gente que lo rodeaba. Pero entre más quería contener el llanto más grande se hacía el dolor en el pecho, en los pies cubiertos de ampollas, en las manos laceradas. Intentó volver a sus números para no pensar, para no sentir: contó sus pasos primero; luego los objetos que iba encontrando en el suelo: un torso masticado de muñeca; dos calabazas flotando en un charco; tres, cuatro, cinco corcholatas de refresco; seis, siete chicles, negros como sarcomas, pegados en la acera.

Chocó de pronto con una figura pequeña pero maciza. Vio primero las piernas cortas surcadas de gruesas venas de color lavanda, seguidas de una falda oscura y el borde de un delantal al que dos niños —sucios y mal tusados— se prendían con fuerza. Más arriba había un vientre prominente y dos senos desinflados, y un cuello largo salpicado de verrugas.

—No tienes puta madre, baboso —dijo la boca.

El rostro de la mujer era duro y prieto, como el de un ídolo labrado en basalto.

—Tu pobre tía muriéndose, y tú en la parranda...

Era una de las vecinas de la tía Idalia.

Los niños lo miraban con severidad. El más pequeño debía ser hembra: sus cabellos eran igual de cortos que los del otro enano pero llevaba vestido. Con una de sus manitas se aferraban al delantal de la vieja y con la otra sostenían cajas de pastillas de chicle. Fue como verse a sí mismo, hacía diez o doce años, sobre los camellones: las mismas cajas, las mismas marcas de golosinas, los misinos pelos hirsutos y mal cortados.

La vieja seguía gritándole. Sus ojos eran negros, pura pupila dilatada: ojos de pájaro, de insecto. Pensó en pegarle, pero sintió lástima por los niños. La vieja señalaba algo al final de la calle. Zahir volvió la cabeza: a menos de cien metros estaba la entrada a la vecindad.

Su hogar: la casa de la tía Idalia.

Dejó a la mujer hablando sola y caminó hasta la entrada de las cuarterías. Se topó con la portera en el patio; la mujer lo miró con espanto pero no le prohibió la entrada. Una de las vecinas le gritó algo desde la ventana de su cocina. Zahir ni siquiera se volvió. Caminó hacia la ropa recién tendida y arrancó una sábana del mecate. Aún goteaba. La apretó entre sus manos y se limpió la cara con ella. Su frescura y el olor a limpio que despedía le aflojaron las narices.

Había regresado. Debía ser su destino, su castigo: no podía escapar de la tía. Y ella no podía huir de él. La prueba era que la reja de la casa ya no tenía candado y la puerta se abrió con solo empujarla, sin hacer ruido.

Encontró la sala vacía, sin un solo mueble. Quizás las vecinas habían vendido los enseres para comprarle comida y medicinas a la anciana; quizás los habían robado. Se detuvo en el umbral y respiró profundo: la tía estaba ahí adentro, el olor de sus orines delataba su presencia.

Atrancó la puerta y corrió el pestillo. Giró el perno de la chapa hasta sentir que se barría.

La cocina estaba a oscuras, más limpia que cuando él vivía ahí. Había una bolsa de papel sobre el mostrador y dentro de ella, dos bolillos duros. Machacó uno de ellos entre sus manos y se lo llevó a la boca. El migajón se le pegó a la lengua; abrió el grifo y bebió directo de él para ablandar el pan pero no pudo tragarlo; su garganta estaba cerrada. La puerta de la cocina tampoco tenía llave; salió al patio para vomitar la masa.

Era un cuarto pequeño, sin techo. Apenas cabían un lavadero y un cilindro de gas, ahora ausente. Ahí había comenzado todo, ahí había sido donde la tía los había sorprendido, a él y a su hermano, acoplados en un solo cuerpo jadeante. La tía ya lo sospechaba; la culpa fue de las manchas en el colchón que compartían. Había intentado mantenerlos separados; incluso los obligó a dormir con ella en la misma recámara, para vigilarlos, uno a cada lado de su cama. Pero Zahir también la vigilaba a ella, y aprovechaba cada segundo de ausencia para arrinconar a Andrik, para suplicarle que se bajara las ropas. Nunca se negaba: era tan dulce que a veces tenía ganas de devorarlo. Su boca sabía a melaza, su cuerpo a mantequilla. Sus manos pequeñas lo tocaban con ternura, y eso nunca nadie jamás lo había hecho; nunca nadie había acariciado antes el cuerpo de Zahir, aquel cuerpo que a todo el mundo —incluso a sí mismo— le parecía monstruoso. Nadie nunca lo había despertado por las noches para buscar su calor, su lengua, sus besos.

Seguramente la tía los había espiado antes de salirles al paso enarbolando el viejo machete; seguramente la vieja —con su maldad característica— había esperado a que consumaran aquel irresistible pecado antes de salir de la cocina y atacarlos. Zahir había tratado de proteger a su hermano pero la vieja logró asestarle un planazo en la cabeza. El chico, vestido solo de pantaloncillos, trepó por las protecciones como un pequeño simio y escapó a través de las azoteas. La tía se volvió hacia Zahir. Lo amenazó a gritos con cortarle el miembro. Zahir, desesperado por la huida de Andrik, deseoso de salir a buscarlo a la calle, intentó apartarla pero la vieja se le fue encima con el machete.

Tuvo que golpearla, para defenderse. En el vientre y en el rostro, para desarmarla. La vieja terminó en el suelo y Zahir la tundió a patadas. Cada golpe aflojaba algo pútrido en su interior, algo fétido y deforme como tejido cicatrizado, que revelaba el recuerdo de una *tortura*: las veces que lo dejó sin comer, las veces que tuvo que dormir en la calle porque no había llegado a la hora indicada; la vez en que le obligó a mamar de la teta de la perra de la vecina porque se atrevió a pedir leche en la merienda; la vez en que lo azotó con el cincho en los genitales por haber estado tocándose, o más pequeño,

cuando al enjabonarlo durante el baño le frotaba con furia hasta excitarlo y luego le cruzaba el rostro a bofetones y lo llamaba enfermo.

Se agarró del muro para volver a la cocina. El pasillo también estaba a oscuras. De la recámara de la tía no salía ni un sonido. ¿Estaría realmente en casa? Quizás había muerto en su ausencia; quizás se la habían llevado al hospital; quizás solo dormitaba, casi sentada, con las cobijas hasta el pecho. Se recargó contra el muro y guardó silencio. Estaba tan cansado. Hizo el gesto de quitarse la mochila y se sorprendió de no encontrarla sobre sus hombros, de no haber percibido su ausencia. Seguramente la había dejado caer en alguna parte del camino de regreso. No lo recordaba. No tenía ninguna importancia.

La primera puerta era la de su cuarto, el que compartió con Andrik hasta que la tía se empeñó en separarlos. No se molestó en mirar adentro: no había nada ahí que le interesara. La segunda era la del baño. El suelo estaba cubierto de mugre y caparazones de cucarachas. Evitó mirarse en el espejo que colgaba sobre el lavamanos en su camino a la última puerta.

Entró sin anunciarse. La tía estaba echada en la cama, en la misma posición en que la había imaginado: con la cabeza apoyada sobre almohadones tiesos y las manos entrelazadas sobre el vientre: manos prietas, engañosamente flacas. Manos reseacas, feas como las patas de un ave muerta.

Sus ojos abiertos se movieron del techo hacia la cara del muchacho.

—Sabía que regresarías, hijo de la chingada —graznó, triunfante.

Zahir se acercó a ella. Sus manos rozaban sus bolsillos, ahora vacíos: había perdido el dinero, el reloj de oro, la navaja de Tacho, la mochila, pero nada de eso importaba. Andrik se había ido. Quizás ahora yacía muerto en alguna zanja. Zahir nunca más se vería a sí mismo reflejado en aquellos ojos de animal manso.

Alguien aporreaba la puerta.

—¡Doña Idalia! —gritó una de las vecinas.

—¡Auxilio! —chillaba otra urraca.

—Atrévete, si es que tienes güevos —lo retó la vieja.

Zahir pensó que ya no necesitaba la navaja. Era la hora de la cobranza: sus propias manos le bastarían.

NOTA DE LA AUTORA

Fragmentos de las siguientes canciones aparecen citados a lo largo de esta novela.

- Esa chica es mía*, de Sergio Dalma.
- El día de mi suerte*, de Héctor Lavoe (Héctor Lavoe/Willie Colón).
- La cita*, de Galy Galiano.
- Llorarás*, de Óscar D'León.
- Mía*, de Eddie Santiago (Luis Angel Márquez y Marcia Bell).



Fernanda Melchor (Veracruz, 1982) es graduada en Periodismo por la Universidad Veracruzana y diplomada en Ciencias Políticas por el Institut d'Études Politiques de Rennes, Francia. Publicó el libro de crónicas *Aquí no es Miami* (2013). Relatos de su autoría aparecen en las antologías *Breve colección de relato porno* (2011), *Lados B. Narrativa de alto riesgo* (2011) y *Nuestra aparente rendición* (2012), así como en *Milenio Semanal*, *Posdata*, *Replicante*, *Revista Mexicana de Literatura Contemporánea* y *Tierra Adentro*. Ganó la primera emisión del *virtuality* literario Caza de Letras en 2007, el Premio Estatal de Periodismo Rubén Pabello Acosta 2009 (Veracruz) y el Premio Nacional de Periodismo Dolores Guerrero 2012. *Falsa liebre* es su primera novela.